

Nicola Viceconti

# CUMPARSITA

Traducido por

Ana Cristina Scasserra

## INDICE

Profumo di Quintero	17
Viejo y Nuevo	25
Un nota, una mañana	33
Nuestro amado Tortoni	41
Princesa Mafalda	51
El día y la noche	63
Monzón, ¿quién sos?	71
Alas quebradas	81
... Los declaro marido y mujer	87
Teresa Cosimato	93
¡Fuerza Raúl!	99
Algo sobre Saverio	109
Cartas de Italia	117
<b>Epílogo</b>	
Cumparsita	135

*a Francesco, mi padre.*

**A los “Viggianesi”, los “Acheruntini”  
y los “Lucani” de todo el mundo.**

**A los italianos de Argentina, que  
han tenido el coraje de atravesar  
el océano.**

La Argentina ha sido el país de destino de inmigrantes que, después de los Estados Unidos, ha recibido la mayor parte del flujo europeo. A fines del 1800 aparecía, por su escasa población, como un espacio relativamente vacío, de grandes dimensiones, más de diez veces el territorio italiano: el flujo migratorio del viejo continente, sobre todo de Italia y Spagna, ha representado la solución a ese vacío, creando así las condiciones para una experiencia singular.

En este marco, la historia de la inmigración italiana en Argentina ha representado un éxito que no se ha observado en otros países, donde el elemento italiano ha tenido - y, en algunos casos todavía tiene “un pie en el apartheid”.

Por más de un siglo, Argentina ha sido el “caso” increíble de un país al centro de la política exterior de los italianos. Me refiero a los italianos como personas particulares, y no al centro de la política exterior gubernativa de Italia como Estado.

Hoy Italia viene frecuentemente definida como la segunda “madre patria” o mejor aún, hermana de Argentina, y los vínculos entre estos dos países están caracterizados en cada sector por una *partnership* especial.

La historia que Nicola Viceconti nos cuenta en “Cumparsita” se introduce en una “línea” narrativa de aquellas relaciones personales - que aquí se refieren al protagonista de los acontecimientos, Domenico Labriola - que recorre de nuevo tal amistad hasta sus raíces. Raíces lejanas que vienen de una provincia del sur de Italia.

Pero se trata de raíces todavía vivas y firmes que tienen la fuerza de esconder secretos, historias y afectos que proceden del pasado pero viven en el presente.

Por estos aspectos - todavía nunca explorados antes - el libro de Viceconti resulta innovativo y, en ciertos aspectos, colma una laguna en la literatura sobre la inmigración italiana hacia Argentina

Carlo Spagnoli  
Gerente General de la Cámara  
de Comercio Italo Argentina

## Prólogo

Cuando usted, caro lector, comience a leer este prólogo, no olvide que yo acabo de participar de esa muy interesante experiencia que significó disfrutar este libro.

Acompañar el desarrollo de una obra literaria que logre despertar mi interés constituye en si misma una aventura, no necesariamente misteriosa, sino más aún, desafiante. Porque imaginar su desenlace, explicarnos las reacciones de sus protagonistas, apostar a lo que va a ocurrir en la página siguiente y perder, en suma no deja de ser una aventura a la que fuimos invitados a participar sin el derecho a pretender cual sería nuestro rol.

El protagonista de este atrapante viaje no es otro que un familiar del autor que, sin que ello constituya un recurso literario trampingo, ha subtulado cada capítulo de su obra, recurriendo a fragmentos de letras de tango muy conocidas, como que pertenecen a prestigiosos autores y son, precisamente esas letras, las que van dibujando el contorno de la personalidad de sus protagonistas. Sin adelantar el contenido de esta obra, lo que no sería ético ni de buen gusto, solamente, podría anticipar que su autor, realiza una minuciosa descripción de la aventura que protagonizaron sus antepasados como emigrante de un pequeño pueblo del sur de Italia, hasta Buenos Aires, puerto imaginado como refugio donde hospedar tanta miseria y la nostalgia de lo abandonado allá en una Europa empobrecida. Sí, se trata de una historia sobre el desarraigo inicial y el posterior romance con una Ciudad tan europea como Buenos Aires.

En cada página, está presente la nostalgia, no solamente por su pueblo italiano tan lejano en el tiempo, sino también alimentado por su relación con otros italianos que habían vivido una misma historia. Hay una perspectiva distinta de Buenos Aires vista también desde un ángulo diferente. Todo ello narrado con naturalidad y hasta con observaciones sobre los más ínfimos detalles. Allí es donde se manifiesta la lograda intención intimista de esta obra. Su autor opta por

contarnos esta aventura renunciando a devaneos literarios que no le agregarían nada a su obra. Sus diálogos son naturales, las dificultades laborales de sus personajes también lo son. Aquí no hay enigmas que descubrir. Aquí las cosas transcurren naturalmente. No hay sorpresa, pero tampoco hastío. Su autor escribió lo que quería y como lo quería. Resulta interesante como recordatorio de algunos hechos que conmovieron en su oportunidad a la Argentina y la visión con que los analiza Nicola, descendiente de “tanos” que vinieron a hacer “lamérica”.

Y es en ese aparente sereno clima familiar durante el cual no parece que pueda ocurrir algo sorprendente, donde el lector se sorprende. Y comienza a imaginar que está ante un cuadro y no un libro, en el cual surgen pinceladas ajenas a la obra: la descripción de la pelea en que CARLOS MONZON le arrebató el título a NINO BENVENUTTI, con la consiguiente “cargada” a los itálicos protagonistas del libro; el acertado comentario sobre el triunfalismo de la hinchada argentina durante el Mundial de Fútbol que le impedía ni siquiera suponer lo que estaba pasando a nivel represión; un breve pero magistral pasaje narrando en detalle el accionar de un grupo de tareas secuestrando una estudiante utilizando el clásico “falcon verde”.

Pero enseguida el autor retoma el relato de esas familias inmigrantes italianas con sus virtudes, defectos, problemas y satisfacciones.

Para ello no vacila en remontar sus recuerdos a la distante Italia lo que, sin duda, impactará en aquellos lectores connacionales que seguro conocen cada lugar, cada dialecto, recordando un pasado que se niega al olvido. Tal vez, el autor sin intentarlo (o tal vez sí, cómo saberlo?) nos ha participado de su diario íntimo, confesándonos las experiencias, los esfuerzos que le demandaron la adaptación a un medio con idioma extraño y costumbres diversas.

Y en medio de todas estas circunstancias, el Tango, siempre el tango como un compañero de ruta, como un asesor literario, como una agenda ordenándole sus recuerdos y acompañándolo en las milongas en las que pasó sus mejores momentos y conoció nuevos seres que ayudaron a su adaptación. Sí, ha sido buena esta experiencia de leer “COMPARSITA”, para entender mejor a una de las miles de familias europeas y su esfuerzo no solamente para integrarse sino para aceptar nuevas costumbres que hicieron suyas, enriqueciéndose también con

su esfuerzo y una cultura tan integrada a la nuestra que, como dijera bella y jocosamente el poeta Fernández Moreno: “...pero que clase de argentino sos que no sos hijo de italianos...?”.

Lic. Jorge Alberto González  
Periodista

Los personajes y los eventos de esta novela  
son de fantasía y no corresponden a personas  
y/o situaciones reales



## Agradecimientos

Agradezco a *Alfredo Santucci* por haberme ayudado a describir el mundo así como lo he imaginado.

Un gracias a *Claudio Pontellini* por sus apasionados comentarios.

Gracias a *Valentina Martiradonna* por la preciosa actividad de revisión de los bocetos, *Marco Cimnaghi*, alumno del “Istituto di Stato per la Cinematografia e la Televisione “Roberto Rossellini” de Roma, por la realización de la fotografía de la contratapa.

Un agradecimiento particular a *Carlo Spagnoli*, secretario general del CaCIA (Cámara de Comercio Italo-Argentina)

## Perfume de Quintero

*Fumar es un placer genial,  
sensual...  
...Mientras fumo, mi vida no  
consumo porque flotando el  
humo me suelo adormecer...  
Por eso estando mi bien, es mi  
fumar un edén.*

*Juan Viladomat Masanas*

La ceniza del cigarro, ya consumido, cayó. Un golpe de viento la hizo volar, intacta, sobre la pantufla. La colilla, en cambio, permaneció entre los dedos de mi mano apoyada sobre el bastón. Me tuvo sin cuidado y seguí golpeando el brazo de madera del sillón con el cortacigarros, al compás del reloj.

Era el 22 de noviembre del 2006, un típico día de primavera en Buenos Aires. El viento tibio del norte anunciaba la llegada de la estación cálida. Los árboles floridos oscurecían la luz del sol sobre la avenida del hospital. Formaban un túnel de flores coloridas. Fumaba tranquilo, gozando del paisaje que se avistaba por la ventana de la habitación del hospital.

La señora Graciela, enfermera del turno de la tarde del hospital General de Agudos “T. Alvarez” entró con una bandeja. Traía un termo, un mate y un plato de alfajores,

- ¡Señor Doménico! ¿Otra vez? ¿Cuántas veces le tenemos que decir que no puede fumar? ¡Tire inmediatamente ese cigarro! Enseguida pasará el doctor Serrano para la visita de la tarde.

Permanecí inmóvil y seguí mirando el caminito arbolado afuera de la ventana. Pasaron algunos instantes.

- Señor Doménico, ¿se siente bien?

- Si, Graciela, ¡nunca estuve mejor! ¿Cómo se puede sentir uno después de saborear el aroma de un Quintero Pantelas mientras está cómodamente sentado en un sillón?

Ella sonrió, luego abrió de par en par la ventana para hacer salir el humo denso de la habitación. Me reprochó por segunda vez mientras me acompañaba a la cama, revisó de nuevo el goteo y cariñosamente me cubrió con la sábana. Graciela era una bonita mujer, de aproximadamente cincuenta años. Llevaba siempre los cabellos recogidos pues la dirección del hospital se lo imponía a todos los enfermeros. Sus ojos verdes resaltaban sobre la piel aceituna de su rostro.

- Sos muy amable, Graciela. Te agradezco la atención que tenés conmigo, pero no puedo prescindir de mis cigarros.

Fumé siempre la misma marca. Me los hacía mandar directamente de Cienfuegos, Cuba, empaquetados en finas cajas de 25 piezas. Debajo del colchón había escondido una, atada a la red de la cama. Tenerlos al alcance me tranquilizaba. Intenté dar explicaciones a Graciela sobre la importancia del cigarro para un fumador como yo, tratando de alejarla de su rol de enfermera. Tal vez me salió bien.

- Fumar un cigarro para mí es un momento de descanso. Me relaja. En fin, me provoca un estado de bienestar mental. Cuando fumo, me abandono a los pensamientos, a los recuerdos, a los momentos más importantes de la vida. Hoy necesitaba recordar.

- ¿Por qué precisamente hoy? ¿Qué aniversario es?

- Es el 22 de noviembre. El mismo día, hace cinco años, estuve asomado a la ventana, esperando a Raúl. Aquella tarde la gente pasaba en masa debajo de casa para ir a la inauguración del Paseo Alcorta.

La enfermera suspiró. Por un instante interrumpió lo que estaba haciendo.

- Recuerdo perfectamente el día de la inauguración de la nueva ala del centro comercial. Fue a fines del 2001, ¡un período para olvidar! Yo también estaba aquella tarde. Me llevó mi marido, pero no gastamos ni un peso.

Me di vuelta hacia un lado, enredando el tubo del goteo. Empecé a mirar fijo la luz que penetraba entre las ranuras de la persiana.

- Estoy pensando en aquel viejo refrán argentino.
- ¿Cuál?
- ¡Los argentinos ganan un peso y se gastan dos! Me parece que es así o una cosa por el estilo.
- ¡Eran otros tiempos, señor Doménico!

Verdaderamente eran otros tiempos aquellos. En particular en el 2002 no se podía comprar nada más. Todo costaba el doble, el triple. El pan, la leche, la carne. Hasta los cigarrillos habían aumentado. A la gente le costaba seguir adelante y no compraban nada que no fuera necesario.

También mi elegante casa había sufrido las consecuencias de aquella terrible crisis. El mantenimiento costaba mucho dinero y a medida que uno se acercaba, podía ver signos de dejadez aquí y allá. El jardín sin podar por algún tiempo y las goteras, ya oxidadas, eran sólo algunos de los signos del abandono. Fueron los efectos de aquel indispensable “recorte de gastos” que tuvimos que afrontar todos los argentinos. Fuertes restricciones de las cuales ni siquiera una persona de clase media-alta como yo, logró esquivar. Sin embargo, mi casa era bonita y se encontraba en un barrio refinado de la ciudad, pero parecía que no tuviera maquillaje, estaba un poco apagada, como una vieja actriz de teatro de revista ya jubilada. La había construido con mis manos, ladrillo sobre ladrillo. Fue una de las primeras casas que la empresa constructora “Labriola hermanos” realizó en el barrio de Palermo. La había dotado de todo el confort.

La señora Graciela terminó el turno. Estaba lista para irse a su casa pero siempre sentía el disgusto de dejarme. Le apasionaba mucho escuchar mis relatos. La conocía desde hacía un mes, desde el día de la internación. Era una enfermera que no se limitaba a la asistencia clínica de los pacientes o al simple suministro de los medicamentos. Ella iba más allá. Mi condición de viejo solo le inspiraba ternura y los impulsos de afecto que tenía conmigo me avergonzaban. Por primera vez en mi vida, alguien había hallado entre los pliegues de mi carácter de huraño, un aspecto agradable. También, ella me dejaba refunfuñar en toda ocasión. Sabía que era el único modo de lograr serenar el ánimo de quién, como yo, estaba acostumbrado desde siempre a mandar y no toleraba que me contradijeran.

A pesar de que era el más pequeño de mis cuatro hermanos, organicé siempre la actividad de la empresa familiar y, gracias a mi carisma, administré siempre directamente a los obreros en las diversas obras desparramadas por la ciudad. Supe correctamente hacer de jefe. Bien podían decirlo todos, desde mis obreros hasta la señora Paula, fiel secretaria, que no me dejó ni un solo día en sus cuarenta años de trabajo.

Graciela, mientras tanto, se había cambiado y, antes de irse, vino a saludarme.

- Quiero saber como sigue esta historia. Mañana seguiré contándome de Raúl, pero sin perder el tiempo en describir el placer de fumar su cigarro.

La fulminé con la mirada. Hacía así cada vez que alguien denigraba mis gustos, mis pasiones. Para mí aquel era un rito. El rito de la degustación.

- ¡No lo descubriré nunca!

- ¿Qué?

- La exaltación del sabor de un Quintero, su inconfundible aroma, sobre todo después de una buena copa de vino tinto, fuerte, pastoso, servido a temperatura ambiente.

- Le suplico, señor Doménico, ¡no empiece de nuevo! ¡Esta vez el doctor Serrano le hará entender lo que es más importante para su salud! ¡Ahora trate de descansar!

La enfermera salió de la habitación. Seguí hablando como si ella estuviera todavía allí, alrededor de mi cama, colocando los remedios sobre la mesa y poniendo el termómetro en el estuche. Hablaba en voz alta como si quisiera gritarlo al mundo entero.

- ¡El doctor Serrano puede decir lo que quiera! Prefiero vivir menos y gozar los días que me quedan.

Era un fumador empedernido y un buen bebedor. A pesar de las continuas advertencias de mi médico de cabecera, nunca pensé seriamente en renunciar a los cigarros cubanos, que me hicieron compañía por más de cincuenta años.

Me quedé solo en la habitación. Al lado, una familia entera estaba festejando el éxito de la operación de Simón, un comaciente de Rosario, que hacía varios meses estaba en lista de espera para un trasplante de corazón, finalmente ejecutado.

Miré mi reflejo sobre el vidrio de la ventana. ¡Cuántas co-

sas escondían los surcos rugosos de mi rostro: años de trabajo en esta tierra lejana, sacrificios, gozos y dolores pero también grandes satisfacciones!

Mirándome al espejo recorrí con la mente el período de mi breve infancia vivido en Basilicata y el día que me fui. Mi familia dejó el pueblo en la tierra lucana para emigrar a América del Sur. Era una familia numerosa, como todas las de entonces. Cuatro hijos varones y dos niñas. Mi padre era un agricultor y mi madre una mujer de campo. Era el 1926 y apenas tenía siete años. En el puerto, el navío, completamente blanco, me parecía inmenso, el tío Giovanni nos saludaba desde lejos, en el muelle. Mi padre, con los ojos brillantes, sentado a pocos metros, tocaba la pianola y las notas atormentadoras de aquella balada de pueblo acompañaban el sonido del agua sobre los flancos del navío. Era el último saludo a su tierra. Recuerdo también el océano, inmenso como el navío. No hay un emigrante de aquellos años al que no le haya permanecido indeleble en la memoria la imagen de la partida.

Mirándome al espejo me adormecí, con el respaldo de la cama levemente inclinado, apoyado sobre dos almohadas, así como las había colocado la señora Graciela.

Poco después, las luces del corredor se apagaron. Permanecieron encendidas sólo las de emergencia, de color azulado, a lo largo de todo el pasillo. Los enfermeros que habían terminado el turno de la tarde salían del hospital para emprender el regreso a sus casas. Como hormigas enloquecidas, se apiñaban sobre los numerosos colectivos encaminados hacia distintas direcciones. El personal del turno noche, mientras tanto, recogía las instrucciones del jefe de sala sobre las terapias a suministrar a los hospitalizados. También el doctor Serrano volvía a controlar las cartillas clínicas antes de pasar por última vez por las habitaciones.

Él sí que me conocía bien. Sabía de memoria toda la historia clínica del Señor Doménico Labriola. Me había comenzado a tratar apenas recibido de médico, a los 26 años, y por otros tantos años intentó en vano convencerme de que dejara de fumar. Ni el infarto que había tenido hacía veinte años había logrado espantarme. He fumado siempre cigarros y bebido vino, dejando detrás de mí una estela de humo y de grillos hablantes.

El doctor empezó el recorrido por el pasillo de mi sección. Él había insistido para que viniera a este hospital, porque quería controlarme personalmente. Detrás de él, la enfermera empujaba un carrito cargado de remedios y cartillas clínicas. Mi habitación se hallaba al final del pasillo. El doctor entró sin golpear.

- ¡Buenas tardes Don Mimí! ¿Cómo se siente hoy?<sup>1</sup>

Pocos me llamaban así y el doctor Serrano era uno de éstos. También él era hijo de inmigrantes. A decir verdad, su padre era español y su mamá italiana, calabresa. De ella había aprendido nuestros modos, aquellos de la gente del sur de Italia. Y cuando hablaba a las personas ancianas, dignas de respeto, los trataba de “Usted”. Era conocido en la comunidad de los emigrantes y todos lo llamaban el “doctor de los italianos”.

Me sobresalté y enseguida no pude evitar incomodarlo con uno de mis acostumbrados comentarios irónicos.

- Doctor, otro susto de este estilo puede hacer dejar de funcionar mi corazón maltratado. Hubiera sido mi final, pero también el suyo, como médico. ¿Se imagina que escándalo en frente a sus colegas?

- ¿Escándalo? ¿Y por qué?

- Un cardiólogo famoso como usted que hace morir de un infarto a su paciente. ¿No le parece una paradoja?

El doctor no logró contener la risa. Pero en seguida se puso serio.

- Usted no pierde nunca el buen humor y esto seguro me facilita mi labor como médico. ¡Pero esta vez escúcheme seriamente! Su cuadro clínico no es muy bueno. La insuficiencia respiratoria, ya crónica, le trae dificultad sobre todo cuando realiza esfuerzos. Por no hablar del silbido en el pecho. A ver ahora. Dése vuelta. Controlaremos los pulmones.

Mientras la enfermera me ayudaba a subir la camiseta levanté los ojos al cielo, soplando. Busqué en vano la complicidad en la mirada de la única mujer que tenía enfrente. Pero pronto me dí

1 En la versión en italiano el Dr. Serrano trata de “Voi” a Don Mimí. Es un modo antiguo de tratar de “Usted” que ahora en Italia entró en desuso, solo en algunas zonas al sur se mantiene.

cuenta de que aquella no era la señora Graciela y como un guerrero vencido, me rendí ante el doctor Serrano dejándolo revisarme inútilmente por enésima vez.

- Vamos Don Mimí, ¡tosa! Bien, ahora respire profundo y contenga el aire hasta que yo se lo diga.

Los golpes, dados en orden a lo largo de la espalda, resonaban con sonidos sordos. La caja torácica sonaba laxa, como la piel de un tambor abandonado durante años al que le cuesta responder a los golpes. La mano que el doctor había utilizado durante el examen, parecía un martillo. Dos dedos tensos de una mano golpeaban el dorso de la otra en un movimiento circular a lo largo de toda la espalda.

Aquel día la visita duró más de lo previsto. El doctor me prescribió unos remedios más potentes. Me explicó que teníamos que terminar con la enfermedad para no agravar el corazón ya enfermo y que era necesario contrarrestarla con los nuevos antiinflamatorios y broncodilatadores.

- Bien hecho. También hoy hemos terminado con las visitas. Le prescribí un nuevo tratamiento y le pido que no haga enloquecer a los enfermeros para tomar éstos benditos remedios. Pasaré mañana a ver como está.

El doctor anotó el nuevo tratamiento sobre la cartilla clínica, la enfermera ordenó el carrito para seguir el recorrido. Visitas, partes, radiografías y tantos sermones. Buscaba defenderme de todos estos, fingiendo no entender la gravedad de mi situación. Deseaba volver a casa pero no me dejaban ir. A veces provocaba a todos los que estaban alrededor, también al doctor Serrano.

- ¿Cuándo me dejará salir de esta cárcel?

- Don Mimí, no se apesure. Se irá apenas los resultados de los análisis vuelvan a los valores normales. Todavía un poco de paciencia y lo dejaré ir, ¡Con las debidas restricciones por supuesto!

- ¿No se puede guardar las “debidas restricciones”? Por hoy he tenido ya bastante.

- No se olvide de que tiene ochenta y siete años y para respirar mejor, tiene que recuperar el tono de los músculos respiratorios. Empezará aquí en el hospital la terapia rehabilitadora funcional. La enfermera Graciela está especializada en este tipo de cuidado y después la puede continuar cómodamente en su casa.



Me entusiasmó la idea de ser asistido por la señora Graciela. Era muy aficionado a aquella mujer. La exaltación se interrumpió de nuevo, apenas el doctor repitió la prohibición absoluta de alcohol y cigarrillo.

- ¿Ni un cigarro de vez en cuando? Todos saben que el humo de los cigarros no va a los bronquios.

- Don Mimí, ya me lo preguntó mil veces. El uso de tabaco, en todas sus formas, puede causar patologías graves. No hay ninguna diferencia con los cigarrillos. ¡Tiene que renunciar definitivamente a los cigarros!

No le respondí. El doctor salió de la habitación y detrás de él la enfermera lo siguió, empujando el carrito.

## Viejo y Nuevo

*Así se baila el tango! Sintiendo  
en la cara, la sangre que sube a  
cada compás...*

*Así se baila el tango, mezclando  
el aliento, cerrando los ojos pa'  
escuchar mejor...*

*Elizardo Martínez Vilas (Marvil)*

A la mañana siguiente vino a visitarme Raúl; pasaba a verme una vez por semana. Me abrazó fuerte, quedándonos así al menos un minuto. Además del “usual recado”, trajo el diario y un paquete de caramelos de anís. Decía que eran especiales para el aliento del fumador.

Conocía a Raúl hacía veinticinco años, desde el día de su nacimiento. Era su padrino de bautismo y como sucede siempre en la tradición de las familias del sur Italia, esta función traía una responsabilidad grande. Era su punto de referencia, quien tenía que darle el buen ejemplo. Para mí era como un hijo y como todos los hijos, me hacía enojar muy seguido.

A veces me tomaba el pelo llamándome *cumpà*. Otras veces me llamaba simplemente Mimmo.

- Hola *cumpà*, ¿qué tal? ¿Te creíste que el hospital es un hotel? Dale, preparate, ¡te vine a liberar!

Sonreí apreciando el esfuerzo de Raúl de minimizar mi permanencia en el hospital. Acto seguido, sacó una botella de la mochila.

- Acá está el vino que me pediste, ¿Dónde lo pongo?

- ¡Muy bien! Escondélo en el armario, debajo de la toalla.

¿Trajiste el Fincado?

- Sí. Fincado del 2005.

Parecíamos dos contrabandistas en el acto de entrega de la mercadería, objeto de tráfico ilícito, que en broma habíamos bautizado el “usual recado”. La entrega se hacía una vez por semana. Le decía por teléfono qué vino tenía que tomar del sótano, él me lo entregaba y se ocupaba de cambiarlo por la botella vacía de la semana precedente. Trataba de que me alcanzara para las humaredas clandestinas, delante de la ventana, entre una visita y otra.

Después de haber puesto el vino en un lugar seguro, me contó sobre la universidad.

- Sabés Mimmo, aprobé otro examen: Técnica de la urbanística.

- Muy bien Raúl. ¿Y ahora cuántas materias te faltan para graduarte?

- Un par más, y ya elegí el argumento para la tesis de licenciatura. ¿Querés saber el título?

- ¡Sí, decime! ¡Soy todo oídos!

- Proyecto de un sistema edilicio ambiental multifuncional.

Es un proyecto de un club multidisciplinario de Rosario. La mega estructura tendrá en su interior una cancha de fútbol, salas de deporte y un centro de servicios con restaurantes, negocios y salas de conferencias.

- ¡Guau! Un proyecto de veras ambicioso.

- Sí, es una tesis de licenciatura muy compleja, pero acepté el desafío. La particularidad del proyecto consiste en el hecho de que cada ambiente tendrá instalaciones de termorregulación gradual para garantizar un microclima diferenciado en los diversos sectores.

Por un momento permanecí en silencio. Oír a aquel muchacho tratar con soltura argumentos de este tipo, me llenaba el corazón de gozo. Parecía ayer cuando lo acompañé a la universidad, para inscribirse en la carrera de ingeniería civil. Era apenas mayor de edad y ya tenía las ideas claras. Desde pequeño mostraba atracción por las construcciones. Me pedía que le explicara cómo hacíamos para edificar casas, construir puentes, asfaltar calles. Atosigaba a su padre para pasar el día en las obras en construcción y a veces lograba convencerlo. Pasaba horas experimentando el

uso de las herramientas. Jugaba con el nivel, el tamiz, el cepillo de acero, la espátula y la plomada para realizar paredes improvisadas. Todos los obreros quedaban pasmados por la precisión con la que colocaba los ladrillos.

En los días de visita a la obra, me corría con una hoja de diario en la mano, pidiéndome que le hiciera un sombrero de papel, como “esos que llevan los albañiles”. Yo se lo preparaba con cuidado, él tomaba un balde y una cuchara y orgulloso de su trabajo, empezaba el día. Tenía solamente ocho años y no se contentaba con sólo jugar con las herramientas. Quería ganar la estima de los demás, trabajar con ellos codo a codo, subir sobre los andamios. Era capaz de poner en práctica cualquier idea para ganarse a los obreros, a fin de que no lo consideraran sólo la mascota de la obra, sino uno de ellos. Y así fue. Sin abandonar nunca la escuela, continuaba, de vez en cuando, dándonos una mano. Apenas tenía medio día a disposición, iba a la obra a trabajar al lado de su padre, Saverio Manieri Banzi, maestro mayor.

En pocos años Raúl ya dominaba todas las técnicas de trabajo del sector de la construcción. Cuando decidió seguir con los estudios universitarios, inscribiéndose en la facultad de Ingeniería, yo ya sabía en mi corazón que toda aquella experiencia acumulada, había hecho de él un gran proyectista.

La experiencia de Raúl en el mundo del trabajo era semejante al mío. También yo, como él, había empezado de pequeño a frecuentar obras en construcción. En 1932, nuestra pequeña empresa “Labriola Hermanos” logró obtener algunos contratos con una gran empresa que estaba construyendo las nuevas líneas del subte de Buenos Aires. Mis hermanos me confiaron a Salvador, el carpintero de la obra, del cual aprendí velozmente la profesión.

Lo que Raúl estaba realizando después de haber aprendido a ser albañil, era el estudio de una ciencia en la universidad. Estaba por ser ingeniero. Yo, en cambio, no seguí adelante, primero me dediqué a ser albañil y sólo mucho tiempo después, cuando la empresa había crecido, me dediqué a la gestión del trabajo. Las satisfacciones no faltaron, sobre todo después de una fase inicial, construida con sudor y sacrificio, pero eran otros tiempos. El estudio era para los hijos de las familias adineradas, que no trabajaban. Yo, en cambio, trabajaba doce horas por día. Construíamos

casas, edificios públicos, hoteles. Una vez recibimos también un elogio de Perón en persona por haber realizado, en tiempo récord, una escuela en Belgrano.

Por esto es que estaba orgulloso de Raúl. Me gustaba su tenacidad, su mirada curiosa, su deseo de conocimiento. Ponía pasión en las cosas y eso lo hacía único entre sus pares, que, frente a la adversidad, parecían más inmaduros.

Pasamos todo el tiempo en el balcón. Estábamos bien. Entre una charla y otra, también él tomó una copa de Fincado.

- Tenés la misma sonrisa de tu papá

No me respondió. Levantó la mirada al cielo y se encogió de hombros, luego, con un gesto brusco tiró las últimas gotas de vino que quedaban en la copa. Me arrepentí de haber dicho esa frase y cambié repentinamente de tema, hablando de fútbol y de nuestra rivalidad deportiva. Raúl desde pequeño no se perdía nunca un partido de River Plate en el Monumental, mientras yo, que había pasado mis años adolescentes en el barrio de los genoveses, no podía más que hinchar por Boca Juniors.

- Los que saben dicen que Higuaín jugará el próximo campeonato en Europa, con el Real Madrid. ¿Cómo van a hacer ahora sin el Pipita?

- *Compadre* ¿Qué pasó? ¿Te duelen todavía los dos goles que les hizo en el último superclásico del torneo clausura? Ese día el Monumental estaba lleno de turistas, la mayor parte eran italianos e hinchaban todos por River.

Estallé en risas.

- ¿Te ovidás que también este año ganamos el campeonato?

Raúl acusó recibo del golpe, y luego, para provocarme de nuevo, se tapó la boca con la mano fingiendo ponerse un antifaz quirúrgico aludiendo la proximidad del estadio “La bombonera” al maloliente Riachuelo. Nosotros, en cambio, durante el superclásico los recubríamos de plumas refiriéndonos al apodo de “gallinas”.

Para nosotros la fe futbolística era sacrosanta y a pesar de los intentos de convencer el uno al otro que cambiase de equipo, los dos sabíamos que no podríamos cometer nunca una traición semejante.

Había también otro argumento sobre el cual divergían

nuestras opiniones: el tango. Al contrario de lo que él sostenía, he pensado siempre que nuestras divergencias no dependían de la diferencia generacional. Era una cuestión de actitud, de predisposición. Me fastidiaba que no mostrara la justa apreciación respecto a artistas íconos del tango.

Raúl tomaba lecciones hacía al menos siete años en Villa Malcom, una milonga de Avenida Córdoba. Por lo que sabía, tres veces por semana iba él mismo a enseñar. Lo hacía con pasión, en la academia de tango argentino, en la sede de Recoleta. Enseñaba tango nuevo, así lo llamaba él.

Lo hacía junto a Sofía, su novia. Una chica de su misma edad que había conocido en una fiesta de la universidad. Había iniciado tango después de años de estudio de danza clásica y moderna en el Centro Cultural Borges.

Ver chicos jóvenes, atraídos por el tango, era una maravilla. Era una suerte vivir la juventud en un período de renacimiento del tango, como lo fue también para mí, cuando empecé a dar los primeros pasos, imitando primero a mis hermanos mayores y luego a los bailarines de las milongas.

Los años treinta estaban terminando y empezaba la época de oro del tango. En cada barrio de la ciudad se abrieron confiterías y salones de baile. Se bailaba de modo más creativo con respecto a los primeros años. Yo me divertía en aprender el nuevo estilo. Era el tango de salón, más elegante y coreográfico, sobre todo para las mujeres. Sabía bailar también el apilado, el de los enamorados. Todos los viernes iba a la Confitería Ideal a escuchar la orquesta de Edgardo Donato. Iba con Teresa Cosimato, una amiga de mi hermana Beatrice. Con ella bailaba sólo aquel estilo. Parecíamos dos amantes. Apretada a mí en un abrazo cerrado, apoyábamos mejilla contra mejilla y con lánguidos pasos, nos mecíamos al ritmo de la orquesta. Sus vestidos tenían tajos vertiginosos y se ponía zapatos de taco alto. Yo me distinguía en la sala por el color vivaz de mis sacos. Me peinaba con gomina y llevaba siempre un cigarro en el bolsillo. Mis hermanos se sentaban en la mesa, listos para incitarme al baile. Íbamos a la milonga dos veces por semana para distraernos de la fatiga del trabajo acumulado. Me alcanzaba con escuchar las notas de un tango de Osvaldo Pugliese o de Carlos de Sarli para olvidar los problemas cotidianos. Luego empezaba la

magia, el momento de la invitación. Todo con reglas preestablecidas que constituían el código no escrito de la milonga. Estaba el momento de la presentación, el del primer encuentro, precedido rigurosamente por el juego de la mirada. Durante la cortina, el momento en que las parejas se soltaban entre una tanda y otra, los caballeros acompañaban a las mujeres a las mesas. En aquel entonces se usaba invitar a la dama en cuestión. Así se bailaba el tango en los años cuarenta.

Raúl, en cambio, bailaba de un modo extraño, sobre una música absurda, que era difícil entender. Era una música sucia, indefinida, dotada de todas aquellas diabluras electrónicas. Una vez me hizo escuchar un trozo, donde un pobre bandoneón, que para mí era el corazón latente de la orquesta de tango, sonaba al lado de una ensordecedora batería. Sus notas se ahogaban en el fragor.

Cuando se le preguntaba algo sobre el tango, no hacía otra cosa más que hablar de tango nuevo.

- ¿Cómo sigue el curso de tango?

- ¿Tango nuevo, querés decir?

- ¡Ah sí! ¡Me olvidaba que lo llamás así!

- No empecés de nuevo Mimmo ¡No nos vamos a poner nunca de acuerdo! Estás enfermo de nostalgia. Las cosas cambian, también la música.

Reflexioné por un instante, pero permanecí convencido de mi idea. Para mí los pasos del tango siempre eran los mismos.

- ¡No puedo aceptar los cambios! El tango es tango y va respetado en su tradición. Quien lo contamina lo lleva a la deriva. La orquesta, la voz, el baile, las reglas de la milonga son el tesoro acumulado desde hace años. Muchacho mío, imaginate que alguien te venga a agitar el mate antes de que te lo tomes, poniéndolo turbio como el barro.

- ¿Qué decís? ¿¡Quién ensucia tu mate!?! ¡También ustedes en los años cuarenta bailaban algo que entonces era nuevo! ¿Y el Canyengue? ¿Qué me decís del Canyengue?! ¿No estaba antes que ustedes? ¡Por eso los compadritos les tomaban el pelo!

Ésta vez Raúl era distinto. Discutía, replicaba, y hacía observaciones ante las cuales ya no sabía qué responder. Me dí cuenta de que mientras él citaba un montón de fechas, nombres y lugares, yo trataba de rebatir, respondiendo de modo evasivo. Estaba

completamente desarmado y empecé a atrincherarme detrás de argumentos genéricos en defensa del tango que de por sí ya habían sido superados. Me di cuenta de que sólo estaba dando un respiro a mi desmesurada pasión. Siguió un pesado silencio.

Luego, Raúl lo rompió.

- Perdoname *Cumpà*. No quería hacerte enojar. Tomémonos otro sorbo.

Agarró la botella y llenó de nuevo las copas.

No pude contradecirlo. Traté de retomar el argumento inicial: el bandoneón y la batería. También esta vez me hizo callar.

- Fueron los inmigrantes alemanes quienes trajeron aquel extraño organito. Imagínate que los campesinos lo tocaban en las fiestas. El bandoneón no es un instrumento que nació para el tango. Sin embargo no hay orquesta de tango que no lo tenga.

Interrumpimos la discusión, ambos conscientes de que la retomaríamos en otra ocasión. Siempre hacíamos así.

Tenía deseos de fumar todavía. Le pedí a Raúl que me diera un cigarro de la caja escondida debajo de la cama. Lo encendimos con tres bocanadas intensas, una tras otra sin interrupción. El humo llegó hasta el piso de arriba.

El horario de las visitas ya había terminado. Raúl me hizo compañía por otros diez minutos, justo el tiempo necesario para acabar el cigarro. Luego, recogió sus cosas, puso la botella vacía en la mochila y me saludó.

- *Cumpà*, ahora tengo que irme, Sofía me está esperando.

Cuando cerró la puerta sentí un poco de amargura por la discusión que en algunos momentos había asumido un tono demasiado pesado. Me levanté del sillón con la ayuda del bastón y me acerqué a la baranda. Esperé a que Raúl saliera por la callecita arbolada. Él levantó la cabeza, nuestras miradas se cruzaron y nos saludamos con la mano. Me sonrió y de golpe, aquel sentido de inquietud desapareció. Lo seguí con la mirada hasta perderlo de vista. Tranquilo, regresé a la habitación.





## Un nota, una mañana

*Quando estés bien en la via, sin  
rumbo, desesperao...  
La indiferencia del mundo  
que es sordo y es mudo  
recién sentirás... Yira!.. Yira!*

*Discépolo*

La hora del almuerzo y de la cena eran los momentos más tristes de los interminables días vividos en el hospital "Álvarez". El deseo de una simple parrilla se desvanecía ante la dieta establecida por el doctor Serrano. Casi todo los días me daban una sopa de verdura y puré de papas. Ya me molestaba el olor que, como una fuga de gas, invadía el pasillo para luego estancarse en las habitaciones.

Aquella vez, como tantas otras, no toqué bocado. Me sa-ciaba con las galletitas de Raúl, con la esperanza de poder probar más tarde, alguna de las cosas que preparaba la señora Graciela. Era una buena cocinera y cuando preparaba algo especial, me traía siempre una porción. Aquella tarde, gracias a Dios, vino con unas empanadas. Estaban todavía calientes. Me las comí con mucho gusto, mientras ella se preparaba para empezar la terapia rehabilitadora.

Era la primera sesión de un ciclo que, según el doctor Serrano, podría continuar tranquilamente en mi casa una vez que me hubiera dado el alta; el problema era que no me había dicho cuándo. Todos consideraban de gran importancia esta terapia, decían que servía para mejorar la calidad de la vida de uno, que como yo, tenía los pulmones quemados por el humo y por

la edad. Yo no les creía para nada. Me parecía absurdo que los masajes al tórax y una simple gimnasia pudieran restituirme el aire necesario para respirar. Cada día tenía menos aliento.

- Señor Doménico, ¿empezamos? Ahora le explicaré algunas cosas y luego comenzamos con la terapia. Lo único que le pido es me dé la máxima colaboración, sino todo será una pérdida de tiempo.

Las palabras de Graciela pesaban como una piedra. Me quedé callado. Ella empezó a explicarme al mínimo detalle el recorrido que debíamos afrontar al menos por dos horas todas las tardes. La terapia debía facilitar la desaparición del catarro en los bronquios y hacerme recuperar un poco el aliento.

Respiraba a duras penas, parecía una cafetera olvidada sobre la hornalla encendida.

- No se preocupe por sus silbidos. ¡Ya se le pasarán! Ahora tenemos que hacer una prueba antes de empezar.

- ¿Una prueba? ¿Y de qué se trata?

- Una espirometría, una tontería. Un examen fácil e indoloro que hacen también los chicos.

Era la primera vez que oía aquella palabra. Consistía en soplar fuerte todo el aire que tenía en los pulmones en un tubo unido a un instrumento. Luego una computadora trazaba marcas sobre la pantalla. Ella me dijo que aquel dibujo indicaba la capacidad y la funcionalidad de mis pulmones.

La prueba fue un verdadero desastre. La primera vez me equivoqué con los tiempos porque soplé antes de que ella me indicara cuando hacerlo. La segunda vez me ahogué y tosí adentro el tubo. Otra vez el tubo de cartón se me trabó entre los labios y se desprendió de la maquinita. No fue un buen comienzo, pero ella no se desanimó y después de mil intentos y mucha paciencia, logró hacerme hacer el examen.

El primer día de terapia fue traumático. Graciela me hizo extender los brazos y me hizo masajes enérgicos en el tórax. Con el reloj en la mano contaba los segundos que duraba mi respiración, haciéndome contener el aliento. Yo no estaba acostumbrado a mover los músculos ya atrofiados por

la vejez.

De vez en cuando hacíamos pausas, en las cuales volvíamos a retomar nuestras conversaciones.

- Señor Doménico, ¿Me termina de contar de aquella tarde? ¿Por qué Raúl tardaba?

- Porque estaba conmovido. Había recibido una terrible noticia.

- ¿Qué tipo de noticia?

- El abandono de su padre.

Sobre la cara de Graciela apareció una expresión de estupor.

- Su padre se fue y dejó una nota en la cocina, debajo de la taza del café del desayuno.

A ella se le humedecieron los ojos, imaginando el dolor desgarrador de aquel pobre muchacho.

- Aquella mañana Raúl me llamó por teléfono. A duras penas logró decirme dos palabras. Le dije que me pasara a buscar. Estalló en llanto, estaba desconcertado y solo.

- ¿Y su madre?

- Su madre había fallecido el año anterior a causa de una enfermedad incurable. Raúl no tenía a nadie más. Lo esperé todo el día. Vagabundé por Buenos Aires sin ninguna meta. Luego, agotado, lo vi caminar entre la gente que afloraba sobre Avenida Salguero. Tenía los ojos hinchados del llanto y verlo así me rompió el corazón. Entró, se arrojó sobre el sillón. Sacó del bolsillo la nota y la tiró sobre la mesa. A pesar de la curiosidad, no la leí enseguida. Quería que me hablara él. Tenía la sensación de que el adiós de su padre era un viaje de ida solamente. Raúl había cumplido veinte años hacía un par de semanas y la partida repentina de Saverio me parecía programada. Me dijo que habían pasado una velada como tantas otras, hablando de cualquier cosa.

- ¿Recuerda lo que había escrito en la nota?

- ¿Cómo poder olvidarlo? Eran las palabras de un padre que dejaba a su hijo.

Recité de memoria el contenido de aquella carta, como si la hubiera tenido adelante de los ojos:

*Querido Raúl,  
Perdoname si no encontré el modo y el coraje de hablarte. He decidido partir y lo hago hoy. Es duro dejarte pero no puedo posponerlo más. He esperado tantos años y ahora que estoy viejo y vos vos ya un hombre, ha llegado el momento.*

*Sos un chico fuerte y estoy convencido de que sabrás arreglarte bien sin mí. Te dejo la casa y todos mis ahorros. Por cualquier problema podrás contar con el viejo buen Doménico.*

*No me busques. Tal vez un día te daré explicaciones.*

*Adiós*

*Papá*

- Aquel día Saverio se fue sin dejar rastro. Desapareció, llevando consigo sus secretos. A nosotros nos dejó su misterio.

Graciela tenía la piel de gallina.

- Una historia triste señor Doménico, ¿Cómo se puede abandonar un hijo?

- No lo sé. Yo no tengo hijos. Al menos hasta ese momento, en que decidí hacerme cargo de él.

- No debe haber sido fácil ejercer el rol de padre de un día para el otro.

- Fue algo espontáneo, ya que lo quería mucho al muchacho. Se quedó en mi casa un par de meses y cuando decidió volver a su casa, seguimos viéndonos todos los días.

Graciela había visto a Raúl un par de veces, durante el horario de visita. La sorprendía el apego que tenía conmigo. Raúl y yo nos entendíamos mejor que él y su padre. No era culpa de nadie. Los hijos porteños de padres inmigrantes no son hijos de sus padres, sino de Argentina. Raúl era uno de ellos. Nosotros, en cambio, inmigrantes, dejábamos el corazón y la mente en la tierra de origen.

Continué contando sobre aquel día horrible. De repente el beeper de Graciela empezó a sonar, el médico de turno la estaba llamando por una emergencia. A pesar de tener prisa, me preguntó:

- ¿Pero Saverio dónde estaba? ¿Lo ha sabido alguna vez?

- ¡De él nunca hemos tenido más noticias! Parece haber desaparecido en la nada.

Han pasado ya cinco años y aquel muchacho nunca perdió la esperanza de volver a verlo. El tiempo lo ha ayudado mucho a tratar de explicarse lo sucedido, pero la herida permanece abierta.

Graciela salió de la habitación, saludándome con una de sus dulces sonrisas. Tenía todavía mucho para contar. Un poco cada vez, durante los encuentros de la terapia.

Hablábamos de Raúl, de las búsquedas que hizo para no dejar ninguna posibilidad sin investigar. En los primeros meses no se quedó ni un minuto quieto. Primero buscó en todos los geriátricos de Buenos Aires. Esperaba encontrarlo, pensando que, como tantas personas ancianas, en un determinado momento de la vida, desean refugiarse en soledad. Quizás no se había equivocado del todo en buscarlo en lugares por el estilo, pero yo seguía preguntándome qué había podido empujar a un viejo de setenta años a desaparecer así, de repente. Para mí había otro motivo.

Escribió a algunas asociaciones especializadas en la búsqueda de personas desaparecidas y hasta fue a la televisión, al programa "*Gente que busca gente*". Me dijo que la foto de Saverio circulaba también en Internet. No entendía el significado de aquella palabra, por como lo decía él, tenía que ser una cosa importante.

Luego decidimos buscarlo en otro lugar. Se presentó al consulado para hacer una búsqueda en Italia, en *Viggiano*, región nativa de su padre.

Si había vuelto allí, alguien debería haber notado su presencia. En los pequeños pueblos de provincia, un forastero no pasa nunca inadvertido. Aún así no logró desvelar el misterio. En *Viggiano* no habían visto a ningún visitante ni turista con el nombre de Saverio Manieri Banzi.

Yo también traté de ayudarlo. Hice correr la voz entre todos los obreros que habían trabajado con él. Lo buscaron en el club recreativo, en la asociación de inmigrantes y también en los lugares que frecuentaba habitualmente. Le avisé también al párroco de la iglesia "Santísima Trinidad".

Una mañana Raúl me llamó desde la estación de Retiro. Estaba por ir al Tigre. En ese lugar, Saverio, a fines de los años sesenta, había comprado una casa de fin de semana. Después de la muerte de su esposa, los viajes disminuyeron y la casa fue abando-

nada a su suerte. Para Raúl volver en aquel lugar fue como zambullirse en los recuerdos de su infancia, cuando enloquecía de gozo por dar una vuelta en lancha.

Con un poco de nostalgia sobre el pasado, fue al canal San Miguel, en las cercanías del mercado de las flores, a la búsqueda de su vieja casa. A pesar de que habían pasado varios años, recordaba cada trecho del canal, las casas de los vecinos, la plaza con el campanario y los puntos de atraque de los barcos. Recordaba también las zambullidas desde el muelle. Al vislumbrar la casa, en la lejanía, sintió una fuerte emoción. Pero a diferencia de lo que se esperaba, la halló en todo su esplendor. No había signos de abandono y la fachada estaba recién pintada. Parecía viva, como nueva. El corazón de Raúl latía fuerte. Acercándose, notó unas macetas de flores sobre la corniza de la ventana y algunas prendas tendidas al sol. Un perro en el jardín ladraba.

Se bajó de la barca con la certeza de haber hallado finalmente a su padre. Se lo imaginaba salir por aquella puerta de un momento a otro. Dio unos pasos y entrevió la forma de un hombre. Era bajo y robusto. Caminaba apoyado en un bastón. Fue como una ducha fría. Aquel hombre no podía ser su padre. Saverio era alto, con un físico potente, tenía bigotes y el cabello peinado para atrás.

El viejo salió de la casa. Detrás de él, una mujer. La situación se repente se aclaró. La pareja había comprado la casa en octubre del 2001, un mes antes de aquel fatídico día. Raúl volvió destruido a Buenos Aires. También aquella vez la búsqueda de su padre, no tuvo un buen fin.

Pasé otros dos meses en el hospital. Parecía rehén del doctor Serrano que en cada visita retrasaba la fecha del alta. La terapia había dado buenos frutos pero él, de modo preventivo, decidió tenerme más tiempo hospitalizado.

Me puse mal cuando me dijo que debería pasar también Navidad y Año Nuevo en el hospital. Deseaba tanto festejar en mi casa. Hubiera querido esperar la llegada del año nuevo en mi barrio, con mis vecinos. Éste último impedimento, en cambio, me permitió vivir una experiencia única. Aquellos días fueron inolvidables. Probé por primera vez el calor de una gran familia compuesta de pacientes, enfermeros y parientes. En Navidad, las reglas fue-

ron menos estrictas. También el horario de visitas no fue respetado. En cada habitación había aire de fiesta, algunos jugaban a las cartas, otros contaban historias divertidas. Hasta en la habitación de Simón entonaban canciones. Sirvieron la comida en el corredor. Éramos muchos en el festejo, la mesa estaba llena de cosas ricas. La tarde la pasamos jugando al bingo.

En aquel momento estábamos todos más unidos. El entusiasmo de aquella mágica Navidad nos acompañó hasta el 31 de diciembre cuando, con la complicidad de Raúl, organicé una fiesta de fin de año memorable.

- Muchacho mío, abrí bien las orejas. Te voy a pedir un favor y no podés decirme que no.

- ¿Qué *Cumpà*?

- La fiesta de fin de año en el Álvarez. ¡Acá quieren festejar todos!

- ¿Cómo hicimos en Navidad?

- Más... ¡mucho más!

Raúl me miraba con aire de intriga. Buscaba descubrir qué diablos me pasaba por la cabeza. Me conocía hacía años y sabía que si decidía una cosa, después la cumplía.

En aquel hospital eran todos viejos. Era un centro especializado para la tercera edad. Yo me hallaba en la sección de cardiología en el tercer piso. Del cuarto al sexto, en cambio, estaban las secciones de las mujeres. Al final del pasillo se hallaba la sala comedor, en frente había una gran galería donde, en los días de sol, nos hacían pasar algunas horas.

Faltaban pocos días y me darían el alta junto a Simón que se había repuesto definitivamente de aquella delicada operación. Se corría la voz de que también se la darían a Javier Moreno, un viejito avisado, no obstante las dos operaciones al corazón hechas en los últimos dos años.

Eran dos acontecimientos para festejar.

Javier era un viejo conocido mío. Él, como yo, amaba bailar. Tantas veces nos encontramos en las confiterías. Más que de tango, él era un verdadero bailarín de milonga. Y cuando bailaba, no pasaba inadvertido. Abrazaba mujeres casi siempre más altas que él, las dominaba desde bajo, con guía segura. Era fantástico y sabía jugar con el ritmo de la música, suscitando los aplausos de los



espectadores. Era apodado el *Rey del traspíe*. Se divertía bailando entre tiempos y contratiempos.

Precisamente hablando con él me vino aquella idea maravillosa. Una *milonga* en el Álvarez.

Queríamos hacer inolvidable aquel fin de año. Divertir a todos.

Aquella noche, la cena fue especial. Sobre las mesas había flores perfumadas y velas doradas, dispuestas con premura. Las enfermeras de turno trajeron postres caseros y pasaron la velada con nosotros. La sala comedor parecía un restaurante de lujo y nosotros, para aquella ocasión, nos vestimos elegantes. Lo mandé a Raúl a buscar mi traje gris oscuro con saco cruzado, que me ponía para estas ocasiones. A pesar de que no me quedaba como antes, mirándome al espejo, vislumbré los encantos del *tanguero* de siempre.

Las mujeres de los pisos de arriba bajaron en grupo. Nosotros las esperábamos en la sala, listos para ayudarlas a sentarse, acercándoles la silla a la mesa. Estaban muy elegantes. Se habían preocupado en vestirse bien después de haber recibido nuestras invitaciones. Las enfermeras se quedaron con la boca abierta, no creían lo que veían sus ojos.

Al final de la cena pasó algo extraordinario. La música de un tango invadió la sala. Eran las notas inconfundibles de *Mi noche triste* del gran Carlos Gardel, donde recitaba el amor sentimental y nostálgico. Por un instante todos hicieron silencio, el murmullo se apagó. Javier y yo nos miramos, complacidos de como habíamos podido organizar aquella magnífica sorpresa. Todos escuchaban, como hipnotizados, aquella canción. Luego siguió *Recuerdo*. La voz de Alberto Castillo funcionó como un llamado a las alondras. Empezaron a levantarse uno por uno curiosos de saber de dónde salía aquella música. Salieron de la sala y caminaron a lo largo del pasillo hasta la galería. La hallaron transformada en una auténtica milonga. Sobre cada mesa había una rosa roja y las paredes estaban adornadas con guirnaldas de colores. Lo más lindo de la velada fue nuestro querido Raúl haciendo de musicalizador. Conocía todos los discos y nos deleitó con los temas más bonitos. Me emocioné cuando Javier lo presentó a todos como un joven prometedor maestro de tango.

Parecía vivir en un sueño. Bailamos toda la noche.

A medianoche nos asomamos a la terraza. Todos juntos saludamos al año viejo, como si, en frente a nosotros, hubiera gente escuchándonos y dimos la bienvenida al año nuevo. Buenos Aires enloquecía de luces y ruidos, pero en el barrio de Flores, desde el tercer piso de aquel hospital, éramos nosotros los que iluminábamos el mundo con nuestras esperanzas y las serpentinas de sorpresas que nos regaló Raúl.



## Nuestro amado Tortoni

*Viejo Tortoni, en tu color están  
Quinquela y el poema de Tuñón,  
y el tango aquel de Filiberto,  
como vos, no ha muerto, vive sin  
decir adiós.*

*Viejo Tortoni - Héctor Negro*

- ¿Pusiste todo en la valija?
  - ¡Sí! Está todo, ya controlé.
  - ¡Entonces vamos! Empezá a saludar a las enfermeras y al jefe de sala. El taxi ya llegó. Está esperando abajo.
  - ¿Ya lo llamaste?
  - ¡Sí! ¿No viste que estaba hablando por teléfono?
  - ¡Creía que estabas hablando con Sofía!
  - Primero llamé a Sofía, después al radio taxi. ¡No importa!
- Ahora terminá de prepararte. ¿Pusiste todo en la valija?
- Sí, es ya la segunda vez que me lo preguntás. ¡Y después me dicen a mí que pierdo la memoria!

Reímos. Estábamos contentos. Después de casi tres meses, me dejaron salir del hospital. Las terapias hechas con Graciela habían dado los resultados esperados y el doctor Serrano estaba satisfecho de los últimos análisis. Por fin podía volver a casa. Me había venido a buscar Raúl con un taxi. En casa, Sofía estaba preparando el almuerzo. Me esperaba mucha gente en el barrio de Palermo. Era conocido por las casas y departamentos que había construido durante aquellos años.

Para un viejo como yo, con ochenta y siete años, volver a casa después de otra hospitalización significaba haber ganado un desafío importante y así debían haberlo pensado también mis vecinos. Durante mi ausencia llenaron el buzón del correo con mensajes de ánimo para que me curara. En el trayecto de Flores a Palermo saboreé de nuevo el gusto de Buenos Aires, más caótico que de costumbre. Atravesamos Caballito, Villa Crespo, luego Avenida Corrientes, Córdoba, hasta Palermo. Para mí aquella zona era la más bonita de la ciudad.

Llegamos a casa poco antes del mediodía. Hacía calor y Raúl me preparó algo fresco para tomar. Para hacer más importante mi regreso había organizado una picada en el jardín con los vecinos. Nos estaba esperando la familia Alberti completa. Estaban también los señores Navarro con su inseparable Diablo, un caniche de tres años. Un grupo de muchachos en bicicleta nos escoltó hasta el portón de casa. Colgado por las extremidades, había un pasacalle que decía “Bienvenido Compadre”.

No terminaba nunca de sorprenderme aquel muchacho.

Abrazos, aplausos y paquetes. Luego se fueron todos y finalmente pisé el umbral de casa. Había olor a salsa boloñesa. Sofía la estaba cocinando a fuego lento, como le había enseñado su abuela. Ella también era hija de inmigrantes y, por lo que contaba Raúl, se llevaba bien con la cocina. Estaba haciendo ravioles. Esos que se preparan sólo en las ocasiones de fiesta. Los comimos afuera, en el jardín, a la sombra.

- ¡Están buenísimos! Son realmente especiales. ¡Muy bien Sofía! ¿Quién te enseñó a hacerlos tan bien?

- Mi abuela Carmela. Cuando era chica ya me hacía preparar el relleno. Decía que eran más ricos así, sin espinaca. Rellenos sólo con ricota y unas hojas de perejil. ¿Quiere un poco más, señor Doménico?

- No, gracias. Estoy bien así. El único favor que te pido es que no me llames más señor Doménico. ¡Para vos soy Mimmo!

Ella sonrió, mientras levantaba la mesa. Raúl estaba contento de descubrir que Sofía era para mí como una más de la familia. Después de comer me concedí un *Pantelas*, lo fumé sentado en la silla hamaca. Tenía un sabor distinto.

En pocos días volví a llevar la vida de siempre. Cada ma-

ñana hacía el usual paseo hasta Plaza Italia. Allí, sentado sobre el banco, leía el diario. Me sentía mejor y no tomaba más los remedios. Graciela pasaba a verme igual, era un gusto pasar un rato juntos, charlando. Me pedía siempre que le siguiera contando aquella historia. Una mañana la invité al gran café Tortoni. Hacía años que no iba.

En otros tiempos lo frecuentaba regularmente. Me llevaba mi amigo, Fernando Balestra, poeta y filósofo al cual le construí una casa en Recoleta, una de las más lindas del barrio. Nos hicimos amigos y un día me invitó a aquel café literario. Yo no estaba a la altura de los debates, pero me gustaba la atmósfera que se generaba. Con guirnaldas de yeso en el techo, como un teatro de estilo liberty, el Tortoni hacía de escenario para representaciones y conciertos de música clásica y tango. Fernando decía que ahí dentro la historia fluía perennemente, como si fuera líquida. A mí, aquella frase me gustaba y le pedía que la repitiera, despacio, cada vez que íbamos.

Parecía el interior de un velero del siglo XIX, con los distintas salas divididas por puertas replegables. Las paredes estaban atestadas de cuadros y fotografías de viejas divas, trozos de historia que te miraban mientras fumabas. En alguna esquina, Borges había tomado apuntes. Sobre una mesa apartada, tal vez, Filiberto había cantado a media voz *Caminito*. Sobre el suelo de mármol, por más que hubieran pasado el estropajo, me parecía que todavía estaban las huellas del tango de Gardel. Me pedía un cortado, encendía el cigarro y me dejaba mecer por las palabras del filósofo. Me gustaba como explicaba las cosas. Usaba términos simples pero combinados entre sí parecían notas musicales.

Hablaba de historia y de como funcionaban ciertas ideas, de los lugares donde nacían antes de caminar solas entre la gente hasta cristalizarse en Plaza de Mayo. El café Tortoni era uno de éstos lugares que los porteños amaban.

Fui a la cita con anticipación. Después de tanto tiempo, sentía fuerte el deseo de estar parado, solo, en aquel lugar. Volver con compañía me habría distraído de ciertas emociones que eran sólo mías.

El lugar estaba lleno, hallé una mesa libre al final de la sala. De allí podía ver a la gente que entraba y salía. Los mozos se

deslizaban veloces entre las mesas, tomando los pedidos y llevando triunfales bandejas llenas de tacitas y picadas.

Mientras esperaba a Graciela me di el gusto de un buen desayuno, chocolate caliente con churros. Nunca supe resistir la tentación de aquellos dulces fritos, que todavía me enloquecen.

En la barra había un grupo de turistas. Eran italianos, pero no italianos como nosotros. Seguro no vivían en Buenos Aires, los reconocí por la actitud con la que bebían el café. Lo habían pedido sin sentarse, en la barra, cerca de la entrada del lugar sin sentir ninguna curiosidad por el resto. Un sorbo y a la calle, yendo detrás de las etapas sucesivas de una excursión breve, de esas que se completan en una mañana. Una vez consumido el café y haber pagado, parecía que hubieran cumplido con un precepto.

Para mí era inimaginable. Yo, el café lo tomaba sentado a la mesa, con calma, parando el tiempo. Olía primero el perfume, para preparar el paladar. Luego verificaba que el estrato cremoso fuese de la consistencia adecuada, le ponía media cucharita de azúcar. Los granos tenían que hundirse lentamente, como engullidos en arena movediza. Sólo entonces, después de haber bebido un poco de agua para limpiarme la boca, lo tomaba a sorbos, colocando cada vez la taza en el plato y alternando con pitadas de mi cigarro preferido. A veces, para prolongar el gusto de la cafeína, lo acompañaba con un chocolatín amargo. Luego, me ponía a leer el diario y a curiosear con discreción las charlas de las personas sentadas cerca mío. Esto, para mí, era saborear un café.

Pasé algunos minutos, llegó Graciela. Afuera hacía calor, había bajado de uno de los colectivos llenos que transitaban por Avenida de Mayo. Entrando emitió un suspiro de alivio. El local era largo y el aire era más fresco que afuera.

- Buenos días ¿Lleva mucho tiempo esperándome?
- Un poco, ¡Pero vine antes a propósito!
- ¿Más recuerdos?

- ¡No se imagina Graciela!, hasta cuando no quiero aflorar en la mente. Estoy pensando en la primera vez que me encontré con Saverio en este café.

Le conté cuando se me presentó buscando un trabajo. Era el 12 de febrero del 1951, un lunes. Recuerdo bien la fecha, porque aquel día la empresa Labriola Hermanos empezó una nueva

obra en San Telmo para la construcción de un hotel. Yo estaba allí con los obreros. Saverio había llegado hacía poco a Buenos Aires. Se había embarcado en Nápoles sobre el navío Santa Cruz y tardó veinticinco días en llegar. Viajaba solo, llevaba consigo una maleta y muchas ganas de dejar su tierra. No parecía un inmigrante como los demás, en busca de fortuna. Su partida tenía seguramente otro motivo. Cuando el navío salió del puerto, no se dio vuelta para mirar la costa, ni por un instante. Todos saludaban desde el puente, con lágrimas en los ojos. Los hombres agitaban los sombreros, las mujeres sus pañuelos. Él, en cambio, miraba hacia adelante, anticipando el mar en el horizonte.

- ¿Y aquí en Argentina? ¿No había nadie esperándolo?

- No. No había nadie.

- ¿Y cómo llego acá?

- Sobre el navío había muchos lucanos<sup>2</sup>. Le hablaron de nuestra gran comunidad, ya perfectamente integrada en Buenos Aires. Fue así que decidió presentarse ante nosotros, para encontrar una ocupación. Los de Basilicata éramos una buena parte de los inmigrantes italianos y cuando podíamos hacerlo, ofrecíamos trabajo a los paisanos voluntariosos.

Aquel joven me impactó. También su aspecto. No parecía alguien que pasara los días en obras en construcción. Sus manos estaban limpias, cuidadas, sin siquiera un callo. Tenía puesta una camisa blanca con las mangas enrolladas y un pantalón de vestir gris claro. Tenía el saco apoyado sobre el hombro, prendido por el cuello con su dedo índice. Los pobres no van por ahí así. Parecía un rico muchacho de pueblo, aunque el traje estaba un poco arruinado y lo llevaba ya hacía un par de días, se veía que era de buena hechura. Su aspecto descuidado lo incomodaba. No estaba acostumbrado a presentarse de aquel modo delante de personas desconocidas.

Se presentó ante mi hermano Pasquale, pidiéndole poder trabajar en la obra y, en el intento de convencerlo, dijo que había trabajado desde chico con distintas empresas de construcción de

2 “Lucanos” se llama a la gente originaria de la región Italiana “Basilicata”



calles, estancias, y por último en la remodelación del Santuario de *Viggiano*. Al escucharlo parecía que tenía el doble de sus años.

Por el modo de expresarse, con tono amable y lenguaje educado, nos dimos cuenta en seguida que se trataba de una persona que nunca había hecho gran esfuerzo para ganarse el pan.

En aquel tiempo tomábamos a los albañiles haciéndoles hacer un período de prueba. Los peones para el trabajo pesado, en cambio, los tomábamos directamente y los mandábamos a hacer lo que había que hacer en la obra.

Mi hermano no le creyó ni una palabra y le dijo descortésmente que no había lugar para gente como él.

Saverio pasó el saco al otro hombro y señalándolo con el dedo le dijo con aire desafiante en dialecto *“Dio h’avitat’ ra li p’zzint’ arr’vinut’ ”* que quiere decir: *“mejor alejarse de los pobres enriquecidos”*. Se dio vuelta y desapareció detrás de la esquina. Yo creí que la historia se acababa allí, pero no fue así.

A la tarde de aquel mismo día estaba en el Tortoni donde normalmente iba a tomar un café después del trabajo. Me encontré ocasionalmente de nuevo con aquel personaje. Estaba vestido del mismo modo, con el saco sobre el hombro. Estaba parado en la barra del bar, con un vaso adelante. Dos señoras sentadas en la mesa al lado de la puerta de entrada lo miraban comentando en voz baja. El hecho de que no hablara con nadie lo hacía ambiguo y fascinante. Al final de la sala, la orquesta tocaba la música de un tango, una pareja de bailarines ancianos abrazada, se mecía al compás de la música.

Le hice una seña con la mano para que viniera a mi mesa. Tuve que insistir para que se sentara. Le llené el vaso pero él seguía en silencio. Entonces, le hice una pregunta que resumía mi curiosidad. ¿Por qué había venido a Buenos Aires?

Su respuesta fue bastante superficial: *“para hacer la América”*. Exactamente así me respondió, *¡Para hacer la América!* Por un instante volví a verme a mí mismo en el momento en que había comenzado a ganarme la vida. ¿Quién era yo para negarle la América a un muchacho de poco más de veinte años?

Le dije que se presentara el día siguiente en la obra y que

## Cumparsita 49

dejara en casa aquel ridículo saco.

Sólo entonces Saverio levantó el vaso y bebió en signo de augurio.



## Princesa Mafalda

*“Desde ‘Principessa Mafalda’ a todos: SOS...! ¡Desde ‘Principessa Mafalda’ a todos: SOS...! Estamos en peligro. Nuestra posición: 16° 50’ Lat S y 37° 51’ Long O. Vengan enseguida. Necesitamos asistencia”*

*Luigi Reschia y Francesco Boldracchi  
(Los radiotelegrafistas italianos  
25/10/1927)*

Cuando todos subimos al camión de tío Giovanni, me puse mal. Yo quería subir enseguida al barco y ver al mar. Nunca lo había visto antes.

La maestra Rosa me había dicho que el mar nunca se acababa. No le creía y me moría por ver si era de verdad así.

Era el año 1926. Aquel año yo era el cuarto niño que dejaba la clase para ir a América. Estaba en segundo grado y era el único que iba al colegio de mi familia. Mi padre me había inscripto de mala gana. Él quería que trabajara en el campo como mis hermanos. Decía que ese era mi lugar, que los campesinos necesitaban pan para comer y no libros.

Estaba enojado con el programa del nuevo partido fascista que, en aquellos años, había puesto en marcha el proceso de alfabetización de la población campesina.

Cada vez que partía alguien, la maestra se conmovía y cuando nos apretaba fuerte para saludarnos, lo hacía con un poco de envidia. Si hubiera podido, hubiera ido ella en lugar nuestro. En

sus ojos se transparentaba ese deseo.

Mi hermana Beatrice me había explicado que para ver el mar teníamos que ir con el camión porque era lejos.

Era casi el mediodía del domingo 7 de marzo y en la plaza del barrio de San Marco donde vivíamos, estaban todos. Los paisanos nos prepararon provisiones para el viaje. Llevaban pan, *taralli*<sup>3</sup>, algunos huevos y una botella de vino: el *aglianico* que se producía en nuestra región. María, la esposa del tío Giovanni, nos regaló tres sopresatas.

El equipaje era mucho, aunque tenía apenas lo suficiente para empezar una nueva vida al otro lado del océano. Junto a tres cajas de madera, llenas de casi todo lo que poseíamos en casa, nos llevábamos cinco maletas de cartón llenas de ropa, cerradas con una soga. Pasquale y yo llevábamos sobre la cabeza sillas de paja para que se sentaran las mujeres durante el viaje.

Mi madre no logró contener las lágrimas y empezó a llorar. Mi padre estaba furioso porque dejaba la casa en la que había nacido. Estaban convencidos de que teníamos que hacer aquel viaje. La mala cosecha de los últimos tres años nos había puesto en dificultad y por eso, habían decidido alejarnos de aquella vida de penurias. Sobre todo después de la carta del amigo del tío Giovanni, el genovés, decidieron que era el momento justo. Era necesario partir.

Aquel papel había sido el motivo de una decisión difícil. Lo había leído el arzobispo De Rocca el mes anterior.

Él también estaba el día que partimos, había venido para darnos la bendición. Nos dio algunas cartas para distribuir a familias que ya habían emigrado. Teníamos que entregarlas a la Asociación de los Inmigrantes lucanos apenas llegáramos a Buenos Aires.

El arzobispo se acercó a mi madre y le dijo que sonriera, que borrara aquella cara fea. Aquel era un día importante porque hijos de su país, llevaban nueva savia a una tierra más fértil. De alguna manera logró calmarla a ella y a las comadres, presas del llanto.

3 Los *taralli* son galletas pequeñas en forma de roscas, típicas de la región Basilicata.

Para mí era un momento de fiesta y no entendía el por qué de tantas lágrimas. Era un niño y no había visto nunca el nuevo mundo, pensaba que nos esperaban bellas aventuras. Tuve claro el motivo de aquel llanto algunos años después.

Mi tío Giovanni me separó del grupo, se sacó su cadenita de oro con una cruz y me la puso al cuello, diciéndome que no me la quitara por ninguna razón.

Subimos todos al camión: mi padre viajaba adelante, junto a mi tío Giovanni y a Francesco, el más grande de mis hermanos. Se rotaban para manejar. Yo, Pasquale, Rocco, Beatrice y Titina estábamos atrás, alrededor de nuestra madre.

Salimos despacio, casi en silencio, mirando a los que nos saludaban con el pañuelo. Algunos niños nos acompañaron corriendo sobre la calle de tierra hasta el bosque, bordeando el río Bradano. Yo los saludaba desde el camión asomándome por debajo del toldo medio enrollado. Eran mis amigos. Tonino se trepó al costado del camión y, levantando los pies de la tierra, fue transportado por una buena parte del camino. Me dijo que le mandara una postal con un dibujo de América. Luego con un salto se bajó. Siguió saludándome hasta la mitad del camino sumergido en el polvo. Por primera vez me sentí protagonista.

Pasamos el puente de hierro, la llanura de Cerro. Estábamos en campo abierto y en la lejanía, la catedral se hacía cada vez más pequeña. Mi familia sabía que no volveríamos nunca más y escondía con indiferencia aquel tremendo pensamiento.

Fue la última vez que vimos *Acerenza*. Desde el fondo del valle parecía aún más bonita, los rayos de sol reflejados en la lejanía exaltaban su belleza.

Nos sentimos un poco más animados ante la idea de que nuestro viaje ya había comenzado. A diferencia de la mayor parte de los emigrantes del sur de Italia que iban directo a Argentina, nosotros habíamos partido del puerto de Génova y no de Nápoles. Un amigo del tío Giovanni trabajaba en un astillero y logró procurarnos los pasajes del buque a vapor más prestigioso de la marina mercante italiana: el *Principessa Mafalda*. Gracias a él, una vez en Buenos Aires, habríamos de hallar un lugar donde asentarnos en el barrio de *La Boca* y una persona de referencia para buscar un trabajo.

Nunca había viajado en camión. Un niño pequeño como yo raramente salía del barrio. Lo hacía cada tanto, cuando acompañaba a mi padre a vender las hortalizas en el pueblo o para la fiesta de San Canio<sup>4</sup>. Viajábamos en la carreta. El camión del tío Giovanni lo usábamos para los viajes más largos.

Mientras íbamos por el camino, dejábamos atrás una polvareda enorme y una nube de humo negro. Temblaba todo a causa de la calle rota. Yo me había encontrado un lugarcito entre dos cajas y me había agarrado a la cuerda atada al costado del camión.

Mis hermanos trataban de distraer a nuestra madre haciéndole contar una vez más cuando la tía María se resbaló en el estiércol, vestida de novia.

En la parte de adelante, mientras tanto, los mayores fumaban. Decidían qué camino tomar y cuándo hacer una parada. Génova quedaba lejos, aquél viaje me pareció una eternidad. Duró una semana. Viajábamos por horas, pero no llegábamos nunca. Cada vez que preguntaba cuánto tiempo faltaba para ver el mar, Beatrice me respondía que teníamos que pasar las montañas que se veían en el horizonte. Al principio le creí, esperé impaciente que se acercaran pero luego perdí la cuenta. El paisaje me parecía siempre igual.

El ruido ensordecedor del aire sobre el toldo y el olor nauseabundo del carburante nos quitaban las ganas de hablar. Luego, mis hermanos cantaron una canción para pasar el rato.

Para comer parábamos en los prados al costado del camino. Mientras las mujeres preparaban comidas rápidas con las provisiones ofrecidas por los aldeanos, Rocco y yo jugábamos con una pelota de harapos. Para dormir, pedíamos hospitalidad a algún campesino y nos acomodábamos en el granero. Mi padre y Francesco pagaban el precio del alojamiento trabajando algunas horas; una vez dieron una mano para poner las herraduras a algunos caballos, otra vez, Francesco reparó el tejado de una casona. El poco dinero que teníamos lo conservábamos para los días venideros.

4 San Canio es el patrono de Acerenza y se conmemora el 25 de mayo. En el pueblo se realiza una procesión en la que se traslada el cuerpo del mártir.

También, cuando en las cercanías de Florencia se nos pinchó una rueda, logramos hacerla reparar ofreciendo nuestro trabajo. Aquella vez trabajamos todos y el dueño del taller se demostró satisfecho. Mi padre y tío Giovanni trabajaron la tierra, Francesco reparó la red del gallinero, pero la cosa más grata fue la pasta<sup>5</sup> que cocinó mi madre. La preparó con cuidado, empeñada en ofrecer todo el sabor de nuestra tierra.

Fue gracias a aquel gesto que no nos encontramos allí sólo para un intercambio de favores, sino para compartir una linda cena. Comimos todo lo que quisimos. Mi padre, de la alegría, tomó del camión su organito y empezaron las danzas. La gente de las casas vecinas se unió a la fiesta.

Yo jugaba con los demás niños, aunque a veces era difícil hacerme entender. Beatrice me decía que ellos hablaban italiano, no nuestro dialecto “acheruntino”<sup>6</sup>. Me quedé con la duda. También la maestra Rosa nos hablaba en italiano, sin embargo era más comprensible. ¿Cuántos idiomas italianos existían?

A la mañana siguiente dejamos aquel lugar con otro ánimo. Génova nos parecía más cercana. Llegamos al puerto al anochecer. Era el 13 de marzo, al día siguiente nos embarcaríamos a la gran travesía. Recuerdo la plaza llena de gente, parecía la feria del Santo Patrono. Tantas familias, como la nuestra, pasaron la noche sobre los camiones, sobre viejas carretas o debajo de toldos improvisados. Al alba nos despertaron los gritos de los vendedores ambulantes. Vendían de todo: ramilletes de pimientos de Calabria, trenzas de ajo, viejos impermeables para ponerse en caso de marejadas, botellitas de medicinas milagrosas. Algunos las compraban por cábala. Lo importante era llegar sanos a la nueva tierra. Mi padre decía que nosotros éramos ya sanos, gracias a Dios, y que aquellas eran todas tonterías.

El tío Giovanni encontró a su amigo en el tinglado donde trabajaba. Nos entregó los pasajes y toda la información necesaria.

5 En la versión italiana habla de “orecchiette”, un tipo de pasta que quiere decir “orejitas”, de forma cóncava y redondeada, plato típico de Basilicata.

6 Dialecto de *Acerenza*



La nave estaba ya en el puerto desde hacía unos días.

Era enorme y para mirarla desde la plataforma no me alcanzaba tirar la cabeza para atrás. Era larga, medía más de cien metros y era alta como una catedral. Las dos chimeneas parecían tocar el cielo y dos enormes cadenas a los costados de la proa sostenían las anclas. Tenía una gran curiosidad de verla por dentro, descubrir si se podía jugar o correr, quizás con una de las banderas de colores que la adornaban.

Permanecí mirándola encantado, mientras la gente empujaba para subir a bordo. Mis hermanos y yo caminábamos juntos para no perdernos, mientras mi padre levantaba la mano para mostrar los pasajes a una persona con uniforme. Viajamos en tercera clase, como todos los inmigrantes, pero la *Principessa Mafalda* era una nave de lujo, dotada de todo el confort. La describían como la más veloz para enlazar Italia con Sud América. Podía cubrir la distancia en dos semanas, mientras los otros barcos necesitaban al menos veinticinco días. Era un navío seguro, cómodo, moderno y podía llevar mil inmigrantes a la vez.

Subiendo por la pasarela pude por fin ver el mar. No era como me lo había imaginado. No tenía olas y el color del agua no era azul. Sólo después de que salimos del puerto, vi al verdadero mar, que se extendía hasta el horizonte, así como me lo habían descrito en la escuela.

Apenas pisamos el barco, continuamos en fila siguiendo las indicaciones de un marinero. Los más afortunados, como nosotros, hallaron lugar dentro de anchos camarotes. Los demás en los pasillos de las bodegas. Estábamos en la parte más baja del navío, donde se sentía el fuerte olor de las salas de máquinas. El aire pesado parecía inmutable, los espacios estaban abarrotados. Las mujeres y los niños con menos de diez años se alojaban en un lado, los hombres en otra sala.

Al momento de zarpar salimos todos a la cubierta, sobre el puente. Inició un ritual de órdenes en voz alta y lentas maniobras. Sobre la plataforma muchas personas agitaban los brazos para saludar y gritaban, pero era imposible oírlos. Entre ellos estaban las familias que no habían hallado lugar sobre el navío.

La sirena sonó tres veces y los ecos se retornaron luego de haber atravesado todo el puerto. Estábamos exaltados y en un

determinado momento, emocionado, probé gritar, creyendo haber reconocido al tío Giovanni, pero un fuerte sonido de la sirena cubrió mi voz.

Sobre el puente superior, asomados al parapeto, algunos señores conversaban, fumando un cigarro. Vestían de modo elegante y no tenían el aire de quien viajaba por primera vez, ni daban la impresión de estar resignados a no regresar.

Pedí a mi madre si podía ir allá arriba, pero un hombre uniformado que me había escuchado, dijo que no era posible.

Cuando nos alejamos, cuando ya no se veía más el puerto, comenzamos a regresar, uno por uno, abajo de la cubierta. También las gaviotas, que nos habían acompañado, abandonaron nuestro rumbo para escoltar otro buque a vapor, en dirección a la costa.

El lugar donde nos habíamos alojado, junto a otras personas, tenía el techo bajo y estaba mal iluminado. Estábamos incómodos, no había lugar para moverse y los colchones, arrojados sobre tablas de madera, estaban sucios. En el alboroto general habíamos colocado como pudimos nuestro equipaje; las cajas de madera a lo largo del pasillo, las maletas, en cambio, debajo de las camas.

Mi madre estaba angustiada por el hecho que nos hubieran separado. Yo, por ser pequeño, junto a mis hermanas, tuvimos la suerte de estar con ella. Mis hermanos más grandes, en cambio, dormían en el lado de los hombres. Nuestra familia era muy unida y ella no soportaba la idea de estar lejos de sus hijos. Tenía miedo de que nos perdiéramos o nos cayéramos al mar. No sabía que el peligro era otro. En aquellos tiempos, era fácil enfermarse durante la navegación. Muchos niños no llegaban a destino a causa de epidemias que nacían sobre los navíos.

Aquella tarde convocaron en el comedor a todas las cabezas de familia. Debían escoger a los coordinadores, personas encargadas de la repartición de la comida. Cada uno era responsable de la distribución de los platos a un grupo compuesto por una docena de personas. Mi padre era nuestro coordinador y el de otra familia, de la región Marque, que se dirigía a Uruguay.

Él era un hombre delgado con grandes bigotes y ella una mujer rolliza siempre dispuesta a sonreír, tenían una niña y dos varones. Uno de ellos era Filippo, de siete años como yo, que fue

mi amigo de viaje.

Con él, compartí la aventura de explorar todos los ángulos del navío. Un día estábamos sobre el puente y descubrimos una escalera. Sobre una cuerda atravesada había un cartel que prohibía el acceso.

¿Qué podía haber arriba de aquella escalera?

Nos miramos, no fue necesario hablar. Salté la cuerda para poner mi pie sobre el primer escalón. Las piernas me temblaban, pero estaba decidido a subir. Miré alrededor para asegurarme de que no nos viera nadie, Filippo me siguió con el mismo paso ligero.

Un, dos, tres escalones...hasta arriba.

Había una enorme terraza donde elegantes señores conversaban sentados a las mesas. Cerca de la baranda, un grupo de hombres discutía de comercio y de inversiones.

Camareros discretos les llevaban de beber, excusándose de interrumpir la conversación.

Un señor de media edad de barba corta y puntiaguda, vestido con un traje gris, miraba el horizonte en un lugar apartado. Parecía absorto en sus pensamientos, pero, repentinamente se dio vuelta y nos vio.

Filippo y yo nos quedamos duros como piedras sobre la escalera. En ese momento, el comandante del navío, el Capitán Simone Gulì se dirigió hacia él.

- Señor Luigi, la condesa tendría gusto de conocerlo.

Él no respondió enseguida. Volvió a mirarnos y nos hizo una sonrisa cómplice, acariciándose la barba. Luego, asintió al capitán y se marchó con él.

Se trataba de Luigi Pirandello, que viajaba en nuestro mismo navío. En ese momento nosotros no sabíamos quien era, pero en Argentina, era ya muy estimado. Esto favoreció el regreso a Buenos Aires de la compañía de teatro de Roma dirigida por el mismo dramaturgo en 1927. Preveía, como centro del repertorio, una de sus más grandes obras: *Seis personajes en busca de un autor*.

Aquella terraza permaneció en mis sueños durante todas las noches siguientes, mientras intentaba dormir sobre mi colchón impregnado de olor a orina y sudor.

Desde abajo venía el ruido de las máquinas a las cuales los demás se habían acostumbrado, hasta no escucharlas más.

Las máquinas eran el corazón del navío, como decía Tony, el fogonero. Filippo y yo lo habíamos conocido una vez que se había quedado sin cigarrillos y nos encargó de procurarle al menos una colilla.

Hallamos una en los pantalones de mi hermano y se la llevamos como si fuera una reliquia. Gracias a eso nos hicimos amigos y nos relató sus aventuras.

Tony trabajaba en *Principessa Mafalda*, desde que la habían bautizado en el mar. Era el más viejo de los fogoneros y maquinistas que hacían mover aquella casa flotante. Nos hacía ir a ver como quitaba el carbón con la pala y lo echaba en la caldera con un gesto rápido para volver a cerrar rápidamente la puerta.

Pensándolo bien, aquel lugar era un infierno, pero él sentía que era el guardián.

Estábamos en el mar hacía más de una semana y la vida a bordo, llena de descubrimientos para Filippo y para mí, se había hecho bien monótona para los adultos. Oía frecuentemente a mi padre lamentarse de haber sido engañado. Nuestras condiciones de vida sobre el navío no eran las que había prometido la compañía naviera. En las carteleras donde se veía la imagen del buque a vapor se mencionaban palabras como eficiencia, confort y hasta entretenimiento. La propaganda, evidentemente, no era para los de la tercera clase. Tan sólo Filippo y yo, en una de nuestras correrías, tuvimos el privilegio de descubrir a lo que se referían.

El martes 29 de marzo de aquel año, cumpleaños de mi hermana Titina, a las diez de la noche, mientras todos dormían nos dirigimos hasta el puente superior. Una serie de faros de colores indicaban la entrada a un lugar donde nunca habíamos estado. Un señor de la tripulación cuidaba el acceso. Desde la ventana se podía ver bien lo que sucedía en el interior. Nos acercamos hasta apoyar la nariz, quedándonos en puntas de pie, porque la ventana era más alta que nosotros.

Mujeres llenas de joyas bailaban entre los brazos de hombres peinados con gomina, al compás de las notas de la *Orquesta Maldavoia*. El que fumaba no tenía que buscar migajas de tabaco en el fondo del bolsillo como Tony, el maquinista, sino

que extraía con desenvoltura la pitillera de plata del saco.

Las luces y la música llegaban tenues hasta nosotros que espíabamos desde la penumbra. Los señores parecían divertirse y por la manera de hablar daban la impresión de conocerse entre ellos. A veces las mujeres estallaban en carcajadas, luego se cubrían enseguida los labios con la mano forrada con un guante blanco de encaje. Era ese, entonces, el mundo de los ricos.

Vivía aquella experiencia como una anticipación de América, que pronto nos esperaba también a nosotros. La orquesta tocaba sin cesar, como si quisiera llenar todo a su alrededor con su música. Un poco más allá, en cambio, el Atlántico era oscuro, silencioso y desinteresado de nosotros.

A la mañana siguiente llegamos al puerto de Buenos Aires. Antes del desembarco fuimos sometidos a una revisión médica. Nos hicieron poner a todos en fila sobre el puente y el médico de a bordo nos hizo abrir los ojos y la boca como mi padre les hacía a las ovejas. A algunos les hacían marcas grandes sobre la ropa y una vez desembarcados eran enviados a una estación donde otros médicos los esperaban para someterlos a una revisión más profunda.

Pisé tierra, mi padre se dio vuelta para mirar por última vez el navío, lo saludó, agradeciendo el habernos llevado hasta allí. Miraba los tres colores que en el punto más alto ondeaban bajo cielo argentino. La bandera al viento era el último saludo a Italia, que encomendaba sus hijos emigrantes a la nueva tierra.

En aquel período desembarcaban muchos desde Europa y para hacer frente a aquel flujo gigantesco de personas, el gobierno argentino se había dotado de una adecuada estructura cerca del muelle, donde reunía a los recién llegados antes de comenzar con todas las prácticas aduaneras. Se llamaba Hotel de los Inmigrantes. Mi familia y yo pasamos cuatro días allí, el tiempo necesario para que mi padre obtuviera un trabajo de agricultor. Francesco, en cambio, quería emprender la actividad constructora y logró obtener el crédito para la adquisición de los instrumentos y de los materiales de construcción. Se comprometió a restituir el préstamo apenas tuviera la capacidad de ganar algo.

En poco tiempo cada uno de nosotros entró en una nueva vida y la experiencia de aquel largo viaje nos parecía una cosa lejana. Volvimos a hablar del *Principessa Mafalda* un año más tarde,

cuando mi padre, entrando a casa, nos dijo que se había hundido sobre la costa brasileña. Murieron más de trescientas personas. También ellos, como nosotros, habían decidido atravesar el océano con la esperanza de una vida mejor.

Fue un acontecimiento de gran repercusión que conmovió a todo el mundo. Yo, en particular, tuve la sensación de que había perdido una parte de nuestra historia. Que se nos había borrado la posibilidad de regresar. Yo, *Pulgarcito*, había perdido para siempre el camino a casa.



## El día y la noche

*Dream as if you'll live forever,  
live as if you'll die today<sup>7</sup>*

*James Dean*

Estacioné el auto en una zona aislada de la obra, lejos, distante del paso de los camiones y de las demás maquinarias. Estaba obsesionado con la idea de que alguien me lo pudiera robar.

En la lejanía oía la voz de Saverio que hablaba con Vittorio, un obrero de su equipo. También aquella mañana había llegado al trabajo antes que yo y como siempre, perdí la apuesta. Una vez más me tocaba pagar los tragos en el Tortoni. Hacíamos así cuando, en nuestras salidas vespertinas terminábamos brindando por todo.

- Vittorio, Vittorioooo... ese lugar sirve para que la excavadora maniobre. Hacé que descarguen el material un poco más adelante.

- ¿No terminaron ayer de excavar?

- No, el proyecto prevé la construcción de otro edificio y hoy se va a hacer la excavación para los cimientos.

El camión encendió de nuevo el motor. Vittorio, desaparecido en medio de la polvareda, se puso en marcha mientras agitaba el brazo para indicar al camionero el lugar donde podía descargar.

Me acerqué a Saverio, sin que se diera cuenta.

- ¡Te saliste con la tuya! También esta vez me ganaste. No

<sup>7</sup> “Sueña como si vivieras para siempre, vive como si murieras hoy”



logré levantarme temprano.

Estallamos en una risotada cómplice, acordándonos de la última noche. A lo lejos, mi hermano Pasquale nos observaba con aire sospechoso. No le parecía bien nuestra amistad y, sobre todo, no le gustaba la idea de que Saverio fuera para mí el mejor compañero de aventura de las memorables correrías nocturnas por la ciudad. Y cada vez que llegaba tarde no perdía la ocasión de hacérmelo notar.

- El ingeniero está esperando en tu oficina.

- ¡Qué espere! Somos nosotros los que le pagamos, ¿No?

- Claro... Nosotros nos lo podemos permitir todavía, esperemos que dure.

Pasquale aludía a la crisis que golpeó a Buenos Aires en aquellos años. La vivía con preocupación. Yo, en cambio, estaba completamente tranquilo. En más de veinte años el nombre de la empresa se había hecho muy conocido, y el trabajo, hasta en aquel período infeliz de la economía argentina, no faltaba. Algunas empresas constructoras quebraron, nosotros continuábamos abriendo obras para levantar nuevos edificios en la zona norte del centro. Era el año 1955 y nuestra empresa era líder en el sector de la construcción para la realización de obras públicas. Después de las licitaciones obtenidas para la construcción del subte, al principio de los años treinta, nos habíamos hecho famosos.

Saverio trabajaba con nosotros hacía más o menos cinco años, desde que había decidido contratarlo aquella tarde en el Gran Café Tortoni. Pasquale no estaba de acuerdo, decía que aquel señorito no era adecuado para hacer nuestro oficio. Se equivocaba. En pocos años se transformó en un perfecto albañil y dirigía un equipo de siete obreros. Primero empezó con los trabajos más fatigosos: montaba los andamios, transportaba el material de un piso a otro, luego, se puso a construir obras de albañilería basándose en proyectos cada vez más complejos.

En el trabajo, gracias a su potente físico, lo llamaban Rocky Marciano. Aquel apodo se lo había puesto Pedro, un argentino hijo de inmigrantes españoles de Asturias, apasionado del boxeo.

Generalmente, después del turno de trabajo, Saverio y yo salíamos juntos. Seguíamos frecuentando el café Tortoni pero lo que más nos gustaba era ir en auto sin rumbo fijo. En aquellos

tiempos andaba con un flamante auto deportivo, la primera versión cupé del *Fiat 1100 "Turismo veloz"*, realizada por *Pininfarina*. Lo había pedido a un revendedor que importaba autos del exterior y habían tardado seis meses en entregármelo. Saverio me había sugerido el color del interior. Yo habría elegido gris, color de serie, pero él replicó que el blanco era un color que mejor se adaptaba a un auto deportivo y que le daba un toque de distinción.

A veces, en nuestras correrías, se agregaba también Pedro. Pasábamos a buscarlo por el centro Asturiano de Congreso, en el medio de una de las tantas reuniones de la asociación de sus paisanos. Bebíamos una copa de vino y luego íbamos hasta la Avenida 9 de Julio. Pasábamos velozmente debajo del Obelisco, lográbamos verlo de cerca sólo por pocos instantes, y luego, volvía a aparecer pequeño a lo lejos. A duras penas lo veía reflejado sobre el espejo retrovisor mientras empujaba a fondo el acelerador de aquel bólido gris oscuro.

Nos gustaba correr y cuando no bastaban más las calles del centro, nos íbamos hacia las afueras, hasta llegar a La Plata. Viajábamos a toda velocidad sobre el Camino General Belgrano y empleábamos menos de una hora para llegar. A veces nos íbamos sólo para beber una Quilmes en el bar frente a la catedral. Cuando estábamos acompañados por alguna señorita, en cambio, pasábamos la velada yendo al cine o a algún boliche. A decir verdad, las fugas de Buenos Aires las hacíamos también para respirar un poco de aire. En los últimos meses de aquel año hubo varias manifestaciones políticas en la ciudad y por las calles circulaban camionetas militares continuamente. El modo de vivir los momentos de distracción estaba cambiando y la atmósfera en las confiterías, que hasta hacía algún tiempo eran consideradas de moda, no era la misma. Hasta el tango ya casi no se bailaba más.

Aquellos viajes a La Plata, eran una ocasión para conocernos aún más. Hablábamos de nuestra tierra. Yo tenía sólo algunos recuerdos de la infancia en *Acerenza*, Saverio, en cambio, podía hablar mucho más de su pueblo.

De *Viggiano* conocía sólo el nombre. Toda mi familia iba el primer domingo de septiembre de cada año a la peregrinación de La Virgen Negra. A mí no me llevaban, decían que era muy pequeño y me dejaban en casa, bajo el cuidado de una de mis

hermanas. Debía ser una fiesta muy importante porque participaban muchísimas personas y no solamente de nuestro pueblo. Mi familia organizaba el viaje con los peregrinos de *Cancellara*, *Pietragalla*, *Forenza* y *Genzano* de Lucania. Partían con las carretas y los caballos. Una vez llegados a *Viggiano*, se encontraban todos en el *punte de la pignatara* y desde allí continuaban el camino conversando y cantando, para llegar a la mañana siguiente hasta la cima del monte Sagrado donde se encontraba el Santuario, que no era nada más ni nada menos que una simple capilla. Adelante de la procesión las mujeres llevaban los cirios, verdaderos castillos hechos con velas, que serían ofrecidos a la Virgen. Algunas de ellas iban descalzas en señal de devoción. Una vez reunidos en frente al Santuario, después de que los más ancianos hubieran dado tres vueltas alrededor del mismo, entraban de rodillas y entonaban oraciones de agradecimiento.

Mi madre me contaba que había una subida tan empinada que ni siquiera se podía mirar atrás para no perder el equilibrio. Mi padre decía que el *Val' d'Agri* era uno de los valles más hermosos y que desde allí, en los días despejados, se podían distinguir los Apeninos Lucanos. Mi familia volvía después de tres días de fiesta y de procesiones y no había una vez en que mi padre no me trajera higos, un turroncito o un trozo de queso de *Moliterno*.

Era una emoción, en las conversaciones vespertinas con Saverio, saber que también sus recuerdos estaban atados a aquellos mismos lugares.

No siempre pasábamos las noches solos, evocando momentos del pasado. Otras veces nos colábamos en alguna fiesta en un boliche o en la casa de alguien. Saverio tenía la habilidad de entrar en contacto con personas de la alta burguesía y a mí esto me convenía porque estábamos siempre rodeados de mujeres bonitas.

Una tarde, inesperadamente, nos hallamos delante de una casa grande en los suburbios de La Plata. Las numerosas antorchas del jardín indicaban cómo llegar a una escalinata y a la puerta de entrada. Seguimos aquel recorrido detrás de otras personas y nos encontramos dentro de un salón en el medio de una fiesta. No sabíamos ni siquiera quienes eran los dueños de casa.

Un mozo nos sirvió algo para tomar. No hice a tiempo a

abrir la boca, que Saverio, con el vaso en la mano, se había ya alejado, confundiendo entre los invitados.

Permanecí allí algunos minutos y encendí un cigarrillo para pasar el rato, hasta que él volvió.

- ¿Qué haces ahí? Vení, tengo que presentarte algunas personas.

Después de haber atravesado la sala, haciéndonos lugar entre la gente que bailaba, nos hallamos frente a tres bonitas muchachas sentadas en un sillón. Tenían un aire emancipado, dos de ellas fumaban con desenvoltura. La tercera me llamó la atención. Era elegante, tenía el cabello largo, rubio, que le caía sobre la espalda y sus ojos eran de un azul marino intenso. Sonreían de modo amable, como aquellas damas que años atrás, espiaba a través de una ventana con Filippo en el *Principessa Mafalda*.

- Les presento al Doctor Gutierrez.

Dijo Saverio señalándome. Me quedé petrificado antes de darme cuenta de que era un recurso para darnos un poco de clase en medio de toda aquella gente que representaba la elite de la sociedad argentina. La rubia de ojos azul marino pareció intrigada ante aquel título que me era recién conferido.

- ¡Ah! ¡Tenemos un doctor, entonces podemos quedarnos tranquilos! ¿Cuál es su especialización?

Una vez más no logré decir ni una palabra y Saverio se anticipó explicando que yo era un infectólogo, sin olvidarse de enumerar algunos de mis méritos científicos.

Bebimos todos juntos, comentando la belleza de aquella velada. Luego decidimos irnos a la terraza a tomar un poco de aire fresco. Saverio era brillante y las muchachas se divertían. Yo no lograba quitar la mirada de la rubia de ojos azul marino. Se llamaba Pilar y tenía un vestido simple de color marfil que le llegaba hasta la rodilla y le dejaba los brazos descubiertos. Tenía alrededor de veintisiete años. El labial rojo bermejo exaltaba su boca sobre la tez clara, casi señalándome la urgencia de un beso.

Estábamos levemente apartados de los demás y yo sentía que tenía que decir algo para alimentar la conversación. Tenía la garganta seca y el corazón me latía tan fuerte que temía que se sintiera a distancia. Miré hacia la sala y llevando la mano a la barbilla asumí un aire pensativo. Luego, me dirigí a ella, buscando

su mirada. Hubiera querido decir palabras interesantes para llamarle la atención pero la única frase que logré pronunciar fue:

- ¡Qué linda atmósfera que hay aquí!

- Sí, tiene razón.

Dijo ella ayudándome.

- Es necesario distraerse de vez en cuando después de un día fatigoso y más aún si está agravado de responsabilidades como las tuyas.

Se refería a mi presunto trabajo de médico. Yo en cambio pensaba en las obras y al continuo refunfuñar de mi hermano.

- Debe ser peligroso tener que vérselas con enfermedades contagiosas.

Pensé un instante como evitar meterme en un callejón sin salida. Luego, salí de la situación diciendo en modo galante:

- Sí, pero no quiero aburrirla hablándole de mi trabajo.

Eché una mirada de odio a Saverio por haberme metido en aquella situación pero él ni se dio por aludido porque estaba concentrado contando historias divertidas a las otras dos muchachas. Tomé una botella de champagne de una mesa cercana y llené dos copas. Luego le dí una, brindamos en señal de augurio y al beber, algunas gotas se me cayeron sobre la solapa del saco. Ella sonrió, pasó el dedo índice sobre la gota y luego detrás del lóbulo de mi oreja.

- Trae buena suerte mojarse con champagne. En este caso tendríamos que expresar un deseo.

Decidimos cerrar los ojos, pero yo sólo hice de cuenta. Después de unos segundos de duda tomé coraje. Me incliné sobre ella para apoyar mis labios sobre su labial bermejo. Ella no se sorprendió y permaneció con los ojos cerrados, como a la espera de que la besara aún más.

- Besa bien. Lástima que Usted es un mentiroso.

- ¿Por qué me dice eso?

- Si hubiera sido realmente el doctor Fernando Gutierrez no me habría besado. Conozco al verdadero Gutierrez, es colega de mi hermano y es un hombre horrible.

El destino había querido que yo encontrara aquella tarde precisamente a la hermana de un médico que hacía las revisiones a los inmigrantes que llegaban al puerto de Buenos Aires. Era allí que

Saverio había oído aquel nombre apenas había desembarcado. Pero tenía que serle grato por haberme regalado una de las más bonitas veladas de mi vida.

Cuando volvimos a Buenos Aires era casi de día. Saverio manejaba rápido, yo encendí un cigarro para acallar el sabor del champagne, quería sentir sólo el sabor de Pilar. Nos mantuvimos en silencio hasta la entrada a la ciudad, cuando decidimos ir directamente a la obra. Pasé primero el umbral teniendo a Saverio por un brazo para obstaculizarlo. Él entendió el juego sin reaccionar. Se quedó parado, y luego, con una reverencia señorial me dejó pasar.

- Por favor, Doctor Gutierrez, después de Usted.

Y extendió la mano como esperando una propina.

- Gracias buen hombre. ¡Tenga!

Fingí sacar un peso del bolsillo y ponerlo sobre la palma de su mano. Me encaminé con la cabeza alta a lo largo de la calle polvorienta y él me siguió un poco distante, tomando la actitud respetuosa de un humilde criado. Nos reímos, pero sabía que a partir de ese momento Saverio no hablaría más. En el trabajo era así y no se concedía distracciones.

Estábamos solos. Pasquale llegaría un poco después, manejando el camión, en medio de una enorme polvareda blanca, trayendo a los obreros. No me ahorraría su sarcasmo, no aceptaba mi condición de soltero al que no le faltaba dinero. Conmigo asumía aquel tono de moralista que siempre tienen los hermanos mayores; habría querido verme asentado como él, quizá padre de dos o tres hijos. Respecto a mis hermanos, él había nacido ya viejo; tuvo que arremangarse la camisa para llevar el pan a casa. Podía entenderlo, pero yo era distinto. Las personas como él se casaban con las paisanas después de un cortejo breve, con la complicidad de la familia. Se acostumbraba a hacer así para conservar la tradición, decían. Yo, en cambio, atraía las críticas de mi familia porque por la tarde bailaba con Teresa pero no era su prometido. Había sido una de mis primeras conquistas en Argentina, era dos años más grande que yo y bastante prudente como para no pedirme más de lo yo le podía dar. Tal vez también ella pensaba como yo y si alguna vez me hubiera decidido a pedirle la mano probablemente ella me habría dicho que no.

Saverio me distrajo de mis pensamientos indicándome con la cabeza el edificio todavía en construcción. Los instrumentos de los obreros estaban desparramados por todos lados. Algunos los habían dejado sobre los andamios, otros apoyados alrededor de las barracas. Más atrás, la excavadora descansaba con el brazo apoyado sobre un enorme cúmulo de tierra. Parecía un gran animal intentando cazar a su presa.

¡Qué extraño ver la obra en silencio! No estaba acostumbrado a verla así, sin alma. Durante el día cobraba vida con los gritos y los ruidos ensordecedores. Después de años de aquel trabajo, cada nueva construcción era un ciclo que se repetía y del cual conocía cada momento. Así como los campesinos siguen las etapas para sembrar y recoger, nosotros también seguíamos las nuestras. El barro de invierno, debajo de las botas que se ponían pesadas y el sol incandescente sobre los andamios en los tórridos días de verano, acompañaban todo nuestro trabajo, desde la excavación de los cimientos hasta la cobertura del techo. La obra era la casa en la que vivía durante el día. La otra, la que me había construido con sacrificio en el barrio de Palermo, era el refugio donde pasaba el final de mis agitadas noches.

Mientras Saverio se cambiaba, yo me senté a admirar el fruto de nuestro trabajo. Un lado del edificio estaba terminado y el enorme andamio estaba listo para ser removido. Las palancas de madera habían sido apiladas aparte, listas para ser transportadas a otro astillero en Recoleta.

Bostecé soñoliento y me volvió una vez más aquel sabor dulzón de labial bermejo, y en ese momento creí que era feliz.

## Monzón, ¿quién sos?

*... vemos a Benvenuti en el piso intentando desesperadamente levantarse. No está en condiciones de pelear. Cae nuevamente y vivimos todos, el drama de Nino Benvenuti, fulminado por un derecho, en su esquina, en el round 12°.*

*Paolo Rossi - cronista  
Roma, 7 de noviembre de 1970*

Desde hacía algún tiempo en la peluquería de Damiano, un italiano alegre que amaba tomarle el pelo a todos sus amigos, había aparecido una foto donde se veía a Nino Benvenuti en posición de guardia. La expresión era amenazadora y enseñaba el peligro de sus puños.

Se veía que estaba en pose porque no estaba transpirado y tenía el cabello en orden. Se veía tres cuartos del cuerpo y la mirada baja, en pose para el fotógrafo.

Los que iban a afeitarse, o a hacerse retocar las patillas, no podían no verla, porque estaba colgada en el ángulo superior izquierdo del mismo espejo en el cual los clientes se veían reflejados.

Por culpa de aquella foto, Fernando había jurado no volver nunca más a aquel negocio y Damiano, no viéndolo por algunos días, pensó que lo había dicho seriamente. El hecho es que desde hacía poco tiempo no se hablaba de otra cosa que no fuera del encuentro entre el italiano y Carlos Monzón, quien lo



había desafiado para quitarle el título mundial. Un desafío por demás arriesgado. Benvenuti, campeón olímpico en 1960, se había convertido en campeón mundial de peso mediano en 1967. Monzón, boxeador determinado y aguerrido, había ganado numerosos encuentros en Argentina, pero era prácticamente desconocido a nivel internacional. Recuerdo todavía la fecha del encuentro: el 7 de noviembre de 1970. Era un sábado.

Una semana antes los clientes de la peluquería se habían dividido en hinchadas de los dos contrincantes, se afrontaban a golpes ficticios, pero terminaban siempre exagerando. Yo estaba presente también esa vez que levantaron tanto el tono que del negocio de al lado acudió Roco, el carnicero, pensando que debía aplacar una riña. Había empezado Fernando con una de sus usuales provocaciones. Fue hasta la foto del campeón italiano y lo indicó con el dedo índice.

- Serás el campeón del mundo pero no vas a durar mucho.  
¡El sábado *la fiera* te quitará el título!

Así lo llamaban sus hinchas, gracias a aquel ceño animal que sacaba cuando combatía. La respuesta de Damiano no se hizo esperar. Dejó de untarme la crema de afeitar y, dirigiendo el pincel todavía lleno de espuma hacia la foto, habló como si Nino estuviera allí en carne y hueso.

- Nino, ¿Lo escuchaste? ¿No te vas a dejar intimidar por un indio semi desconocido, vos que tenés talento por demás?

Rió buscando implicarme. Le siguió la corriente su ayudante Juan, mientras barría los cabellos desparramados en el suelo.

Para él Benvenuti no era un boxeador cualquiera. Era “El Boxeador”, dotado de técnica y elegancia, además de una impresionante resistencia física.

Me quedé sentado con la cara medio enjabonada, enmarcada por la espuma blanca e hice una sonrisa para no desagradarle. También yo hinchaba por el italiano, tal vez por consideración a las raíces de mi familia. Para nosotros, inmigrantes en Argentina, aquel encuentro era la ocasión para hacer presente nuestro origen. Hacíamos así cuando hinchábamos por nuestro país en las competencias deportivas. Sacábamos afuera el patriotismo y todo el orgullo de ser italianos. Y ningún boxeador nos había representado tan bien como él, que tres años atrás había entusiasmado a los

italianos de todo el mundo en Nueva York, derrotando en el Madison Square Garden a un boxeador como Emile Griffith.

El match entre Benvenuti y Monzón era uno de aquellos acontecimientos deportivos en los cuales venían todos a mi casa. Habíamos decidido hacer las cosas en grande y por eso nos reunimos temprano para organizar el asado. Para eso estaba Vittorio, el increíble asador. Lo llamábamos así gracias a la meticulosidad con la que preparaba la parrilla, como si fuera un ritual. Aquella tarde éramos cinco.

Saverio y Vittorio tenían la misma motivación que yo y querían que ganara Benvenuti. Pedro y Moreno, en cambio, hinchaban por Monzón. Había entre nosotros una sana rivalidad que cultivábamos todos los días durante el trabajo o por las noches en los bares. A Pedro le alcanzaba que ganara Monzón para cerrarnos la boca a los italianos.

En ese entonces eran pocas las casas de los argentinos provistas de una televisión. Yo había decidido, dada la circunstancia, adquirir una nueva, con la pantalla más grande, con perillas plateadas. Era el último modelo, con una forma que ocupaba menos espacio respecto a los cajones de madera de los años '60.

Del sótano tomé algunas botellas de vino fino de Mendoza. Saverio trajo la cerveza. Lo vimos entrar cargado como un asno, llevando dos cajas, una sobre la otra. Paula, mi secretaria, preparó su especialidad: flan casero con dulce de leche.

El amor por el boxeo nos lo había contagiado Pedro que conocía a todos los boxeadores, famosos y no famosos, las fechas de los encuentros y los títulos conquistados. Había nacido en Buenos Aires e hinchaba por el argentino.

Empezamos a beber mientras Vittorio ya había puesto manos a la obra. Había preparado las brasas, preparado la carne, puesto los chorizos en agua y los había agujereado para hacer salir la grasa.

Era él el dueño de la carne y, como cada argentino digno de respeto, daba enorme importancia al asado y a los preparativos a la cocción. Y precisamente la fase más delicada era la cocción de la carne. Vittorio prefería estar solo y pobre del que se atreviera a dar consejos.

Le llevé una copa de vino, excusándome de interrumpir tan

importante ritual. Bebimos juntos, mientras más allá, alrededor de la mesa, los demás charlaban alegremente. Saverio intentó reclamar una degustación, pero Vittorio ignoró su solicitud, luego se dirigió a mí, esperando que él entendiese.

- Para hacer un buen asado se necesita tener mucha paciencia, la prisa no es una buena amiga. ¡Son los comensales los que esperan la carne y no viceversa!

Yo también tenía hambre pero no me atreví contradecirlo. Él siguió describiendo el ritual de la preparación del asado, pero para mí, que había ya bebido un par de vasos en ayunas, la charla con Vittorio se estaba transformando en una tortura. Él, el increíble asador, continuó sin piedad.

- El asado es como el mate, tiene sus tiempos y no se lo puede apurar. Se come lentamente a medida que se va cocinando.

Fui salvado por Pedro que me llamó a la mesa para ofrecerme una hogaza típica de Asturias que había preparado su esposa.

Por Canal 7, mientras tanto, estaban pasando el noticiero. La edición de la tarde se había anticipado para permitir el enlace con Roma, alrededor de las dieciocho y treinta. En aquel período se repetían siempre las mismas noticias. El presidente Roberto Marcelo Levingston, el enésimo militar al poder, había estado de visita en un cuartel en Santa Fe. Pasando a la crónica, era Buenos Aires la que llenaba el telediario con la noticia de una operación terrorista todavía no reivindicada y un homicidio de una familia de Belgrano. Siguieron algunas notas sobre la moda europea.

Vittorio empezó a llevar carne a la mesa. Era sólo la primera tira de carne, mientras las otras se estaban cocinando. Los platos llegaban uno detrás del otro, colmados de novillo de distintos cortes, con chimichurri esparcido. El vino tinto no faltaba.

Seguimos así hasta el momento de la transmisión en directo. Poco antes del match resumieron las fichas técnicas de los dos boxeadores.

Hasta ese entonces, Benvenuti había ganado casi todos sus encuentros, sumando 35 victorias por KO. Estaba en la cima de su carrera. También el indio había ganado, pero lejos de los grandes escenarios del combate. Era un boxeador de provincia, tomado de una de las posiciones más bajas de la clasificación a

nivel internacional.

Saverio lanzó una provocación dirigida a Pedro.

- Lástima que el espectáculo dure poco.

Y luego, dirigiéndose a Vittorio añadió:

- ¡Sí no te apurás, Monzón caerá antes de que el asado llegue a la mesa!

Finalmente empezó el enlace con Roma. Primero las imágenes mostraban la muchedumbre que llenaba el estadio del deporte y pensé que hubiera sido lindo estar allí en aquel momento. Luego vimos a Monzón de espaldas, aferrado a las cuerdas, cabizbajo. ¿Qué estaba pensando el lustrabotas de Santa Fe?

Había llegado a Roma con un grupo de pocos colaboradores y en su patria ninguna radio importante había adquirido los derechos para la transmisión de aquel encuentro.

- ¿Qué?, ¿Monzón? ¿El boxeador del Luna Park? No vale la pena gastar un peso. ¡Benvenuti lo aplastará como una cucaracha!

Así repetían los locutores de las radios más importante de Argentina.

No tenía la misma opinión Hernán Sacri Nicolini, un cronista deportivo poco conocido, de 29 años de edad, que comentaba encuentros de fútbol y boxeo para alguna radio del interior.

Él creía en aquel indio y, para asegurarse los derechos de la transmisión, hipotecó su casa. Se puso de acuerdo con Jacinto Fernández Cortés, director de radio Rivadavia, para la transmisión radial en directo junto a Caffarelli, el comentarista deportivo de su emisora. Caffarelli y Nicolini fueron las voces que contaron a la Argentina las gestas de Monzón.

Los cronistas hablaban difusamente de como los atletas se habían preparado para el evento. Nino, sentado en su ángulo, tenía la cara tan sonriente que me hacía acordar de la foto con el cabello bien peinado expuesta en la tienda de Damiano. El entrenador y otras personas lo rodeaban para hacerle las últimas recomendaciones y él asentía con la cabeza. El público alrededor gritaba su nombre, Ni-no, Ni-no, Ni-no.

*¡Gong!*

Repentinamente el sonido seco y metálico de la campana indicó el comienzo del match. Desde su esquina Monzón fue al centro del ring, Benvenuti lo afrontó con un gancho izquierdo. El

árbitro inglés Harry Gibbs, con debida distancia, giraba alrededor de los dos, listo para intervenir ante una violación de las reglas.

El boxeador italiano, en el curso del primer round, logró dar más golpes gracias a su fuerte izquierda que molestó repetidamente al adversario.

Excepto Vittorio, ocupado todavía con la cocción de los últimos pedazos de carne, estábamos todos concentrados viendo el match. La imagen era clara y la nitidez de aquel enlace con Italia nos hacía sentir más cerca de nuestros compatriotas. Saverio y yo estábamos sentados con las sillas al revés, apoyando los codos sobre el respaldo. Así mirábamos el boxeo.

En los primeros tres minutos de combate Saverio estaba convencido de que Nino Benvenuti podía ganar el encuentro sin problemas.

- ¡Se los dije! Prácticamente ha ganado. Yo digo que no llega al tercer round.

Luego, con aire fanfarrón, abrió la billetera, sacó un billete de diez pesos y lo puso sobre la mesa.

- ¡Vamos! Se aceptan apuestas.

No le respondió nadie, todos lo ignoraron mientras seguían comiendo. La suma en juego era demasiado alta.

- Está bien, entonces reducimos la apuesta. Cinco pesos para quien adivine al vencedor.

Pedro se dirigió hacia Moreno, buscaba su apoyo. Sólo junto a él habría aceptado la provocación. Luego tomó el dinero y lo puso sobre la mesa.

- ¡Acá está el dinero! Para nosotros gana la fiera por KO.

Moreno, a diferencia de Pedro, no estaba seguro del resultado y tenía miedo de perder aquellos pesos. No era una cifra exorbitante pero tampoco era poco para alguien que trabajaba como obrero y tenía una familia a cuestas.

- Pedro, ¡vamos despacio! Todavía no es el momento para apostar.

Demasiado tarde. Pedro estaba seguro de ganar y no retrocedió en su decisión. Según él, el encuentro no iba a ser como el primer round.

- ¡Monzón no mostró sus cartas todavía! Lo bonito aún tiene que venir.

Otro gong de la campana se escuchó de nuevo y volvimos a seguir el encuentro. En el segundo round Monzón pegó más y su potente derecha logró golpear Benvenuti repetidas veces.

En la primera fase los dos estaban todavía a la par. La técnica refinada del campeón lograba contener los golpes veloces de Monzón que, al contrario, era más estático, tenía poco juego de piernas y, cuando estiraba los puños, lo hacía sin gracia, parecía un robot.

Me di cuenta enseguida de las diferencias entre los dos boxeadores. Saverio no, estaba ya un poco borracho y seguía distraídamente el match. Incitaba a su ídolo sin percibir algunos matices que no podían escapar a un verdadero apasionado de boxeo.

Pedro, en cambio, se dio cuenta. Él había notado que Monzón era metódico en el ataque y, al mismo tiempo, difícil de sorprender. Cuando en los primeros minutos de la competencia Benvenuti trató de desequilibrarlo con un golpe veloz, su respuesta fue un puño mortal. Sólo entonces Pedro hizo un comentario.

- No será elegante pero sus puños son tremendos. Me recuerda a Jake La Motta, el toro desencadenado.

Era exactamente así. Monzón con el pasar de algunos minutos acortaba la distancia, logrando de esta manera hacerse sentir cada vez un poquito más. Vittorio y yo nos quedamos boquiabiertos cuando, al final del cuarto round, notamos que Nino, sentado en el ángulo, suspiraba para volver a tomar aliento. Más tarde, en el sexto round, un golpe de Monzón marcó el encuentro.

Sólo entonces, Saverio se despertó y empezó a darse cuenta de lo que estaba sucediendo sobre aquel ring, en la otra parte del mundo, como si aquel puño se lo hubieran dado a él.

Por un instante nos quedamos en silencio. Quedó sólo el humo de los cigarrillos y el zumbido de una mosca que volaba adelante de la pantalla. Vittorio se puso la mano sobre la frente y empezó a sacudir la cabeza.

- Esto no está bien, no está bien. ¡Se está poniendo feo!

Saverio no respondió. Abrió otra Quilmes y se levantó para desentumecer las piernas. El entusiasmo inicial de nosotros, los italianos, se estaba desvaneciendo. Yo seguía el encuentro mirando de reojo, como si quisiera alejar el sufrimiento de ver a mi ídolo

sucumbir bajo los golpes del coriáceo Monzón.

Sobre la mesa estaban los platos apilados con los restos de ensalada y algunos huesos. Encendí un cigarro y para distraerme empecé a levantar la mesa. Mientras tanto, el cronista confirmaba la impresión que ya todos teníamos de aquel encuentro: el campeón conservaba su estilo pero el adversario estaba más presente.

Monzón afrontaba cada round como si fuera el primero, llegaba al centro del ring, listo para combatir, sin dar nunca la impresión de estar cansado. Nino, en cambio, estaba agotando sus fuerzas con el pasar de los minutos. Estaba visiblemente jadeante cuando fue investido por una secuencia de golpes al duodécimo round, y no parecía más él cuando, perseguido hasta su ángulo, fue castigado con un puño derecho devastante.

- ¡Nooo...Mierda! ¡Nooo!

Gritó Saverio.

Luego le hizo eco Vittorio, con ambas manos sobre la cabeza.

- ¡Levantáte! ¡Levantáte!

Yo me quedé sin palabras al ver al campeón del mundo tirado en el piso, gateando como si fuera un niño. Pedro y Moreno saltaron de la silla y se abrazaron gritando el nombre de Monzón. Era una victoria aplastante sobre nuestras diferencias y aquel puño vengaba las miles de competiciones perdidas contra nosotros, los italianos.

Nino Benvenuti con gran fatiga se levantó, comenzó a tambalear y, dando vueltas sobre si mismo, se cayó sobre las cuerdas casi sin sentido. El entrenador, desde afuera del ring, acudió en su ayuda abrazándolo.

Fue así que Carlos Monzón puso fin a nuestro sueño de ver una vez más a Benvenuti campeón del mundo, pero sobre todo redimensionó nuestra invencibilidad respecto a los inmigrantes procedentes de otros países. Nicolini había realizado su sueño: comentar los cuatro títulos mundiales conquistados por el boxeo argentino.

El encuentro fue un golpe duro, una gran derrota, sobre todo para Damiano que estuvo obligado a quitar aquella foto del espejo de su peluquería. No la tiró, la escondió en un cajón con la esperanza de poder sacarla en ocasión de una revancha. Pero

también la vez siguiente, en el '71, en Mónaco, Carlos Monzón demostró que era el mejor.

En el box, la satisfacción de ser italianos y de conquistar el título mundial la pudo vivir Diego, el hijo de Damiano, ya quince años más tarde Patrizio Oliva ganó contra el argentino Ubaldo Sacco.





## Alas quebradas

*“Primero mataremos a todos los subversivos, luego mataremos a sus colaboradores, después a sus simpatizantes, enseguida a aquellos que permanecen indiferentes y finalmente a los tímidos.”*

*General Ibérico Saint Jean, gobernador de Buenos Aires (1977)*

A fines de la década del setenta, el único modo para entender la vida en Buenos Aires era espiarla por el agujero de la cerradura, escondida detrás de la puerta de la hipocresía. A fines de la década del setenta, el único modo para entender la muerte en Buenos Aires era ir más allá de la fachada oficial que la ciudad mostraba a los que venían a aplaudir el mundial de fútbol.

Un profundo olor a muerte flotaba en los barrios, pero no todos lograban percibirlo. El grito de dolor de aquellos golpeados en sus afectos más queridos por la nefasta estrategia del régimen, ahogaba el ensordecedor canto por los éxitos obtenidos por el equipo de Kempes y compañeros. Todo el mundo sabía lo que estábamos viviendo en Argentina, pero el gozo que suscitaba el acontecimiento, ahogaba la indignación de la tragedia que se estaba consumando. Muchos vinieron aquí a gritar con alegría en los estadios, inconscientes, o tal vez indiferentes, al hecho de que a cada gol alguien desaparecía para no volver nunca más.

Aparentemente todo parecía tranquilo y para la mayor parte de los ciudadanos la vida continuaba impasible. En el bar, las radios encendidas a todo volumen transmitían *Tanti auguri* de Raffaella Carrà y en televisión se podía seguir la evolución de la

melena rubia más famosa de Italia.

Pero era cada vez más fuerte el temor de que al dar la vuelta a la esquina uno se tropezara con algún Ford Falcon. Bastaban pocos minutos, el tiempo necesario para no llamar la atención pero suficiente para destruir a una familia entera. Precisamente como les pasó a mis vecinos.

Era el mediodía del 18 de mayo de 1981 y para la familia Alberti desapareció la razón de vivir. La señora Julia regresaba a su casa cuando notó la puerta de entrada del jardín abierta de par en par. Un hombre estaba parado atrás del árbol, armado. Llevaba la pistola atrás, calzada en los pantalones.

Un poco más adelante había un Ford Falcon verde oscuro, estacionado con dos ruedas sobre la vereda. Adentro un señor con bigotes estaba cómodamente sentado, fumando, mientras escuchaba la radio. Un furgón con los vidrios polarizados estaba del lado de enfrente de la calle.

Entró en el jardín preguntándose el por qué de aquella presencia.

- Buenos días, ¿Buscan a alguien?

- ¿Usted es la señora Alberti? La estábamos esperando, queríamos hacerle sólo algunas preguntas.

- Sí, soy yo. ¿Pero qué pasa? ¿Quién es usted?

- No se preocupe señora, se trata solo una formalidad.

Se encaminó velozmente hacia la puerta de entrada buscando entender el motivo de aquella visita inesperada. El hombre la siguió detrás, mirando alrededor como asegurándose de que nadie lo viera.

Una vez adentro, él cerró la puerta y se paró en la ventana, espionando por detrás de las cortinas. La mujer se quedó sin palabras. Había cuatro hombres en las habitaciones revisando por todas partes. Los objetos estaban desparramados en el suelo, junto a la ropa que habían tirado afuera de los armarios. Se oía el pisoteo de platos y vasos rotos que venía de la cocina. Habían controlado hasta dentro del televisor y en las almohadas del sillón. Parecía que hubiera pasado un huracán por aquella casa, y sin embargo, era sólo el principio.

Un hombre estaba sentado en el sillón con una mochila en la mano. Tenía puesta una remera negra ajustada y unos jeans

“pata de elefante”, como los que se usaban en aquellos años. Tenía un palillo en la boca e indicaba a los demás del grupo los lugares donde buscar. Él era el jefe y ella, ingenuamente, creyó que era una banda de ladrones.

- ¿Pero quiénes son ustedes? ¿Qué quieren? ¡Basta, por favor! No tenemos dinero y nuestros pocos ahorros mi marido los puso en el banco.

No respondieron a su pregunta y ella, aterrorizada, estalló en llantos.

Sólo entonces, el que parecía el jefe, le habló.

- ¿Usted es la mamá de Irene Alberti?

- Sí ¿Qué le pasó a mi hija?

- Señora, ¡Las preguntas las hago yo! ¿Dónde está la muchacha?

Llorando se arrodilló a los pies del tipo.

- Fue a la universidad, como todas las mañanas, pero le suplico que me diga si le pasó algo.

- ¡Su hija nos debe dar explicaciones por todo esto!

Tiró al piso el contenido de la mochila que tenía entre las manos. Dentro había tres libros sobre las teorías marxistas de la sociedad, algunos volantes de la asociación estudiantil de la universidad y un aerosol de barniz rojo.

La señora Julia seguía sin entender. El ruido de la puerta mientras tanto señalaba la llegada de alguien. El hombre que espiaba por detrás de la puerta dio un paso atrás. Desde afuera se oyó la voz de Irene. Fueron las últimas palabras que su madre oyó.

- ¿Mamá? ¿Mamá, estás? Soy yo.

Entró en la casa y estalló el caos. Irene se dio cuenta en seguida de que la habían venido a buscar, así como ya le había pasado a algunos compañeros de la universidad. Intentó una fuga desesperada dentro de la casa, subió por las escaleras corriendo de una habitación a otra, sin saber a donde ir. Parecía un ratón en su jaula. Uno de los cuatro hombres intentó bloquearla, pero ella forcejeando le arañó la cara; luego intentó escapar por la ventana pero la agarraron de los pelos y la pusieron de rodillas. Fue tan fuerte el tirón que le arrancaron un mechón. El que daba órdenes se acercó y le dio un bofetón, golpeándola violentamente contra

el piso.

Irene no opuso más resistencia y aturdida por aquel golpe tremendo, empezó a llorar. Las lágrimas bajaban hasta la barbilla, mezclándose con la sangre que le salía abundantemente por la nariz. Madre e hija estaban en el suelo, de rodillas, una frente a la otra. La señora Julia, retenida con fuerza por dos hombres, se balanceaba atormentada de dolor al ver a su hija reducida en ese modo. La buscaba con la mirada, pero ella tenía la mirada perdida. Fijados en el vacío. Entonces gritó con la poca voz que le quedaba.

- ¡Irene!, ¡Irene! Mi amor, ¡Miráme, por favor!

Buscaba sus ojos pero no hizo a tiempo. La encapucharon, oscurecieron para siempre la vista de aquella muchacha.

Se la llevaron así, con las muñecas atadas atrás y la cabeza cubierta. La colocaron sobre el furgón donde había ya cuatro muchachos atados y encapuchados como ella. Aquellos misteriosos individuos se fueron partiendo a toda velocidad, el furgón adelante y el Ford Falcon detrás.

Cuando volví a casa aquella tarde encontré a la señora Julia sentada sobre la vereda. Estaba todavía bajo shock y pronunciaba palabras sin sentido. Su marido había buscado información de testigos presentes en el momento del anómalo secuestro, pero hasta los que estaban dispuestos a ayudarlo no pudieron hacerlo. El auto y el furgón no tenían patente.

Irene Alberti, como tantos secuestrados, desapareció por acción de los equipos del servicio militar golpista y estuvo encerrada en el centro de tortura E.S.M.A., uno de los tantos centros clandestinos que operaban en aquellos años. Su secuestro permaneció envuelto en el misterio por mucho tiempo. La verdad se conoció muchos años después del fin de la dictadura, en el año 1983. Así como a Irene, a otros muchachos les tocó la misma suerte.

La había visto crecer hasta sus diecinueve años. A decir verdad, la conocían todos los vecinos de Avenida Salguero gracias a su temperamento. Desde pequeña lograba hacerse respetar y si pensaba una cosa, la decía, fuera quien fuera el que se hallara frente a ella.

Tal vez todavía no tenía dieciséis años, cuando me dejó

sin palabras sobre un argumento insólito respecto a los que solíamos abordar. Apenas le había dicho a Saverio por teléfono que no confiara a Javier y a Batista un trabajo que requería de particular habilidad y precisión, sino que se lo diera al equipo de Salvatore.

Volví al jardín para regar las rosas y, pensando en la llamada telefónica con Saverio, dije en voz alta:

- Algunos trabajos sólo los pueden hacer nuestros paisanos.

Ella apareció de repente, como lo hacía frecuentemente. Saltaba el portón y entraba sin golpear. Luego, por detrás, me sacó la manguera de las manos y siguió ella regando las plantas.

- No, señor Mimmo, no estoy de acuerdo. Ustedes los italianos siempre se ponen en primer lugar respecto a los demás inmigrantes.

- No es exactamente así Irene. Tenés que saber que las mejores cosas en Buenos Aires, las hemos hechos nosotros.

- Toda ocasión es buena para jactarse, ¿eh? ¡No soporto su provincialismo!

A pesar de que fuera también ella hija de inmigrantes italianos, no admitía nuestro innato sentido de competitividad. Tal vez tenía razón, pero para callarla le contesté enérgicamente.

- ¡Antes de nuestra llegada, aquí no había nada! Sólo desolación. ¡Desolación y basta!

Repetí aquella palabra buscando algún otro argumento aún más convincente.

- ¡Hasta el nombre le dimos nosotros a este país!

Irene no reaccionó a mi ataque y, por un instante, creí haber sido eficaz en persuadirla, pero me equivoqué.

- Señor Mimmo, ¿De nuevo? No sólo usted, sino que muchos italianos se atribuyen este mérito. Pero así sólo demuestran que no conocen para nada la historia. El nombre Argentina se lo dieron los conquistadores españoles.

Me devolvió la manguera y se fue silbando, contenta de haberse dado otra satisfacción.

Así era Irene, combativa e inteligente, siempre lista a confrontarse. Había vivido su adolescencia a fines de los años setenta, en medio de un fermento político que envistió a todo el país. En aquel período, los jóvenes redescubrieron el asociacionismo y la

participación directa a todas las actividades sociales. Ella, junto a los más sensibilizados, teorizaba sobre un mundo libre y sin injusticias. Eran aquellos los motivos de su activismo en la asociación de estudiantes universitarios, nada más.

Sin embargo, para algunos, Irene Alberti era subversiva.

## ... Los declaro marido y mujer

*Algunos se casan porque están seguros de hallar uno en el otro la persona justa. Otros lo hacen porque creen que la han encontrado. A los 50 años, se casan porque tal vez no esperan más encontrarla.*

*Mi amigo  
Claudio*

En el período de la dictadura no salía casi nunca de casa y cuando lo hacía era para ir con Saverio a los encuentros con los miembros de la asociación de emigrantes. Las veladas de tango en la Confitería Ideal eran sólo un recuerdo lejano.

La atmósfera era distinta y, salir a la noche no nos apasionaba tanto como antes. Yo pasaba todo el tiempo sentado fumando y charlando con Teresa, quien, a los ojos de la gente, era desde siempre mi amante. Para mí era sólo una buena amiga. Saverio había perdido su estilo y hasta su actitud con las mujeres no era más jactanciosa como en otros tiempos.

En aquel período salía únicamente con Emilia. La había conocido en la asociación y tenía al menos veinte años menos que él. Era hija de inmigrantes de la región de Abruzzo y trabajaba como cajera en la panadería de su familia cerca de Plaza Congreso.

Emilia estaba enamorada de Saverio y juntos eran una bonita pareja. Pero él un día me confesó que no la amaba.

No me llamó la atención ya que nunca lo había visto perder la cabeza por una mujer. Las cortejaba hasta seducirlas pero nun-



ca regalaba a nadie las llaves de su corazón. A pesar de todo, con Emilia, decidió tomar una actitud más seria y desde entonces no me pareció más el mismo. Una vez estábamos sentados en un sillón en mi casa y me anunció la noticia:

- Emilia y yo nos casamos

Me lo dijo sin mirarme a los ojos. El mate se me atravesó en la garganta, y tosí derramándome buena parte sobre los pantalones.

- ¿Saverio, estás bien?

- Sí, Doménico. Ya pusimos la fecha.

Sabía que no estaba enamorado y estaba por replicar pero decidí abandonar el tema. No quería juzgar la decisión de mi mejor amigo. Al final, añadió un detalle para mí inesperado.

- Emilia está embarazada, de tres meses.

Solo entonces comprendí su elección. Saverio sentía el deber de darle estabilidad a la unión con Emilia por respeto a los valores sagrados que los hombres del sur sienten por la familia.

Se casaron un domingo de abril de 1981 en la basílica del Santísimo Rosario en Belgrano. Aquella mañana el cielo estaba gris y de vez en cuando caía una llovizna sutil. La ceremonia estaba prevista para las once pero yo, como siempre, llegué con anticipación.

Saverio estaba ya allí, arrodillado, mirando hacia el altar, esperando a la novia. Se dio cuenta de mi presencia y me hizo una seña con la cabeza, indicándome el lugar donde sentarme. Me lo había reservado en primera fila. Quería que me sentara allí, junto a Teresa. Detrás de nosotros estaban los amigos de la asociación y los obreros que lo conocían desde hacía años. En la otra parte estaban los parientes de la novia, mucho más numerosos que nosotros. Era una familia de Scanno, una región de la provincia de Aquila.

Emilia apareció sobre el umbral de la iglesia del brazo de Alfredo, su padre. Su cara estaba iluminada por la más bonita de las sonrisas, mientras él, con las mandíbulas apretadas, buscaba no ceder a la emoción, consciente que dentro de poco confiaría su niña a aquel hombre.

Atravesaron la nave de la iglesia caminando lentamente bajo la mirada conmovida de sus ancianas tías. Dos niñas detrás de ella sostenían la larga cola del vestido. Llevaban el “*muliebre*”,

vestido típico de Scanno compuesto por una falda voluminosa de paño trabajado, un *corsette* y un sombrero hecho de lazos multi-colores.

Saverio tenía puesto un traje con saco cruzado azul marino, de botones dorados que hacían juego con los gemelos brillantes que se asomaban por debajo de las mangas del saco. Llevaba aquel traje con la misma desenvoltura que tuvo cuando se presentó por primera vez en la obra buscando un puesto de trabajo.

Padre e hija llegaron al altar, los dos hombres se dieron la mano, luego Saverio besó a la esposa sobre la mejilla y la invitó con un gesto a sentarse a su izquierda. Al verlo así de buen mozo, Emilia se mordió el labio para no llorar lágrimas de gozo, idénticas a las que le habían venido a los ojos cuando a los nueve años, su padre le hubo regalado la primera bicicleta.

Quitó delicadamente los largos cabellos rojizos de sus ojos e intentó sonreír. Sólo un instante, de repente se dio vuelta, con el temor de que su padre hubiera desaparecido. Y luego de nuevo miró a su futuro esposo al cual, en unos instantes, juraría todo su amor.

Se lo juró también él, con voz clara y fuerte.

- Yo, Saverio, te recibo a ti, Emilia como mi esposa, y prometo serte siempre fiel tanto en la prosperidad como en la adversidad, en la salud y en la enfermedad...

Se casaron así, entre gritos alegres, aplausos y lágrimas de emoción. A la salida de la iglesia fueron acogidos por algunos puñados de arroz, lanzados al aire en señal de amor y prosperidad. Numerosas fotografías disparadas desde una flamante polaroid los inmortalizaban mientras se cubrían el rostro con los brazos para repararse de aquella lluvia de granos blancos. Los parientes de Abruzzo lanzaron también confites de almendra. Los habían traído de Sulmona para la ocasión. No se echaron a perder, algunos niños se llenaron los bolsillos recogiendo de los peldaños de la iglesia.

Emilia parecía serena. Su sonrisa y la expresión extendida en su rostro daban la idea de quien se siente en paz consigo mismo después de haber borrado la grave ofensa a Dios, por haber concebido un hijo antes del matrimonio.

Los festejos siguieron en un restaurante italiano de los más

renombrados en Buenos Aires. Para aquel matrimonio los padres de la novia quisieron hacer las cosas en grande y para contentar las tradiciones culinarias de todos los invitados, hicieron preparar una comida con platos típicos de la cocina de Abruzzo y Lucania. En honor a Saverio las mujeres más ancianas de la asociación prepararon algunos platos de Viggiano. Teresa y yo comimos un montón de *ferricelli*, pasta casera hecha con miga de pan, y un plato de chivito a la brasa servido con papas y *p'pruss cruschi*, los pimientos crocantes. Terminamos con unos *taralli* con glasé y la mítica *cicerata*, una torta natalicia hecha con pequeñas pelotitas de masa fritas unidas con miel.

El almuerzo duró hasta entrada la tarde, luego la sala del restaurante se transformó en un salón de baile. La orquesta dio comienzo al baile tocando canciones italianas famosas y cantos populares de nuestras regiones.

Poco después los esposos fueron llamados al centro de la sala mientras la orquesta entonaba las notas de un viejo tango italiano: *Violino Tzigano*. Era un tema de los años treinta que había cantado también Luciano Tajoli, uno de los más amados intérpretes del género melódico sentimental.

Saverio y Emilia empezaron a bailar aquel tango de un modo distinto a como lo bailábamos Teresa y yo. Sus pasos eran simples, sin aquellos movimientos coreográficos típicos del tango argentino. El estilo era el que se usaba en los salones de baile o en las fiestas de pueblo en el sur de Italia. Los recién casados danzaron entre la admiración de los invitados, dispuestos en ronda alrededor de ellos. Emilia estaba radiante y en aquel baile expresaba toda la pasión y la elegancia.

Acabado el tango, Saverio se acercó a la orquesta, tomó el acordeón, reguló la longitud de las correas y lo colocó bien adherido al pecho. Apoyó la mejilla al borde del teclado, cerró los ojos y con una ligera presión del fuelle empezó a hacerlo vibrar engendrando un puñado de notas. Luego, una pausa.

Al principio en la sala pensaron que era una broma, alguien estalló a reír en voz alta pero un ulterior sonido emitido por el acordeón indicó el silencio.

Saverio situó el micrófono sobre el teclado del instrumento y empezó a tocar. No tardé mucho en reconocer aquella pie-

za. Era *La Cumparsita*, el inconfundible tango de Gerardo Matos Rodríguez.

La tocaba con los ojos cerrados, tenía la frente sudada y estaba concentrado. Pero al mirarlo bien me di cuenta de que la expresión de su rostro escondía una cierta indiferencia hacia todos nosotros que lo admirábamos agradablemente sorprendidos. ¿Qué estaba pensando Saverio? ¿Y a quién estaba dedicando aquella música? Me lo pregunté muchas veces durante aquella exhibición inesperada pero no hallé respuesta.

Teresa estaba emocionada. Se acercó más a mí, apoyó la cabeza sobre mi hombro y me apretó la mano. Habría bailado aquel tango con la misma intensidad de siempre pero parecía raptada por aquella música, por el modo con que Saverio la tocaba y permaneció allí, encantada de escuchar.

- ¡Toca muy bien! ¿Por qué no dijiste nunca que tenía este talento?

- ¡Es la primera vez que lo escucho tocar! Sabía que la música era una vieja pasión pero no imaginaba que fuera así de hábil en expresar tanta emoción a través de un instrumento.

Una vez Saverio me había contado que antes de partir para Argentina se divertía tocando en la orquesta *Casorelli*, una orquesta de Viggiano que tomaba el nombre de su fundador, Antonio Casorelli, el trompetista. Era el año 1950 y lo conocían en varias zonas del valle, gracias a las serenatas que hacían a las futuras esposas y por los bailes que organizaban en las fiestas de matrimonio. Tocaban el vals, la polca, el Mazurka, algún tango y también el *boogie boogie*.

Saverio terminó de tocar *La Cumparsita* entre los aplausos de los parientes. Las danzas siguieron al ritmo de tarantelas improvisadas por avispados viejitos que tocaban con orgullo sus armónicas, acompañados por la pandereta.

Finalmente los esposos se acercaron a nuestra mesa y empezamos a bromear.

- ¡Felicitaciones pibe! Impresionante como tocaste el acordeón, ¡No sabía que tenías ese don!

- ¡Hay tantas cosas que no sabés de mí, Mimmo!

Teresa y Emilia rieron creyendo que era una broma. Yo, en cambio, lo miré a los ojos y me di cuenta de que estaba diciendo

la verdad. Éramos muy amigos y confiaba en mí, pero Saverio era capaz de guardar un secreto hasta la muerte. Me hacía partícipe de cosas íntimas como el embarazo de Emilia pero tenía la sospecha de que en su pasado había algo que no me había dicho.

## Teresa Cosimato

*¡Arrabalera, como flor de enredadera que creció en el callejón!  
¡Arrabalera, yo soy propia hermana entera de Chiclana y compadrón!...  
si me gano el morfi diario, qué me emporta el diccionario ni el cabla con distinción.  
Llevo un sello de nobleza, soy porteña de una pieza, tengo voz de bandoneón.*

*Tita Merello (Piana-Castillo)*

Cuando Beatrice me presentó a Teresa, su amiga, no quedé muy bien parado. Me desembaracé de ella rápidamente para ir a invitar a una mujer sentada en la mesa al final de la sala. Estábamos en la Confitería Ideal, el lugar por excelencia de los tangueros de Buenos Aires y aquella tarde se bailaba con la música de la orquesta de Osvaldo Pugliese.

Era el inicio de los años cuarenta y yo, con un poco más de veinte años, enloquecía por ir a aquel lugar. Bailaba el tango como un veterano y era capaz de hacerlo toda la noche, sin interrupciones.

Mi hermana se quedó mal por aquella falta de delicadeza y al final de la tanda, a mi regreso a la mesa, me lo hizo notar.

- Cuando no controlás tu impulsividad sos inaguantable ¡Fuiste un verdadero animal al plantarla de esa forma!

Me lo dijo a regañadientes, con la sonrisa impresa sobre el labio para que nadie se diera cuenta. Sólo entonces entendí que había estado realmente descortés.

Busqué desdramatizar la situación con una respuesta en voz baja, pero empeoré la situación.

- Hermanita querida, ¿Qué puede pasar de grave? ¡Me haré perdonar al próximo baile!

- ¡Si todavía acepta tu invitación a bailar!

Hice una sonrisa burlona.

- Sería la primera en no hacerlo. ¡¿Cómo puede renunciar a mis encantos irresistibles?!

- Terminála Mimmo, te vas a arrepentir apenas la veas en la pista.

Beatrice no se equivocaba. Yo era joven y todavía no lograba controlar la emoción que sentía al bailar. Y cuando se acercaba el día de la milonga yo estaba fuera de mí mismo. En ese tiempo el tango estaba de moda y yo iba a bailar con mis hermanos y algún paisano apasionado como yo. Juntos nos encontrábamos como de costumbre en la mesa cercana a la orquesta.

La confitería Ideal era mi reino y cada vez que entraba, el olor de aquella sala, las luces, hasta el bochinche de fondo parecían alimentarme.

Me alejé de nuevo, dejándola a ella y su amiga sentadas a la mesa. Beatrice sabía de mi desmesurada pasión por el tango y aquella vez había insistido en convencer a Teresa de pasar una velada con nosotros. Había insistido tanto para que bailáramos juntos y yo la había desilusionado.

Me quedé sin palabras cuando vi bailar a Teresa con mi hermano. Era equilibrada y altiva en los movimientos, más que cualquier otra mujer presente en la sala. Abrazaba a Pasquale sin apretarlo demasiado, como si su mano fuera una mariposa posada sobre su hombro, delicada, ligera como una pluma.

Desde lejos pude ver su figura. En el momento en que nos habían presentado había sido mezquino.

Teresa no era alta y sus formas eran marcadas pero a grandes rasgos tenía un físico armónico. Tenía puesto un vestido negro que la cubría suavemente dejando imaginar sus formas.

Tuve que esperar la tanda entera para poder invitarla y

cuando se lo pedí, ella aceptó con aire de suficiencia mostrándose desinteresada. Tal vez lo hizo sólo por la amistad que la ataba a mi hermana y no por el placer de bailar conmigo.

Ignoré su actitud. En aquel entonces mi único objetivo era exhibirme. Quería enseñar mi habilidad a los presentes, esta vez con una mujer que supiera bailar bien.

Pero al abrazarla, fui invadido por una sensación diversa con respecto a lo que sentía con las otras mujeres. El gusto del contacto físico con su cuerpo prevalecía sobre mi vanidad. No se trataba de un simple abrazo, sino de un total compromiso del cuerpo y de los sentidos. Todo era mucho más íntimo.

- ¡Apretá más fuerte!

Me dijo. Luego se apoyó sobre mi pecho en una posición ligeramente oblicua. Nuestros cuerpos formaban una pirámide.

- Así, ahora intentá bailar sin separarte. Escuchá, mové un paso a la vez, ¿Oís el tango?... ¡Está entre un paso y el otro!

Lo bailamos así, haciendo breves pausas, en perfecta sincronía con movimientos lentos y contenidos. Avanzábamos con una caminata hacia arriba, con los pies perfectamente alineados, como dos equilibristas sobre una cuerda.

Sentía el calor de su rostro y el sabor de su leve respiro.

- ¿Qué pensás de este estilo? Es el *apilado*, el de los enamorados.

No respondí, para no distraer los sentidos de aquella magnífica experiencia. Estaba aprendiendo un estilo distinto y estaba concentrado.

Su modo de bailar el tango era nuevo para mí, así como la sensación de hacerlo en un abrazo estrecho, sin figuras, simplemente uno en el otro. Sentí un placer profundo que me recordaba cuando me bañaba de chico, en la tina llena de agua caliente.

Así conocí a Teresa, y parecía que la conocía desde siempre.

No llamaba la atención pero emanaba encanto. Me di cuenta enseguida en el momento en que salimos afuera. Aquella noche llovía y me ofrecí a acompañarla a su casa, vivía sobre la Avenida Corrientes, a pocas cuadras de la confitería.

Empezamos a hablar y a pesar de que habíamos llegado a su casa seguimos hablando por largo tiempo. Ella reía de mis chistes



y en cada sonrisa su cara se iluminaba y cada vez me gustaba más. Me intrigaba el modo en que reía.

Había llegado el momento de saludarnos y de repente hicimos silencio y nos quedamos por un instante mirándonos a los ojos.

- La pasé bien.

Dijo ella.

Estaba por responder que yo también y que me había parecido una bella velada a pesar de la lluvia, pero un auto lleno de personas que gritaban pasó velozmente cerca de nosotros. Estaban ciertamente festejando algo. Un de ellos asomado por la ventanilla hizo a tiempo de gritar:

- ¡Dale! ¡Besaaaaaala!

Yo me sonrojé, avergonzado, porque era exactamente lo que estaba pasando por la cabeza. Teresa, en cambio, sonrió.

- No hay que hacerle caso a quien va demasiado rápido.

Me besó en la mejilla y desapareció detrás de la puerta.

La encontré de nuevo dos días después y desde entonces seguimos viéndonos cada vez más frecuentemente. Nuestras salidas no eran sólo para ir a la milonga, el domingo a veces participábamos en alguna excursión al campo. Las organizaba siempre Beatrice.

Yo todavía no tenía auto e íbamos todos en el de Pasquale. Cuando éramos muchos, usábamos el camión de la obra.

Con un sabor distinto, las escenas evocaban los recuerdos del viaje en camión de tío Giovanni que habíamos hecho veinte años antes.

Nos colocábamos detrás, llevando todo lo necesario para preparar el asado. En el viaje jugábamos a las cartas o cantábamos las canciones de Gardel que Rocco tocaba con su guitarra.

No faltaban momentos de hilaridad, sobre todo cuando hacía muecas al vidrio del conductor mientras Pasquale manejaba. Por suerte el ruido del motor y del viento cubrían nuestras risas, él era un tipo huraño y no aceptaba que alguien le tomara el pelo. Las veces que se daba cuenta paraba el camión y nos amenazaba con retroceder. Sólo la mediación de Clara, su esposa, lograba calmarlo y convencerlo de seguir.

Con Teresa compartía muchos momentos de la vida. En las frías noches invernales, íbamos al cine bastante seguido. Ella

apoyaba la cabeza sobre mi hombro y estábamos así durante toda la película.

Amaba el género romántico y se conmovía siempre.

Sucedió también cuando fuimos a ver *Arrabalera* una película de Tita Merello, su artista preferida. Recuerdo todavía la fecha del estreno en las salas de Buenos Aires: era el 25 de abril del 1950 y Teresa, ya hacía algunos días, me había pedido que la acompañara a la primera función cinematográfica.

Adoraba aquella actriz al punto de conocer todos los aspectos, también aquellos más íntimos de su vida.

- Mirá Mimmo como actúa. Es natural, intensa, expresiva. ¿No es fantástica?

Tenía razón. Tita Merello, además de ser una de las mejores cantantes de tango, era una actriz extraordinaria. De todas formas, creo que aquella vez el motivo de tanta apreciación por parte de Teresa fue gracias a su identificación personal con el personaje.

La película parecía la historia de su vida. También ella, como la joven actriz protagonista, se había casado un hombre que pronto resultó ser un aprovechador.

A los diecisiete años se había casado por poderes desde Italia, con Giovanni Cosimato, un inmigrante de su misma región que había partido para Argentina algunos años antes.

Aquello de casarse a distancia para luego unirse a los respectivos maridos en el otro lado del océano era una costumbre impuesta para las jóvenes italianas. Algunos, la consideraban la única forma de escapar de la mísera realidad.

Pero frecuentemente no era así y las expectativas recónditas en la tierra lejana se revelaban meras ilusiones. Cuando Teresa, dos años después vino a vivir con Giovanni en Buenos Aires, no halló en él un marido serio y respetuoso, ni un trabajador honesto con capacidad de asegurarle una vida digna. La convivencia se hizo enseguida un infierno. Aquel hombre tenía el vicio de beber y frecuentemente se ponía violento. Trabajaba esporádicamente como camionero en una empresa de transportes y, muchas veces, desaparecía meses enteros para reaparecer cada vez peor que antes.

Una vez se fue por un año sin dar noticias. En el vecindario circulaba el rumor de que tenía otra mujer en Rosario y tal vez era

allí donde vivía cuando se alejaba de Teresa. Ella, mientras tanto, se quedaba sola en casa y para mantenerse económicamente empezó a trabajar como planchadora en una tintorería cerca de Plaza Italia. Allí conoció a Beatrice.

Trabajó diez años en ese negocio y luego, a fines de los años cincuenta, después de otra de las tantas crisis del país, la tintorería cerró sus puertas y Teresa se halló de nuevo en la calle sin un peso en el bolsillo.

El mismo día que la despidieron pasó por la obra para contármelo. Estaba preocupada y al verla así sentí una gran pena. No tenía dinero para el alquiler y hacía ya varios años que su marido no aportaba un peso para la casa.

Para Teresa no fue un período fácil. Decidí ayudarla proponiéndole pagar el alquiler de su casa hasta que consiguiera un nuevo trabajo. Ví en sus ojos una gran felicidad por el gesto, pero al mismo tiempo, noté cierta vergüenza al aceptar la ayuda de un hombre que no fuera su marido.

Me estuvo siempre agradecida por aquel gesto. Yo no la entendía, a mí me parecía una cosa obvia.

Con Teresa he vivido siempre una historia fuera de los esquemas, lejos de las etiquetas que algunos, en el curso de los años, han intentado ponernos. Y a pesar de que nunca fuimos novios, nos hemos tenido siempre un cariño auténtico, sincero. No sólo en las noches de milonga y en las excursiones en el campo, también en los momentos difíciles. Teresa estaba en mi vida más que cualquier otra y yo estaba en la suya. Conocía todo de mí, hasta mi lado desagradable, eso de huraño que de vez en cuando se me transparentaba. Con ella he podido contar siempre en mis momentos difíciles.

Si hubiese decidido casarme lo habría hecho sólo con Teresa.

## ¡Fuerza Raúl!

*Bailar el tango es dar el alma  
al bailar, cuando la orquesta es  
como un pulso interior, la multi-  
tud se pone íntima y va bailando  
en éxtasis igual que los dos.  
Bailando el Tango en Buenos  
Aires así,  
un paso y dos y tres...*

*Horacio Ferrer*

Hay una sala de té en Buenos Aires que siempre me gustó y a la cual me ata un recuerdo particular. Es la terraza del *Buenos Aires Design* en *Plaza Francia*. Una mañana de marzo tuve que cambiar el recorrido de mi habitual paseo para ir hasta allí. Tenía una cita.

Pedí al taxista que me dejara bajar donde empieza el césped que se extiende hasta el Centro Cultural Borges. La crucé haciendo pequeñas paradas bajo la sombra de los gomeros. Allí cerca, dos jóvenes esposos estaban saliendo de *Nuestra Señora del Pilar*, después de haberse prometido amor por el resto de sus días. Seguí hacia el centro comercial. Raúl estaba ya allí esperándome, asomado a la terraza.

- ¡Me asustaste! ¿Qué pasó para que me llames por teléfono a las seis de la mañana?

- Tuve un sueño cumpà, y necesitaba contártelo.

Nos sentamos frente a dos tazas de té verde y escuché

cuidadosamente un relato que aún hoy no puedo explicar.

El sueño transcurría sobre el 93, el colectivo, que va hasta el Cementerio de la Chacarita. Estaba también su padre y los dos estaban sentados uno al lado del otro. Tenían que bajar en la última estación para ir juntos a la tumba de su madre.

El colectivo iba suspendido en el aire y a su alrededor se veían fluir los edificios de Buenos Aires. No había paradas y el conductor parecía sordo a las solicitudes de los pasajeros. En su loca carrera entró en un túnel completamente oscuro. A la salida del túnel, Raúl fue arrojado fuera del colectivo, mientras su padre detrás de la ventanilla estaba inexplicablemente sonriente, en un modo ambiguo. Le hizo un gesto con el puño cerrado, como para decir:

¡¡¡Dale Raúl, fuerza!!!

Raúl intentó perseguir al colectivo, pero la mochila que llevaba se había hecho enorme y pesada y parecía que sus pies no pudieran despegarse de la tierra. Y así el colectivo se perdió en el horizonte.

Yo me quedé boquiabierto.

- Sí, ¿Y después que pasó?

- Me desperté sobresaltado y me senté. Estaba angustiado, tenía ojeras y la respiración entrecortada y me quedé así, con los ojos cerrados por un instante. Me llevó rato volver a la realidad, luego Sofía, que estaba allí junto a mí, me abrazó tiernamente. La pesadilla se había acabado.

Aquel relato me produjo una especie de angustia. Sentí que el té verde me borbotaba dentro del estómago y le pedí a Raúl que me aclarara una curiosidad que me parecía obvia:

- ¿No podías sacarte la mochila?

- ¡No! Estaba llena de todas mis cosas.

Así me respondió.

Luego me preguntó qué pensaba. No le respondí pero pensé que para ser así de pesada aquella mochila, tenía que contener algo muy importante. Además de los zapatos de tango,

los libros de la universidad y el sombrero de papel de albañil que le había preparado aquella vez en la obra, dentro estaba todo su ser porteño, toda la experiencia de un muchacho nacido y crecido en Buenos Aires.

En el gesto de su padre, en cambio, estaba el estímulo necesario para afrontar la vida solo. El mismo estímulo que le había dejado escrito en una nota aquella mañana hacía cinco años, cuando Saverio se había ido.

Yo no quería ahondar en aquella triste historia e intenté desviar el argumento.

Tomé el bastón y lo puse sobre la mesa.

- Imaginá que éste es el recorrido de tu vida.

Luego le hice notar una irregularidad en la madera, abajo del mango y se la mostré con el dedo.

- Este nudo representa el 22 de noviembre de hace cinco años, el día en que tuviste que aprender a caminar con tus piernas.

Raúl me interrumpió.

- ¡Claro! ¡Pero también fue el día en que el cobarde de mi papá me privó del gozo de sentirme hijo!

Sus ojos estaban llenos de lágrimas que retenía a duras penas. Me dio lástima porque entendí que aquella ofensa que había pronunciado respecto a su padre era el desahogo de un dolor que tenía dentro, ya hacía demasiado tiempo.

Aquel sueño, en efecto, le había vuelto a abrir la herida provocada por el abandono de su padre y no logró retener más la pregunta que había querido hacerme centenares de veces.

- ¿Por qué? Decímelo vos. ¿Por qué se fue?

Aquella pregunta fue tan directa que me llegó como un golpe al estómago. Traté de responder con sentido común pero él no me dio tiempo. Se levantó y acosó de nuevo.

- ¿Entonces no me quería? O bien, ¿No me quería como hijo? ¡Ya sé, es exactamente así! ¡No me buscaron, llegué por casualidad y me tuvo que tener!

Estalló en llanto y mientras se secaba las lágrimas que le bajaban hasta la camisa, se acercó.

- Vos lo conocías bien y sabías todo de él. Te pido por favor, decíme la verdad.

Una vez más me quedé sin palabras. Conocía a Saverio hacía cincuenta años, pero realmente no sabía el motivo de aquella fuga. Con tal de darse una explicación, Raúl empezó con la historia de su concepción, que de niño había escuchado involuntariamente precisamente de sus padres. Nació seis meses después del día de la boda y saberse la causa de aquel matrimonio reparador lo hacía sentirse responsable, como si fuera culpa suya.

Me levanté y lo abracé para tranquilizarlo. No pude hacer nada más.

Raúl se calmó un poco. Era casi el mediodía cuando me acompañó de nuevo a tomar un taxi.

- ¡Gracias igual cumpà! Si no fuera por vos...

Le hice una sonrisa a través de la ventanilla antes de que el taxi partiera y nos separamos una vez más, sin haber resuelto el misterio de Saverio.

El día siguiente me desperté con una fuerte tos. Emitía algunos ruidos como los que hace un perro que ladra hasta consumir las cuerdas vocales. No tosía así desde los tiempos del hospital y volver a escuchar aquel ruido me espantaba. Era una fea tos. Me levanté y a duras penas llegué tambaleando al baño. El espejo reflejaba mi rostro morado, tenía las venas hinchadas y el cuello rígido. Logré apenas abrir la ventana, luego, me caí en el piso, preso de una horrible crisis respiratoria. Quedé inmóvil, esperando que se pasara a la brevedad aquel malestar repentino. Tenía la cara apoyada sobre el suelo y, a pesar de que la boca estuviera abierta, el aire entraba a duras penas. Mientras tanto un hilo de saliva escapaba por la comisura de mi boca, lo sentía sobre la barbilla.

Tomé todas mis fuerzas para tratar de arrastrarme hasta el comedor. Con el mango del bastón me enganché al manugrio de la puerta, luego a la pata del sillón y, ayudándome con un empujón de los pies, me acerqué al escritorio intentando agarrar el teléfono. Con el bastón enganché el cable del tubo y lo dejé caer. Me llevó un tiempo apretar la tecla de la llamada de emergencia, al final me salió bien y Graciela me respondió.

- ¿Hola? Señor Doménico. ¿Hola?

Intenté hablar, pero la voz se me transformó en un resoplido sordo. Ella, del otro lado del teléfono, se dio cuenta de la gravedad de la situación.

- ¡Tranquilo! ¡Estaré allí en diez minutos!

Aquella espera me pareció una eternidad. Eran las cinco de la mañana del 18 de marzo. El aire era fresco, lo sentía encima, filtraba a través del pijama pero no llegaba a los pulmones. Era como estar abajo del agua con una terrible sensación de hambre de aire.

Graciela entró en casa usando las llaves. Desde que me habían dado el alta del hospital llevaba siempre un manojito en el bolso. Me descubrió el pecho y me refrescó con una toalla mojada. Me mojó las muñecas, la frente, luego, con una inyección de cortisona y un spray broncodilatador, me hizo recuperar el aliento. Llamó al doctor Serrano y, sólo después de que me hicieran efecto los remedios, me acompañó a la cama. Llamó también a Raúl que llegó rápidamente en auto junto a Sofía.

Haber vuelto a la vida de siempre no significaba haber sanado de una enfermedad pulmonar ya crónica. Los paseos por Plaza Italia y las citas con Graciela en el café Tortoni me regeneraban el espíritu pero no podían ciertamente hacer milagros con mi cuerpo maltrecho. Me lo remarcó también el doctor, recomendándome reposo absoluto por algunas semanas.

Estaban todos alrededor de mi cama y parecían más preocupados de lo acostumbrado. Raúl no era el mismo, esta vez no bromeaba. También el doctor Serrano tenía el rostro serio y titubeó al decirme que debería empezar de nuevo a tomar los remedios

- ¡Don Mimì, tenemos que empezar de nuevo con la terapia!

Luego se apartó con Graciela y sobre una hoja con el mimbrete del hospital firmó la solicitud de oxígeno, para tenerlo a mano por cualquier cosa.

Me impactó la mirada de Raúl, aquel pobre muchacho estaba aterrizado. Temía que me fuera para siempre y sé que no



soportaría otra pérdida.

Superada la fase aguda de la crisis volví a sentirme mejor y busqué minimizar la situación. Quería levantarme enseguida de la cama pero ni lo intenté. Me estaban controlando.

- ¡Qué caras largas! ¿Por qué tanta preocupación? ¡Yerba mala nunca muere! Y además, tengo todavía tantas cosas que hacer antes de irme.

Solo entonces Raúl sonrió.

- ¡Claro *Cumpà!* Preparate. Dentro de un mes habrá un gran evento.

Sabía que Raúl tenía que recibirse en abril, pero todavía no nos había dicho el día. Nos lo dijo esa misma tarde. Tenía que defender su tesis el 27 y aquella fue la primera ocasión para dar un paso afuera de la puerta de casa, después de cincuenta días de terapia.

Nunca había entrado a aquel edificio de avenida Las Heras que alojaba la facultad de ingeniería. Lo veía desde afuera cada vez que pasaba por Recoleta. Parecía un convento con ese estilo neogótico. Poco después supe que mi impresión no estaba errada ya que originariamente aquel edificio había sido planeado para ser una iglesia. Nunca fue terminada por un error de cálculo en la estructura.

Entrando, me hallé frente a un gran jardín bien cuidado con una fuente en el medio. Algunos estudiantes, desparramados por todas partes, repasaban una vez más el propio trabajo antes de ser llamados para la defensa final.

Antes de que Raúl fuera llamado para dar el examen, sentía crecer en mí la emoción. Parecía como si tuviera que ir yo en lugar suyo. El muchacho, en cambio, mostraba seguridad, tenía el mismo ceño del padre, feroz y orgulloso como quien sabe lo que se trae entre manos.

Finalmente llegó su turno, Raúl se sentó delante de la comisión y, antes de empezar, intercambió algunos chistes con el presidente que lo felicitó por el brillante recorrido que había hecho en sus estudios.

A diferencia de lo que sucedió con los demás candidatos,

la exposición de Raúl había despertado la atención de todos los integrantes de la comisión. Era evidente que los argumentos tratados en un proyecto tan original e innovador suscitaban enorme interés.

Al final los profesores, complacidos, se levantaron para apretarle la mano. No logré retener las lágrimas, sin embargo las emociones de aquel día no habían acabado todavía.

A la salida de la Universidad, Raúl se abrió paso entre los amigos que lo rodeaban, se dirigió hacia mí y me dio un fuerte abrazo. No había necesidad de palabras, era su modo de decirme gracias por haber contribuido a hacerle alcanzar aquella prestigiosa meta.

- *Cumpà*, ahora vamos todos a festejar. Tenemos sólo que cruzar la calle.

Nos llevó a la escuela de tango donde enseñaba, los alumnos habían preparado un lunch para festejar la graduación de su maestro.

Hacía años que no entraba a una milonga. Me parecía demasiado recibir dos regalos tan grandes en el mismo día. Me senté en una esquina, Graciela al lado mío. Me lanzó una mirada que dejaba ver una mezcla de sorpresa y satisfacción al ver mi expresión raptada por el sonido del tango. Estaba seguro de darle la idea de que estaba bailando, aunque sólo con la imaginación.

Algunos alumnos bailaban tango con movimientos rápidos y cortos; otros, en cambio, cerrados en un abrazo estrecho, tan sólo caminaban. Cada uno se expresaba a través del otro. Una pareja atrajo mi atención más que las otras. Bailaba el estilo salón, mi preferido. El bailarín guiaba a la mujer con seguridad, interpretando cada nota, variando la velocidad y la intensidad de los pasos. Ella, con los ojos cerrados, ligera como una mariposa, dibujaba *adornos* en el suelo con la punta de sus elegantes pies.

Raúl pidió al musicalizador que pusiera *Retintín*, un viejo tango de Francisco Canaro. Era un tango del '38, enteramente instrumental, donde el tiempo era marcado de manera fuerte y decidida. Lo había bailado muchas veces con Teresa y para ejecutarlo bien era necesario moverse respetando la cadencia y la

musicalidad. Permanecí sorprendido por la elección de aquel tema, yo pensaba que el muchacho escuchaba sólo tango electrónico. Se acercó y me susurró a la oreja:

- ¡*Cumpà*, este baile es para vos!

Avanzó caminando al tiempo de la música, se acercó a Sofía y le hizo dar una vuelta, luego, la envolvió en un abrazo y empezaron a bailar. Graciela se quedó sin palabras.

- ¡Tiene el tango en las venas como Usted, señor Doménico!

- ¡Sí! Sólo que con sesenta años de diferencia.

La pasión común por el tango entre un viejo y un joven no era una cosa rara en Buenos Aires. Le expliqué a Graciela que, salvo pocas excepciones, quien bailaba tango en las milongas o era anciano o muy joven como Raúl. En la historia argentina, el tango para los menores de cuarenta no ha sido bien visto y las milongas, en los largos períodos de dictadura militar, fueron cerradas. Sólo al principio de los años ochenta las cosas cambiaron definitivamente. Aquellos de la vieja guardia, como yo, reaparecimos en las milongas para descubrir de nuevo el gusto de bailar el tango así como lo bailábamos en nuestra juventud. Los jóvenes como Raúl, en cambio, empezaban a bailar el tango como alternativa a los bailes de otro género.

Ya desde los primeros instantes me di cuenta que, a diferencia de las otras parejas, Raúl y Sofía no querían demostrar que sabían repetir coreografías ya vistas en los bailarines más famosos. Interpretaban el tango buscando nuevos modos de ejecutar las figuras y lograban poner atención en el equilibrio de sus cuerpos. Sofía se abandonaba a Raúl y se dejaba guiar en las improvisaciones. Él, sin perder nunca la concentración, la llevaba distraído por la sala, jugando con la elasticidad de su físico. Las piernas de Sofía, libres de pasos obligados, se enganchaban al cuerpo de Raúl como la hiedra alrededor de una columna. Un gancho de Sofía, bloqueado por la mano de Raúl, puso fin al baile. Como en una fotografía impresa quedaron inmóviles por algunos instantes hasta el comienzo del tema siguiente.

Una vez más la inconfundible voz de Francisco Canaro

volvió a sonar sobre las notas de *Milonga Sentimental*. Raúl y Sofía volvieron a bailar. Me quedé admirándolos todo el tiempo. Buscaban en aquella milonga la poesía y el divertimento, como en un juego musical, precisamente como mi viejo amigo Javier Moreno.

Sólo entonces entendí que no había alguna diferencia entre viejo y nuevo. Aquella velada puso fin a todas nuestras incomprendiones emergidas en los altercados sobre las interpretaciones del tango y llegué a la conclusión de que los estilos cambian pero lo que queda inmutable es la pasión por el baile.

¡El tango tiene una sola alma!



## Algo sobre Saverio

*...Letuebracciad'argillaspaccate  
dalle frane e dal dolore estese  
sotto un cielo di cristallo invano  
si alzano verso il sordo Dio...<sup>8</sup>*

*Rosetta Urgo*

Por algunos días Graciela y yo no hacíamos otra cosa que hablar de la fiesta de graduación de Raúl y de la magnífica sorpresa que le habían preparado sus alumnos. Aquel muchacho había alcanzado una meta importante y también yo, indirectamente, me sentía un poco el artífice de aquel éxito.

Habíamos pasado un bonito día y Graciela había disfrutado mucho viendo a Raúl bailando junto a Sofía. Había una sola cosa que la angustiaba: la ausencia de Saverio.

- ¡Es imperdonable! Cada vez que me pongo en lugar de aquel pobre muchacho, siento una rabia increíble.

Y pensar que Saverio, si estuviera todavía vivo en alguna parte del mundo, no sabría nada de la graduación: Raúl había emprendido la universidad después de su huida.

Intenté dar explicaciones a Graciela sobre el riesgo que corría en desahogar la impulsividad y, como otras veces, defendí la posición de Saverio aún no compartiendo su decisión. En lugar suyo probablemente no hubiera actuado de aquel modo, y aunque aquel

<sup>8</sup> “... Tus brazos de arcilla rotos por los aludes y por un gran dolor debajo de un cielo de cristal en vano se levantan hacia el sordo Dios...”

adiós provocó tanto dolor en Raúl, yo no lograba acusarlo.

- ¿Quiénes somos nosotros para juzgar a Saverio? ¡Habría tenido sus motivos para hacer lo que hizo!

Respondí con un tono malhumorado y Graciela se dio cuenta. No me arrepentí de aquella respuesta, quería evitar juzgar a mi mejor amigo y me salió bien. Graciela se encogió de hombros, luego se levantó e hizo de cuenta que acomodaba algo en el comedor. Me dejó solo, sentado en la cocina. Delante mío, sobre la mesa, estaba la taza de café aún llena y el *Clarín* que me traía en cada visita.

La actitud de Graciela respecto a Saverio había cambiado. Le tenía idea y me lo hacía notar siempre. Tenía un fuerte apego hacia Raúl y cada vez que hablábamos de Saverio, no se mostraba comprensiva como las primeras veces. Había abandonado definitivamente su función de enfermera y se había transformado en una más de la casa y como tal, manifestaba de manera más directa sus opiniones.

Volvió a la cocina, arrojó en el tacho de basura algunas hojas secas caídas del ficus, luego retomó la discusión y empezó a hacerme preguntas sobre la vida de Saverio antes de su llegada a Buenos Aires.

- ¿Nunca le habló de sus padres? ¿De sus hermanos o hermanas? ¿Es posible que este hombre no tenga pasado?

- ¡Claro que tenía un pasado... pesado como una piedra! Tuvieron que pasar algunos años antes de que Saverio se decidiera a concederme sus primeras confidencias.

- ¿Y de qué cosa se enteró?

- Me habló de don Vincenzo, su padre, la única persona querida que le había quedado, además de Assunta, la institutriz.

- ¿Y el resto de la familia?

- Se fueron para siempre, en poco más de un mes.

Graciela se sentó de nuevo.

Le conté del accidente fatal que tuvo Giovannino, hermano de Saverio y de como, poco después, perdió también a su madre.

En ese entonces los dos hermanos, de siete y nueve años, vivían en el campo en una de las estancias que tenía la familia. Como todos los días, también aquella tarde habían llevado a Relámpago, su caballo preferido, a la ribera del río *Casale*, cerca

del viejo roble. Empleaban unos veinte minutos para ir y otros tantos para volver. Lo montaban de a turnos y se divertían mucho en cabalgar sin ensillar aquel semental. Era su juego preferido. Las piernas, raspadas en ambas rodillas, salían por debajo de los pantalones cortos de terciopelo y se apoyaban desnudas sobre el lomo del gran caballo negro.

Mientras Relámpago caminaba y sacudía su cola de un lado al otro para espantar las moscas, Saverio lo tiraba con una cuerda teniendo cuidado de que no se desviara del sendero, a veces difícil. Giovannino con una mano agarrada a las crines y con la otra adelante de la boca, imitaba a los indios de la pradera.

Habían casi llegado al viejo roble cuando, en la otra parte del río, sucedió algo inesperado. El estallido repentino de un golpe de fusil, disparado por un cazador desconocido, resonó fuerte en todo el valle. Algunos pájaros levantaron vuelo de las cimas de los árboles y Relámpago, espantado por aquel estallido, empezó a encabritarse. Saverio intentó tirar la cuerda para bloquearlo, pero ya había perdido el control. Era demasiado pequeño para manejar un animal fuerte e imprevisible como Relámpago. Giovannino no pudo sujetarse más de las crines, se soltó y se deslizó por detrás del lomo. Cayó al piso y una fuerte patada le golpeó el rostro. Quedó inmóvil, sin sentido, mientras la sangre salía a borbotones por la carótida. El casco de Relámpago lo había golpeado de lleno.

Saverio volvió corriendo a su casa subiendo el sendero. Pidió ayuda gritando con toda su voz. El primero en escucharlo fue Antonio, el más anciano de los peones. Tiró el pico al piso y fue a su encuentro.

Saverio estaba fuera de sí.

- ¡Giovannino, Giovannino... corré! ¡Río abajo!

Antonio se precipitó a lo largo del sendero, los demás corrieron a buscar a don Vincenzo, el dueño de casa. Estaba leyendo en su estudio cuando lo llamaron a los gritos desde el patio. Se asomó a la ventana junto a su esposa y pudo entender poco sobre la gravedad de la situación. Tiró el cigarro e instintivamente, tomó el fusil que usaba para ir a cazar. También él corrió hacia el viejo roble. Saverio temblaba aferrado al cuello de su madre cuando todos vieron a lo lejos a Vittorio subir por el sendero, cargando con el cuerpo sin vida del muchacho. Sólo entonces don Vincenzo se



dió cuenta de la situación. El grito desgarrador se oyó hasta el poblado. Lo hizo de rodillas, delante de su hijo, con los brazos hacia el cielo. Y luego, con la mirada gélida, cargó el fusil y lo apuntó a Relámpago, cincuenta metros más allá.

- BUM !

Un solo golpe y dio en el blanco.

Aquella pobre bestia se abatió sobre las patas de adelante, luego cayó sobre un lado, ahondando su cuerpo sobre el terreno húmedo. Abrió la nariz, sopló el último respiro y murió. En la boca tenía todavía la hierba que estaba masticando.

Don Vincenzo pensaba que así vengaría aquella desgracia. La señora Victoria, su madre, no tuvo ni la fuerza y ni el tiempo. Murió de pena un mes más tarde.

Al oír la historia, a Graciela se le hincharon los ojos de llanto y en esas lágrimas, casi incontenibles, retenía una enorme pena por un niño que había recibido demasiados golpes, antes de transformarse en un viejo de apariencia fría y cínica.

- La verdad que el pobre Saverio tuvo que tragarse varias píldoras amargas.

- Sin embargo, ese modo que tenía de ganarse el respeto de los demás, como un rico muchacho de pueblo, lo hacía aparecer dotado de una coraza impenetrable.

Saverio pertenecía a una familia rica y noble. La familia Caracci, de parte de su madre, contaba con la presencia de varios escribanos y rectores desparramados en la zona de Maratea. Su padre, en cambio, era terrateniente y junto a toda la familia Manieri Banzi, se dedicaba a sus fincas en la zona de Viggiano, Grumento Nova y Moliterno.

En aquella zona del Val d'Agri poseía diversas residencias y estancias, de territorios de distintas medidas, cultivos de hortalizas, frutos y viñedos. Muchos peones y campesinos trabajaban en sus dependencias, y todos los llamaban "el patrón".

Saverio me contaba cuando lo veía llegar con la carreta, después de haber hecho el recorrido por los campos. Otras veces usaba el auto y anunciaba su llegada tocando dos veces la bocina. A su paso los peones interrumpían por un instante de trabajar y lo saludaban desde el costado de la calle polvorienta.

Era un hombre derecho, se vestía elegante y le gustaba

viajar. Durante su ausencia delegaba la gestión de la finca a Saverio que a los dieciséis años hablaba ya de negocios como un adulto. A pesar de eso, don Vincenzo era un hombre solitario y la muerte prematura de la señora Victoria lo hizo aún más cerrado en sí mismo y descuidado del otro sexo. A veces se refugiaba tomando unas copas para calmar el dolor de aquellas heridas todavía abiertas.

Después de aquella tragedia, Saverio fue criado por Assunta, la institutriz. Lo cuidó desde los siete años y lo amó como si fuera un hijo, dedicándose a él hasta cuando se fue de Viggiano. La mujer vivía en un alojamiento al lado de la gran casa y a veces Saverio, durante los viajes de negocios de su padre, iba a dormir allí. Era su secreto. En una familia noble como la suya, no se podía dormir con la servidumbre, pero Assunta era una persona especial. Para Saverio era como una mamá.

A diferencia de las otras mujeres que trabajaban en la finca, ella no tenía la piel quemada por el sol. Su tez era clara y perfumada, como una verdadera dama. Tenía los cabellos siempre prolijos y las manos cuidadas a pesar de los miles de trabajos domésticos que hacía.

Una vez Saverio me confesó un secreto que guardaba desde los tiempos de su juventud. Me describió el placer físico que sentía cada vez que Assunta lo saludaba en el momento de las buenas noches. Tenía apenas diez años cuando sentía la excitación en un simple abrazo y una sensación de bienestar por un beso dado con afecto sobre la frente. Me decía que Assunta tenía una bonita voz, cálida y tranquilizadora y que sus caricias le hacían sentir escalofríos.

Se había hecho tarde. Graciela estaba lista para empezar el turno de la tarde en el hospital.

- ¡Señor Doménico, tengo que irme, el deber me llama! Nos vemos pronto.

Me abrazó y antes de salir por la puerta me dejó saludos para Raúl.

Me quedé solo. Seguí pensando en Saverio y a su vida de joven heredero vivida en Viggiano antes de emigrar para Sudamérica. De sus relatos imaginaba los días pasados entre lecciones de música con el maestro Fusco, docente del conservatorio de San Pedro en Majella de Napoles, y las aburridas visitas a la casa de los Tricarico,

una familia noble como la suya, junto a su padre, siempre listo para hablar de negocios o de caza.

Saverio, entre los Manieri Banzi, era singular.

Generalmente se olvidaba de las diferencias entre las clases sociales que, en un pequeño centro como Viggiano, eran muy sentidas en cada evento de la vida diaria. Siempre había alguien de su familia para recordárselo, cada vez que lo veían en actitudes demasiado desenvueltas con gente considerada de bajo nivel.

- ¡Saverio, por favor! ¡Hacélo por el honor de nuestra familia, no te dejes ver más en ese grupo! ¡Me pregunto cómo puedes mezclarte con esa gentuza!

Le reprochaba su prima Germana cada vez que lo invitaba a su casa a tomar el té. Se refería a la frecuencia con que iba al bar en la plaza donde, al final del día, muchos se encontraban para jugar a las cartas. Era un lugar concurrido por hombres solos y Saverio iba regularmente a beber cerveza junto a Antonio Casorelli, su amigo trompetista.

Jugaban a *briscola* o a *tressette*<sup>9</sup> en una pequeña sala al fondo, desafiando cada vez a una pareja distinta de voluntarios. El dueño del bar se llamaba Gennaro *Uardabosc'*<sup>10</sup>.

A decir verdad aquella denominación había sido atribuida a su padre pero, como todos los apodos dignos de respeto, identificaba a los integrantes de una familia entera. Se lo habían puesto a causa de aquel breve empleo, cuando se desempeñó como voluntario en el cuerpo de guardabosques sobre el monte Vulture.

Cuando Saverio entraba en su boliche, Gennaro *Uardabosc'* interrumpía lo que estaba haciendo y lo acompañaba a la otra sala. En una mano llevaba las cartas para jugar, en la otra un trapo rejilla, detrás lo seguía el muchacho del bar con un par de botellas de cerveza.

El ritual era siempre el mismo: pasaba velozmente el trapo rejilla sobre la mesa limpiando las cenizas y las aureolas de los vasos de los jugadores precedentes, luego entregaba las cartas y auguraba que ganara el mejor.

9 Juegos de cartas típicos italianos

10 *Uardabosc'* significa "Guardabosque" en dialecto de Viggiano.

En aquellos momentos, Saverio se sentía libre de los pre-conceptos y se convertía en sí mismo. En esos memorables partidos de cartas lograba atraer a muchos espectadores. Era hábil en mostrar su humorismo con una serie de bromas regularmente anticipadas, por el ruido de un as de basto o de un tres de espadas abatido con fuerza sobre el mármol de la mesa. Y así, cada vez que entraba en el bar, la sala del fondo se transformaba en un teatro y las risas estruendosas de todos se escuchaban hasta afuera. Al final de cada partido seguía un brindis colectivo que ofrecía generosamente, sin ostentar nunca su posición. Saverio quería ser uno de ellos y los aldeanos estaban orgullosos.

Era respetuoso hacia el prójimo y ésto lo hacía distinto al resto de sus parientes, sobre todo de Germana y Pier Giorgio, sus dos primos hermanos. También ellos pertenecían a los Manieri Banzi, eran hijos de Carlo, hermano de don Vincenzo. Eran unos años más grandes que Saverio, habían pasado la adolescencia en un renombrado colegio de Nápoles, uno de aquellos lugares en donde las familias acomodadas del sur mandaban los propios hijos a “aprender las reglas y las buenas costumbres de la alta sociedad”. ¡Así decían sus padres! Sin pensar que el ánimo noble no se adquiere, sino que nace de una predisposición interior.

¡Saverio sí que era un verdadero caballero! Los encantos que emanaba en cada situación, ciertamente, no se los había inculcado nadie. Por no hablar, luego, de su mayor dote, la de saber estar entre la gente.

Lo había oído tantas veces argumentar con desenvoltura en los mejores salones de la aristocracia porteña. Pasaba las horas hablando de filosofía y del futuro de la humanidad junto a mi amigo Fernando Balestra. Pero Saverio era también el maestro mayor de obras, trabajaba doce horas por día, sabía escuchar a las personas más pobres que él, a las cuales siempre lograba dar un buen consejo ¡Y pensar que aquel trabajo lo aprendió ya de adulto, con empeño, empezando desde el principio, olvidando su origen noble y demostrando un gran carácter!

Algunas cosas importantes de su vida me las había contado él mismo, con frugalidad, durante los años de nuestra amistad. Su ida repentina, luego, me hizo dejar de creer que lo conocía a fondo.

Sin embargo algo me decía que Saverio estaba vivo. Tal vez era necesario buscar aún más en su región de origen y no contentarse con las búsquedas hechas por el consulado. Intenté hablar con Raúl de este presentimiento. Él escuchó mis palabras sin responderme.

## Cartas de Italia

*El pueblo no es grande, ni tampoco pequeño, el aire óptimo, pintorescos alrededores; las ruinas de Grumentum a pocos pasos: música de arpa por todos lados, que hacen de Viggiano la Antisa de Lucania”.*

*Giovanni Pascoli, verano 1884*

*15 de mayo de 2007*

Así fue. ¡Partió!

Vino a decírmelo el otro día a la hora del almuerzo. Se dio cuenta de que yo estaba disgustado, como si me abandonara, pero ambos sentíamos que era un deseo común. Sobre la estela de mi mismo presentimiento, Raúl se fue a Italia a buscar noticias de su padre, de esa parte carente de identidad, motivo de su sufrimiento, por la cual siempre me ha dado una gran pena.

- ¡Ahora soy un hombre! ¡Antes de encontrar mi camino tengo que saber de dónde vengo!

Así me dijo. Yo lo bendije poniéndole una mano sobre el hombro porque ya era hora de que intentara subirse al colectivo de sus recurrentes sueños.

Su viaje no fue desencadenado por ningún elemento particular, no hubo ninguna señal, hecho o enlace relativo a Saverio. De todos modos se va, tiene que ponerse a prueba. Siempre llega el momento en que un hombre tiene que medirse consigo mismo y con sus miedos. Pero Raúl lo logrará, siento que es así y es bueno que haya partido.

Nunca se alejó de casa y la idea de hacer un viaje tan importante lo emocionaba.

Ahora que se separó de mí, quién sabe si me olvidará o me tendrá presente también allá lejos. Me doy cuenta de que tengo un pensamiento estúpido y egoísta, pero para mí ese muchacho es como si fuera mi hijo.

Lo voy a esperar, consciente de que este viaje es una idea completamente suya.

Antes de irse me dijo que tenía curiosidad por conocer la Basilicata. Ya desde pequeño había crecido imaginando aquella tierra a través de las pocas palabras de su padre y sobre todo, por los relatos nostálgicos de los ancianos de la asociación. “Una tierra pobre, donde la gente es simple y vive para el trabajo”, decían.

Sin embargo para mí la Basilicata es una tierra con todo por descubrir. Una tierra antigua, de paisajes nuevos, lo espera del otro lado del océano.

Partió prometiéndome que me mandaría noticias suyas a través de cartas cada vez que hubiera sentido mi ausencia. Es un favor que le pedí explícitamente. Las cosas escritas sobre una hoja de papel las puedo leer muchas veces y las fijo mejor en la mente. Los relatos por teléfono, en cambio, los recuerdo a duras penas.

*31 mayo de 2007*

Ayer recibí una carta de Raúl. Javier, el cartero, me la entregó mientras estaba hablando por teléfono con Graciela.

Estaba un poco ansioso por el muchacho y leer sus noticias me hizo sentir mejor enseguida. Era su primera carta desde que se había ido.

*Viggiano, 22 de mayo de 2007*

*Querido Compadre,*

*Acá te escribo para darte noticias. Han pasado algunos días desde la última vez que nos vimos.*

*El viaje estuvo bien. No te das una idea lo linda que es Buenos Aires desde lo alto, nunca la había visto antes. La admiré durante todo el tiempo del despegue,*

*por la ventanilla, hasta perderla de vista.*

*Al lado mío viajaba una señora. Su nombre era Nora Pollino, una inmigrante como vos, que después de sesenta años regresaba a su pueblo de origen para encontrar a los pocos parientes que le quedaban.*

*En seguida entró en confianza conmigo: durante todo el viaje no hizo otra cosa que hablarme de su vida en Argentina y de su marido, un sastre que se hizo famoso para haberle hecho algunos trajes a Evita Perón.*

*Cuando llegamos al aeropuerto de Roma, ella y su nieto me ofrecieron llevarme en auto hasta Viggiano. ¡Qué extraña coincidencia aquel encuentro! Parecía hecho a propósito para que mi llegada a Italia fuera más natural. Hasta los lugares que veíamos me parecían familiares.*

*¡Sabés que emoción cuando pasamos por Napoles! La había escuchado nombrar tantas veces en las viejas canciones de los “Tanos”. Recuerdo cuando de chico me explicabas que eran justamente ellos, los inmigrantes napolitanos, los que cantaban la poesía en la música.*

*Lo sabía también la señora Nora que, leyendo Napoles sobre un cartel, entonó una estrofa de un tango que vos también conocés “...y que brilla en los ojos del tano con la perla de algún lagrimón...”.*

*Querido Mimmo, estos lugares son fascinantes. El paisaje es siempre verde intercalado por pequeños pueblitos. En el aire se huele un fuerte perfume de hinojo silvestre, una hierba que crece espontáneamente sobre los bordes de la calle.*

*En Viggiano no tuve ningún problema para hallar un lugar donde dormir. Aquí la gente es simple y gentil.*

*Alquilé una habitación en la casa de una señora, cercana al Parque municipal. La señora se llama Giuseppina, es una mujer que está siempre sonriente y pasa la mitad del día cocinando. Me llena de comida y creo que ya engordé un par de kilos. El alquiler me cuesta ciento veinte euros por mes, lavandería incluida. Sé que te puede parecer mucho, pero créeme que es un*



*buen precio considerando el costo de la vida en Italia.*

*Querido Mimmo, de papá aquí nadie sabe nada. En el pueblo, desde que él se fue en 1951, no se vio ni su sombra. Logré obtener sólo algunas noticias dispersas sobre su juventud. Supe que antes de ir a Argentina, estaba comprometido con una mujer con la que se iba a casar, pero él decidió irse a pocos días de la boda.*

*Pasaron tantos años y para saber más tengo que hallar alguna persona anciana que lo recuerde bien, pero no es fácil.*

*Ayer pedí información al párroco, pero él es de otra región y no me fue de gran ayuda.*

*Por ahora tengo solo una esperanza: que el señor Antonio Casorelli pueda saber algo más de papá. Parece que de joven tocaba con él en la orquesta como trompetista. Me dieron su nombre en el club Ebe, un lugar donde la gente de aquí se reúne a jugar a las cartas o al billar. En este momento este señor está de viaje y vuelve en un par de días.*

*Te voy a avisar..*

*Podés escribirme a esta dirección: Raúl Manieri Banzi c/o Sig.ra Giuseppina Marsicano, Piazza del Plebiscito, 80189, Viggiano (Pz) Italia.*

*Un abrazo a vos y a Graciela.*

*¡Hasta pronto cumpà!*

*Raúl*

Leí aquella carta muchas veces, sentado sobre el sillón, y al hacerlo me parecía oír la voz de Raúl. Me hablaba con un tono sereno y estaba decidido a llegar hasta el final de la historia de su padre.

Sentí una extraña sensación al oír el nombre de Antonio Casorelli. Saverio me había hablado de él y de las noches que pasaban juntos tocando música. Era su amigo preferido, de orquesta, de los partidos de cartas y de quién sabe cuantas experiencias más.

Respondí rápido a su carta. Era importante darle ánimo a Raúl. Sentía que podía ser la persona adecuada a quién dirigirse.

Buenos Aires, 30 de mayo de 2007

Querido muchacho,

Me siento feliz de saber que estás bien y que encontraste un buen lugar donde quedarte. Veo que no hizo falta mucho tiempo para que descubrieras como es la gente de esa zona.

Y pensar que muchos de la asociación cuando volvieron a Italia después de tantos años la encontraron muy cambiada, tanto que no la reconocían más. Vos en cambio, fuiste al sur, donde todavía conservan ciertas costumbres y ciertos modos entre la gente: nuestros modos. Es lindo saber que todavía existen personas simples y hospitalarias como la señora Giuseppina.

Del noviazgo de tu padre no sé nada. Saverio nunca me contó nada de esa mujer. Pero te puedo confirmar que Antonio Casorelli era su mejor amigo, él mismo me lo dijo. Por lo tanto Raúl, dale para adelante que estás en buen camino.

Después de todo, tu padre pertenecía a una familia conocida por todos en la zona. Tu abuelo era un hombre importante, tenía fincas por todo el valle y diversos caseríos, y daba trabajo a muchas personas. Si no te da una respuesta su viejo amigo trompetista, tiene que haber alguien que pueda ponerte sobre sus huellas.

Aquí hace frío, el invierno está llegando y abandoné completamente los paseos matutinos. Cuando camino me fatigo enseguida y a la tarde me cuesta un poco dormirme. Será por culpa de la tos que no me pasa.

Hablo muy seguido con Sofía por teléfono, me llama para saber como estoy y para recordarme de tomar los remedios. ¡Es de veras una chica amorosa!

Le leí tu carta a Graciela que te devuelve los saludos.

Esperamos tus relatos.

Adiós

Mimmo

Desde que Raúl partió, pienso en él y cómo pasa sus días en

Viggiano. Las pocas noticias que llegan las comenté con Graciela mil veces. Ella continúa visitándome todas las mañanas. Parecemos dos soldados encerrados en un fuerte, a la espera de los acontecimientos en el frente de batalla.

- ¿Pero nunca le dijo nada de esa novia suya?  
- No, nunca me dijo una palabra sobre esta historia.  
- ¡Qué extraño! Habían decidido casarse y luego él desapareció como si nada.

Graciela tenía razón. La desaparición repentina de Saverio era de veras muy extraña. ¿Qué había sucedido? ¿Por qué fugarse a pocos días de la boda? ¿Por qué cambió de opinión?

Todas estas cosas Saverio las había tenido ocultas a la gente de su pueblo y a la gente de Argentina. Eran éstos los secretos que escondía desde hacía tanto tiempo.

*20 de junio de 2007*

Llegó otra carta de Raúl. ¡Por fin!

Javier esta vez hizo bien en pasarla por debajo de la puerta. Algún vecino debe haberle dicho que estoy en cama con fiebre. Estuvo allí, en el suelo, hasta la llegada de Graciela. No logré levantarme. Ella me la leyó sentada a los pies de la cama.

*Viggiano, 13 de junio de 2007*

*Querido Compadre,*

*Perdoná que no te respondí enseguida tu última carta, pero pasé estos últimos días recogiendo información sobre papá. Preferí verificar algunos datos antes de contártelos.*

*Finalmente pude hablar con Antonio Casorelli. Es una persona muy gentil y cuando me presenté como el hijo de Saverio, me abrazó fuerte y se conmovió. Luego empezó a contarme algunos episodios que pasaron juntos.*

*En fin, papá y Antonio eran mejores amigos y la prueba de esta ligazón fue un pacto de sangre que hicieron a los trece años haciéndose un corte con un cu-*

*chillo sobre la palma de la mano. Antonio me hizo ver la cicatriz.*

*Querido Mimmo, aquí en Viggiano nadie sabía que papá se había ido a Buenos Aires, ni siquiera su más querido amigo. Cuando se lo dije se quedó petrificado.*

*La gente de la región sabe tan sólo que el hijo de don Vincenzo, el patrón, desapareció repentinamente, poco antes del día de su matrimonio con Rosa Consoli.*

*Antonio me dijo también que estaban perdidamente enamorados, pero su unión no era bien vista por la familia Manieri Banzi, ya que ella tenía orígenes humildes.*

*A pesar de esto, después de que papá escapara, ella permaneció atendiendo a mi abuelo...una mujer triste y abandonada junto a un hombre solo, y encima con el vicio del alcohol.*

*Cuando en 1963 mi abuelo murió, Rosa Consoli heredó una de las fincas de la familia en una zona de Val d'Agri en las cercanías de Moliterno. Los pueblerinos todavía piensan que fue una recompensa justa por haber atendido hasta el final al hombre que hubiera sido su suegro.*

*Me gustaría tanto conocer a Rosa y preguntarle sobre su pasado con mi papá. Desgraciadamente se fue hace un mes aproximadamente, después de la pérdida de su concubino, un tal Felipe, llamado "el español", originario de Mieres, una ciudad de España.*

*Me han dicho que no viene casi nunca a Viggiano. Raramente sale de la finca y, cuando lo hace, prefiere ir a Moliterno o a Lagonegro donde vive una prima suya.*

*Querido Mimmo, ésta es toda la información que logré obtener gracias a las charlas con el amigo de papá. Pero de él, nada, ni un hilo de esperanza de volver a encontrarlo por estos pagos.*

*Un abrazo.*

*Hasta pronto*

*Raúl*

Graciela y yo nos quedamos mudos. Quién sabe qué habrá sentido esa pobre mujer al darse cuenta de que había sido abandonada poco antes del matrimonio. Y luego, una vez sola, quién sabe cómo se habrá sentido frente a las habladurías de todo el pueblo.

Rosa estaba desesperada y tal vez, la decisión de estar cerca de don Vincenzo, que estaba solo, le daba todavía la esperanza de volver a ver a Saverio.

- Señor Doménico, ¡parece una telenovela! Pocos personajes que dan comienzo a una trama sin fin.

- ¡Y quién sabe si habrá un fin!

Me refería al hallazgo de Saverio por parte de Raúl.

- ¿Y la historia de la herencia? ¿Cómo habrán reaccionado los parientes cuando supieron del testamento de don Vincenzo?

- ¡Se habrán horrorizado! Sobre todo Pier Giorgio y Germana, los primos de Saverio, completamente distintos a él. Ellos no habrían aceptado nunca la decisión de dar a un extraño, encima pobre, una de las fincas de la familia.

Rosa no debe haber vivido una vida fácil y ahora, golpeada por otro luto, parece que estuviera destinada a quedarse sola.

Graciela metió de nuevo la carta en el sobre y la puso en el cajón de la cómoda. Luego fue a la cocina a controlar la sopa que se estaba haciendo a fuego lento. Se había dado cuenta que estaba débil para cocinar solo y decidió prepararme un plato caliente antes de empezar el turno en el hospital.

- Señor Doménico, le voy a tomar la fiebre.

No protesté y, con un movimiento instintivo, levanté los dos brazos dejándole a ella la elección de decidir debajo de qué brazo me iba a poner el termómetro. Pero al hacer aquel movimiento, sentí un fuerte dolor en los hombros. Me sentía un trasto, la fiebre alta que tenía hace tres días no disminuía. Tenía la boca amarga y un dolor en los huesos. Graciela vio la mueca de dolor que hice y como siempre me tranquilizó.

- No se preocupe, es la gripe. Cuando agarra así de fuerte, a los huesos, da la sensación que un tanque militar le está pasando por encima.

Ella intentó también minimizar la situación cuando otro dolor, más fuerte que el primero, me golpeó el pecho. Fue como una puñalada, me quitó el aliento por un instante. Luego me dí

vuelta hacia un costado y se me pasó.

El termómetro marcaba treinta y ocho y medio. Graciela me trajo la sopa a la cama, se aseguró que la comiera y me dio un antifebril. Era la una cuando, creyendo estaba durmiendo, cerró las cortinas y se fue sin saludarme.

Respondí a Raúl unos días más tarde, cuando finalmente pude levantarme de la cama.

*Buenos Aires, 25 de junio de 2007*

*Querido Raúl,*

*Te respondo ahora porque estuve engripado toda la semana. Lo peor ya pasó pero todavía tengo algunas secuelas, me siento cansado y paso casi todo el tiempo sentado en el sillón. A veces pienso que la gripe tiene poco que ver con este malestar: lo que tengo se llama simplemente "vejez".*

*En estos días en Buenos Aires hace mucho frío, el cielo está blanco como si fuera a nevar de un momento a otro. Sería un acontecimiento excepcional. Aquí no se ve la nieve hace por lo menos ochenta y siete años. La última vez fue en 1926, el año en que llegué a Argentina, o tal vez el año siguiente, ahora no recuerdo bien.*

*Supe por Sofía que fuiste a visitar el santuario de la Virgen Negra y que te impactó su esplendor. Debés haber vivido una linda experiencia.*

*Mi madre me contaba que la Señora del Monte, como la llaman la gente de la zona, tenía la mirada serena y que sus ojos brillantes parecían verdaderos. Al mirarla a los ojos te daba la impresión de estar envuelto en una fuerza mística, con una sensación de paz y de protección.*

*¿Cómo sigue la búsqueda de tu padre? ¿Obtuviste más información? ¿La señora Rosa Consoli volvió de Lagonegro?*

*Espero noticias tuyas.*

*Mimmo*

*p.s. ¿Ya sabés la fecha de tu regreso a Buenos Aires?*

*9 de julio de 2007*

Esta mañana Graciela llegó mientras estaba hablando por teléfono con Beatrice. Desde que se fue con toda su familia a vivir a Mendoza, nuestra relación había cambiado un poco. Raramente hablamos, y cuando lo hacemos es siempre ella la que llama. De vez en cuando me lo hace notar, me hace sentir culpable por descuidarla, sobre todo ahora que quedamos sólo nosotros dos de los seis hermanos. Pero enseguida después vuelve a ser dulce como siempre. Yo era su hermano preferido, conmigo no se enoja nunca.

Me llamó para comunicarme que fue bisabuela. Su nieta Angela tuvo un hermoso varoncito.

Estaba emocionada y quería decirselo al único hermano que le quedaba. Me dijo también que hacía algún tiempo que tenía fuertes ganas de verme y que le gustaría mucho venir a Buenos Aires, cuando pasara la ola de frío de estos días.

Mientras tanto salía de la cocina el perfume del café. Graciela estaba preparando el desayuno. Había comprado en la panadería un par de medialunas recién horneadas. Era uno de esos detalles que tenía para conmigo diariamente.

- ¡Querida Graciela, me malcría demasiado!. ¿No sabe que los viejos son tan golosos como los chicos?

Hizo una sonrisa.

- Tiene razón señor Doménico, pero con Usted me viene de manera espontánea.

Desde que nos conocimos Graciela me cuidó de manera especial. Al principio, su modo gentil y sagaz me avergonzaba un poco. Ahora me acostumbré y lo considero normal.

Sin embargo, quería preguntarle ya hace tiempo el por qué de tanta dedicación. Cuando lo hice esta mañana, me respondió sin titubear:

- ¡Porque me recuerda a mi padre!

Solo al nombrarlo se le iluminaron los ojos.

- Usted tiene el mismo modo de hablar, de gesticular.

Graciela me contó de su relación distante, basada en cartas, charlas telefónicas y alguna que otra visita. Hacía ya muchos años que él vivía en Europa en la casa de su otra hija.

Seguimos hablando sin darnos cuenta que se había pasado

el horario de la comida. Cuando vi el reloj faltaban algunos minutos para las tres. Comenzamos a reír.

Graciela fue a la cocina y yo me quedé sentado en el sillón.

- ¡Nooo...no es posible! Señor Doménico, señor Doménico! Volvió con la expresión iluminada como si hubiera visto algo maravilloso. Me ayudó a levantarme del sillón, y luego teniéndome por el brazo me acompañó hasta la ventana. La abrió como el telón de un gran escenario, lista para ver todo mi estupor.

El jardín, la calle, los autos estacionados, los tejados de las casas y todo alrededor estaba blanco. Grandes copos de nieve como margaritas blancas caían lentamente por todas partes. Nos quedamos allí, en silencio e inmóviles, fijando la vista en el blando manto. Apoyado sobre el bastón recordé cuando, precisamente en Buenos Aires, vi la nieve por primera vez. Me vinieron ganas de llorar. Lo hice sin que Graciela se diera cuenta. Una lágrima bajó por entre los pliegues de mi viejo y cansado rostro.

En la lejanía se escuchaban los gritos alegres de niños jugando con bolas de nieve sobre la avenida Salguero.

Graciela seguía mirando por la ventana, luego pronunció palabras en voz baja.

- Dios mío, así era la nieve.

Nunca la había visto. Y, como ella, muchísimos habitantes de Buenos Aires.

Siguió nevando un par de horas.

Encendimos la televisión y nos dimos cuenta de que el acontecimiento excepcional sucedía también en Córdoba, Río Cuarto, San Rafael, Maquinchao y Bariloche. Los copos habían caído también en el norte de La Pampa, en el centro de Argentina.

Los expertos del servicio meteorológico atribuyeron la causa de este insólito fenómeno a una perturbación polar temporanea sobre gran parte de Argentina central y occidental.

*16 de julio de 2007*

No veo a Raúl desde hace dos meses. En la última carta le he pedido que me dijera si ya estableció la fecha de regreso a Buenos Aires. Lo empiezo a extrañar y deseo tanto volver a verlo, pero no tengo el coraje de decírselo. Este viaje para él es de vital



importancia. Es la única oportunidad para aclarar la duda que carga desde hace seis años y empleará de todo el tiempo necesario. Tiene que intentarlo todo.

Hoy llegó su última carta, la tercera que me escribe desde que se fue. Ésta vez Javier lo anunció a toda la avenida Salguero. Sabe que espero con ansia las cartas de Raúl y cuando llegan se siente feliz al entregármelas. Tocó tres veces el timbre de casa. Desde la ventana de la cocina lo vi entrar al jardín mientras con el brazo alzado agitaba un sobre de tamaño más grande que los antecedentes.

- ¡Noticias de Italia! Señor Doménico.
- Gracias Javier. Las estaba esperando.

Me alcanzó el sobre con las manos y me di cuenta de que contenía otra cosa además de la carta. Era un CD. Sobre él estaba escrito un nombre: Ivano Fossati.

*Viggiano, 9 de julio de 2007*

*Querido Compadre,*

*Supe que nevó en Buenos Aires. La noticia llegó hasta Italia. En el noticiero vi algunas imágenes de la gente alrededor del obelisco festejando el evento ¡Que extraño ver nieve en la 9 de Julio! Debió haber sido emocionante.*

*Espero que te hayas recuperado definitivamente de la gripe y no hables más de la vejez ¡Vos no envejecés nunca, sos inmortal!*

*Sabés Mimmo, en Viggiano ahora hace calor y la gente organiza eventos al aire libre. Por ejemplo bailes de música popular, espectáculos para niños, exposiciones fotográficas y hasta algún concierto de música clásica. Descubrí que los pueblerinos tienen una gran tradición de música de arpa y algunos de sus músicos la han difundido en todo el mundo.*

*La semana pasada hubo un espectáculo de música italiana de distintos cantautores. Algunos jóvenes interpretaron canciones de artistas famosos. Entre ellas, una en particular capturó mi atención. Hablaba de emigrantes y parecía escrita por vos. Quiero dedicártela de todo*

corazón.

*Junto a la carta te mando el CD. Llamé a Sofía, y ella vendrá a hacértela escuchar. El cantante se llama Ivano Fossati y la canción se titula "Italianos de Argentina" ¡Si, leíste bien! El mismo nombre que te atribuíste aquella vez que bromeé sobre tus orígenes y sobre la doble identidad que tenés.*

*- ¡Cumpà, la gente como vos no es ni chicha ni limonada!*

*A pesar de que vos viviste ochenta y siete años en Buenos Aires te quedaste siempre apegado a tu tierra nativa sin olvidar los recuerdos de la infancia pasada en este país lejano.*

*¿Te acordás cómo me respondiste?*

*- ¡Muchacho mío, los que son como yo son "italianos de Argentina"!*

*Y lo dijiste con orgullo, aludiendo a algo más importante que ser simplemente italiano o porteño.*

*Con aquellas palabras me tapaste la boca dándome una lección. Querido Mimmo, por lo que se refiere a la búsqueda de papá te informo que no pienso regresar hasta que no hable con la señora Rosa Consoli. Me dijeron que volverá el 19 de julio de su viaje a Lagonegro. Si hay algo más por descubrir es a ella a quien me tengo que dirigir.*

*Sofía te dirá el día preciso de mi retorno.*

*Hasta pronto Cumpà*

*Raúl*

Escuché la canción de Raúl por la tarde. Sofía trajo el aparato para leer el CD y me lo hizo escuchar con sus auriculares. En las palabras de aquella canción, más que nostalgia por la madre patria, hallé una sutil resignación, una lenta aceptación de nuestros destinos frecuentemente difíciles, tan tristes como fascinantes... como un viejo tango un poco olvidado.

*"Tenemos el aire de italianos de Argentina seguro como el tiempo que hará..."*

20 de julio de 2007

Estoy solo y escribo para hacerme compañía. ¡Qué extraño! A través de los años, cuando pensás haber aprendido la vida perdés la seguridad para enfrentarla. Llega un momento en que todo pesa y me parece que no puedo más.

Me siento inútil como un zapato desparejo, y en estos días algunos pensamientos me atosigan. Tal vez es hora de que me vaya.

El hecho es que las cosas que se amontonaron alrededor hacen que no las entienda más, no logro contenerlas dentro de mi vieja cabeza.

Yo nunca tuve miedo de partir, como no lo tuve cuando a los siete años, subí al *Principessa Mafalda* para venir hasta aquí y abandonarme a aquella especie de tango que es la vida.

Avanzamos, regresamos sobre nuestros propios pasos, luego nos abrazamos y nos quedamos así, juntos, para sentir el respiro del otro.

Yo bailé mi Cumparsita. Y como los jóvenes de Montevideo que estaban allí para marchar sobre sus notas y declarar su propia existencia, también yo puedo decir que no permanecí en un refugio. Yo viví, sin perder ni un instante o un paso.

Pero ahora es distinto. Ahora me parece que quedarme o irme es igual. Necesito cerrar los ojos y descansar un poco.

Si pudiera, quisiera decidir yo ...el momento. Para irme habiendo dejado todo en orden. Ésta sí que sería una linda burla al destino y a la muerte. Me preocuparía de cerrar bien la canilla del agua, vaciar el buzón del correo, fumar sin prisa mi último cigarro y ciertamente hallar el modo de concluir lo que escribí hasta ahora.

En cambio no es así. Cada frase que escribo es como un juego de azar. Podría ser la última. Necesito escribir pensamientos breves para evitar que la muerte me interrumpa antes del punto.

Tal vez es como la historia que me contaba Fernando. Aquiles, por más que se canse, no alcanzará nunca a la tortuga y si yo en cada una de mis acciones logro robar la mitad del tiempo que me queda, nunca habrá un fin ¡Esto sí que es volverse inmortal! Es necesario hacer cosas pequeñas, minúsculas, infinitésimas. Hasta la inmovilidad.

Quién sabe si Raúl se refería a la tortuga de Aquiles cuando me definía inmortal.



## Epilogo



Acerenza 18/02/1919



Buenos Aires 21/07/2007

## Doménico Labriola

Su hermana Beatrice, Raúl, Sofia y Graciela participan con profundo dolor su fallecimiento. Invitan a despedir sus restos el domingo 22 de julio en la Iglesia San Ignacio del barrio de Palermo.





## Cumparsita

*Sin embargo yo siempre te recuerdo con el cariño santo que tuve para ti;  
y estás dentro de mi alma,  
pedazo de mi vida, en la ilusión querida que nunca olvidaré.*

*Enrique Maroni y Pascual Contursi*

### *Septiembre de 2007*

Me llamo Raúl Manieri Banzi, hijo de Saverio Manieri Banzi y de Emilia Pace. Mi compadre, amigo, maestro, Doménico Labriola falleció hace dos meses, cuando él lo decidió, como quería él. Me jugó la broma de morir poco antes de que yo llegara.

No hice a tiempo de abrazarlo por última vez. No me sirvió de nada desesperarme cuando Sofía me llamó en plena noche y dijo a la señora Giuseppina que me despertara.

No fue suficiente ni siquiera atravesar el mundo en menos de un día y rogar al Señor durante todo el viaje.

¡Todo fue inútil! Mimmo murió.

Sucedió mientras el avión sobre el cual me hallaba daba vueltas sobre el cielo de Buenos Aires, esperando el permiso para aterrizar en el aeropuerto Pistarini.

De casualidad descubrí el diario escrito por Doménico antes de que fuera arrojado junto con otras baratijas. No pude evitar leerlo todo, de la primera a la última página. Creo que fue un intento de hacer balance de la propia existencia, de reproducir en la mente las cosas más queridas y revivirlas antes de perder el re-

cuerdo. Su vida estuvo atada a la de mi padre, Saverio y también a la mía. De un modo seguro, si estuviera todavía vivo, habría escrito en sus apuntes también las cosas que no hice a tiempo de contarle. Es por esto que pienso que a él le gustaría mucho que yo diera a conocer estas vicisitudes y toda su historia también a otros.

Aquel día en Viggiano hacía calor. A las tres de la tarde, el termómetro sobre la puerta de entrada de la casa de Giuseppina marcaba treinta y un grados. Quería tomar algo fresco y fui al bar del parque municipal. Fue en aquella ocasión que encontré finalmente a Rosa Consoli, la mujer que hubiera sido esposa de mi padre.

Se acercó mientras estaba hojeando el periódico sentado en una mesa. Tímidamente me puso una mano sobre el hombro. Yo estaba distraído y me sobresalté un poco. Me di vuelta y vi a una señora anciana, bien vestida y de lindo aspecto. Me llamó la atención su cara luminosa y los ojos de color verde intenso. Tenía los cabellos blancos, no muy largos y bien peinados.

Cuando se acercó para preguntarme si era el hijo de Saverio, sentí una extraña sensación. Aquella mujer tenía algo de familiar y por un instante pensé que ya la había visto en algún lado, pero no supe decir de dónde. Quién sabe, tal vez en un sueño.

Permanecimos en silencio por algunos segundos, yo pegado a la silla y ella de pie, esperando mi invitación a sentarse.

Le habré dado la impresión de ser un estúpido, pero frente a ella no logré pronunciar ni una palabra. Y pensar que la estaba buscando desde hacía dos meses y que por esa razón había retrasado la fecha de mi regreso a casa.

Fue ella la que rompió el hielo pidiendo al muchacho del bar que añadiera una silla. Sólo entonces pedimos algo de tomar y empezamos a conversar.

Le expliqué el motivo de mi visita a Viggiano y lo que había descubierto de mi padre hablando con la gente del lugar. Le conté sobre mis encuentros con Antonio Casorelli.

Por un instante sonrió, luego siguió escuchando mis palabras y cada vez que nombraba a mi padre, sus ojos brillaban.

Conté las extenuantes búsquedas que había hecho desde el día de su desaparición, los inútiles intentos del consulado italiano de buscarlo en Viggiano y de aquella vez en el Tigre cuando, por un instante me había ilusionado de poder abrazarlo de nuevo.

Hablar de aquella historia era como volver a abrir una vieja herida. Rosa se acercó y en voz baja me dijo que ahora podía dejar de buscarlo. Me resultó difícil escucharla. Me hablaba sumergida en otros pensamientos y su rostro reflejaba una expresión de melancolía.

Un escalofrío me bajó a lo largo de la espalda. Por un instante creí que aquella mujer estaba loca. Pero al mirarla a los ojos, decidí escucharla.

Habría querido pedirle que me llevara enseguida con mi padre, pero seguí comportándome como si no hubiese escuchado sus palabras. Me habían contado tantas historias sobre de ellos y ahora estaba ansioso de saber cuánto había de verdadero y cómo era mi padre.

Tragué saliva y pregunté con la voz temblorosa.

- ¿Por qué no se casaron?

Comenzó a contarme, mirándome a los ojos, cómo se habían conocido, de su amor a primera vista, de sus paseos clandestinos hasta las murallas, el lugar más elevado de la región. Me dijo también como aquella relación, a pesar de su discreción, había viajado de boca en boca, de una ventana a la otra, hasta ser de dominio público.

Don Vincenzo, mi abuelo, según parece era un hombre tan influyente que sabía las cosas antes que los demás. También en aquella ocasión algún obrero había sentido el deber de ir a contárselo. La reacción fue inesperada y categórica, sin apelar. Les prohibió a los dos verse.

El viejo era inamovible y no había manera de entender el motivo de tanta obstinación, ya que ni siquiera estaba dispuesto a hablar del tema.

Sin embargo, Saverio había decidido rebelarse a la disciplina de su padre y seguir viendo a Rosa. Lo hizo ante los ojos de todos y en poco tiempo todo el pueblo sabía que los dos se casarían a la brevedad, con Don Vincenzo o sin él.

Cuanto más pasaban los días, más se reforzaba su convicción. Nada los habría detenido. Y en cambio algo sucedió.

Una mañana, mientras Rosa estaba en la plaza haciendo las compras, un hombre con los bigotes susurró a otro una frase atroz:

“*Saverij s'n'è giut' l'ata nott'* ” que significa “Saverio se fue ayer a la noche”.

Se había escapado sin ninguna explicación, dejando una gran amargura a la mujer que lo habría acompañado durante toda la vida, convirtiéndola en una persona esquiva y sola.

Al que intentaba consolarla por aquella especie de viudez, ella respondía con una media sonrisa y siempre hablaba en modo benévolo de mi padre. Nunca, en tantos años dejó a algún pretendiente volver a cultivar la propia ilusión.

Saverio era el único hombre de su vida. Hablaba, también a mí, como si realmente se hubiera casado con él.

¿Con qué cara quería hacerme creer que había sido fiel todo éste tiempo? ¿Cómo podía declarar tanto amor hacia él si luego se había dado a otro hombre?

En la región se sabía que Rosa había vivido por largo tiempo con Felipe “el español”, y que hacía poco se había quedado sola.

Se levantó, dándome la sensación de que la conversación se había terminado; sin embargo, me dijo una cosa que yo no me esperaba.

¿Quieres saludar a tu padre? ¡Sígueme!

Subí al auto sin preguntar a dónde íbamos. Me senté en el asiento trasero y miraba fuera de la ventanilla. Recorrimos la calle principal que pasaba por la plaza, luego pasamos el “Hotel del Arpa” y bajamos por el otro lado del pueblo.

El trayecto fue breve. Tantos pensamientos me daban vueltas en la cabeza. Recordaba las palabras escritas por mi padre antes de decirme adiós y vislumbré la esperanza que me había quedado entre las líneas de aquella nota. Recuerdo bien su última frase:

*...Tal vez un día te daré explicaciones.*

¿Por lo tanto Rosa me estaba llevando con él? ¿Y dónde estaba? ¿Perdido en alguna casa fuera del pueblo? ¿Y por qué no había venido con ella?

Me perdí con la mirada entre las casas al costado de la calle y cerré los ojos saboreando finalmente el volver a verlo.

Llegamos a un cementerio. Al principio pensé que era un lugar extraño para una cita. Luego entendí, o al menos me pareció entenderlo todo, pero no tuve el coraje de preguntar. Con la

cabeza gacha seguí a Rosa, que caminaba con paso seguro por un sendero que conocía de memoria.

Se paró y se hizo la señal de la cruz mirando a la derecha, hacia una capilla sobre la cual leí, con un escalofrío, mi apellido. Las letras doradas, que parecían lustradas hacía poco, tenían impresas los nombres de mi tío Giovannino y de mis abuelos, Vincenzo y Victoria.

¿Está aquí mi padre? Dije en voz baja, por respeto al lugar sagrado.

Ella dijo que no con la cabeza y se puso en marcha de nuevo bajando por el camino hasta alcanzar la parte nueva del cementerio, donde no hay sombra para quien quiera descansar.

Llegamos a los pies de una lápida baja y simple sobre la cual había sido colocada la imagen de un hombre barbudo y sonriente. Más abajo, sobre el mármol blanco estaba grabado un nombre: Felipe González Ramírez.

Rosa se agachó delicadamente. Pensé que quería besar la foto, pero se paró a pocos centímetros y, como si hablara al oído del hombre barbudo, le dijo con afecto:

- Está Raúl...

¿Quién era aquel hombre al cual me habían presentado con tanto gusto? ¿Había venido hasta aquí para estar en frente a la tumba de un desconocido? Fue entonces que tuve una explosión en la mente, un relámpago iluminó la oscuridad en la cual por tantos años me había refugiado alimentando mi rencor.

Había entendido, era mi padre.

Miré de nuevo la foto con mayor atención y reconocí los ojos, lo conocía bien. Me arrojé sobre la lápida llorando y golpeando los puños contra el mármol, mientras Rosa me acariciaba maternalmente los cabellos, sabiendo que necesitaba purgarme de toda mi rabia.

¿Qué sentido tenía que mi padre estuviera así, irreconocible y sepultado, con un nombre que no era el suyo?

Había cambiado de identidad parando algunos meses en España, en lo de un pariente de Pedro, me dijo Rosa, antes de volver a su país a recuperar lo que le pertenecía.

Se habían encontrado una tarde durante una fiesta popular. Cuando él la invitó a bailar, con las notas de *La Cumparsita*,

Rosa primero pensó que se trataba de una broma. Luego lo reconoció.

Se habían amado tanto hasta el momento de su muerte, escondiendo a todos su verdadera identidad y lo que mi padre no había podido contar nunca.

- ¿Qué no podía contar? - le pregunté.

- Que éramos hermanos.

Me respondió, cerrando los ojos como deglutiendo un trago amargo.

Se había hecho tarde y se levantó el viento. Sentí frío en los hombros a pesar de que era verano. Desde lejos, sentíamos las llamadas del guardián que tenía prisa por cerrar la reja. Nos pusimos en marcha lentamente y yo, secándome los ojos continué escuchando las palabras de Rosa.

Mi padre había descubierto todo leyendo casualmente una carta nunca enviada. Mi abuelo aseguraba a una campesina que mantendría económicamente a la hija que habían tenían juntos, de nombre Rosa. Había tenido vergüenza de hablar de eso. Eran cosas que no se podían ni decir, ni solucionar. Por eso Saverio se había ido.

Durante tantos años había huído de la verdad hasta que le pareció que podía volver hacia ella, en el modo que había escogido. Había sido incapaz de contarle la historia, tanto a su amigo Doménico como a mí, pero me doy cuenta de cuánto nos amó a ambos.

Cuando los hombres no dicen las cosas, no saben que provocan dolor a alguien y se condenan ellos mismos a vivir en la sombra. Se necesita tener el coraje de hablar si se quiere gozar de la luz del sol.

Yo de ahora en adelante hablaré. Yo diré todo y no tendré secretos para mí mismo y para quienes amo.

Yo Raúl, hijo de Saverio Manieri Banzi y de Emilia Pace y devoto amigo de Doménico Labriola, quiero que ustedes sepan.





